RAFAEL BARREDA

PEPA LARRICA

¡¡RELIGIÓN Ó MUERTE!!

III

BUENOS AIRES

1899

RAFAEL BARREDA

¡RELIGION Ó MUERTE!

TERCERA PARTE

DE

PEPA LARRICA

BUENOS AIRES

—

IMPRENTA DE «EL NACIONAL», BOLIVAR 264

—

1899

I

Devoción tradicional—Luchas tenaces—Hijos de Sibaris y jansenistas—Pueblo y barra—Debates y reformas — *La Lobera* y *La guardia vendida por el «Centinela»*—Frany Francisco Castañeda y su lenguaje—D. Gregorio Tagle y el coronel D. Celestino Vidal—Rivadavia y la sala de Representantes—Caos y luz—La administración pública en 1822—Respeto y culto por la ley—Como proceden los gobiernos honrados—Fermento de conspiraciones—Figura histórica.

A falta de otros oficios y sobra de tiempo, era aquel pueblo,—religioso por tradicional costumbre,—aficionado en extremo á las prácticas de la fe católica.

Pasaba gran parte de su vida en maitines y letanías. Despertaba rezando y acudía voluntario al templo cuando lo llamaba el incesante vibrar de las campanas.

Rezaba en las tranquilidades del hogar al ir á hacer colación y repetía sus rezos al terminarla.

A los toques de oración se detenía en las calles ó suspendía el trabajo para elevar sus plegarias, que nuevamente repetía al ir á entregarse á la instabilidad del sueño.

Rezaban las familias el rosario á que asistían los devotos íntimos y no iban á bañarse al caudaloso Plata,—único sitio en que lo hacían,—mientras sus aguas no fueran bendecidas por los reverendos padres al llegar *La Purísima*.

Los hijos pedian la bendicion á sus padres, los criados á sus amos y todos, — hombres y mujeres,—desde el mas encumbrado al mas humilde, al cura ó fraile que encontraban á su paso,

considerándose mas felices y satisfechos cuantas mas bendiciones recibieran.

Y aquel pueblo; aquella sociedad contemplativa por tradicional costumbre, asistia como simple expectador á la lucha tenaz de los que defendían fueros y privilegios adquiridos colonialmente contra los que sostenian que esos privilegios y fueros habian desaparecido en la dominación con la declaracion de la independencia y la estabilidad del sistema republicano cuya base fundamental estaba en la *igualdad ante la ley.*

Miraba con ciertas prevenciones las tendencias de los que, pretextando la defensa del clero, hacían arma de la religion para sostener intereses mundanos cuales eran los mayores tributos que á la iglesia debíale tocar de las rentas generales parangonando á los que debieran ser humildes y modestos siervos de Dios con los vulgares empleados públicos; á los que enseñaban ó debian enseñar y practicar las sublimes máximas de Cristo, — que no vivió ni enseñó á vivir á sus apóstoles de subsidios,—con los humanos parásitos que viven y enseñan á vivir á espensas del sudor de los demás; á aquellos abstraidos y abstinentes cenovitas que difundieron la verdadera redención del hombre de *ama á tu prójimo como á ti mismo,* con los hijos de Sibaris; á los que predicaban ó debian predicar la caridad, con los que bien la entendian reclamándola en abundancia y en primer término para ellos mismos... Que tales eran las razones que en contrario lanzaban los *fracmasones, volterianos* y *jansenistas,*—"secta la más encapotada y peligrosa que infectó el campo de la iglesia," como á su vez los llamaban las hojas del clericalismo.

Con dudas y descreimientos y hasta con disgustante asombro llegaba á saber ó presenciaba que en una de las frecuentes y solemnes procesiones que por las calles se hacian llevando, como emblema de bondad y mansedumbre, al

Señor crucificado, el fanático sacerdote que oficiaba mandase, con ímpetu de furia, á uno de los soldados custodiantes, derramase á culatazo limpio la sangre de un extranjero que habia cometido el *delito* de no descubrirse á tiempo, aprobando á la otra prensa que, al comentar el hecho, pedia la *tolerancia religiosa* y clamaba contra la corruptela y la prostitución de una parte del clero, el que á su vez la apostrofaba de demoniaca, herege y excomulgada (aunque *aun* no lo fuera), que solo pretendía la aniquilación de la religión, suprimiendo frailes y apoderándose sacrílegamente de los bienes de la iglesia para fundar establecimientos agenos á la propagación del culto.

Y miéntras que una parte de ese mismo pueblo se divertía asistiendo, en alegres romerías compuestas de magistrados, particulares, militares, damas de alto coturno, como humildes menestralas, blancos y demàs *castas*, ya en caballos enjaezados á la criolla usanza, ya en coches y carricoches, calesas y sopandas, ó en grupos de peatones con guitarras, sonajas y sarandajas, á las tradicionales fiestas de la Vírgen del Pilar (12 de octubre) que se hacían (y aun se hacen) en la plazoleta de la Recoleta, cuyo templo se hallaba adornado con semicírculos de verdes ramas y fragantes flores y en cuyos extremos se improvisaban tablados para orquestas, tiendas de campaña con refrescos y confituras, locales para rifas de beneficencia, rompe-cabezas, hamacas, cucañas y allá en el bajo la cancha para carreras, la otra parte, de ese mismo pueblo, asistia á la barra de la Sala de Representantes donde se discutia los trascendentales proyectos sobre la expedicion al desierto que iba á llevar el Gobierno y para la que cooperaria y cooperaba con gran entusiasmo é importantes recursos de dinero, caballadas y reses todos los estancieros del sud; las leyes sobre reformas en el ejército, incorporando á ellas al que se hallaba en Lima; las de imprenta que pusieran coto al desbordamiento procaz y á

la licencia y la tan resistida por una parte del clero, que abolia su fuero personal, las casas con regulares betlemitas y las menores de las demás órdenes convirtiendo en fondos públicos sus bienes muebles é inmuebles como propiedad del Estado; que suprimía aquellas que tuviesen menos de diez y seis religiosos no pudiendo los subsistentes tener mas de treinta; que prohibia la profesion monástica en las monjas que no llegaran mas allá de los veinte y cinco años, restringiendo la profesion conventual; que hacia imperar la ley civil castigando á los que la desobedecieran con destitucion de sus empleos, con extrañamiento perpetuo y ocupacion de temporales.

Qué discursos aquellos en pro y en contra! Qué batalla de palabras interpretadoras de sentimientos encontrados! La numerosa barra silbaba y aplaudía, aunque más aplaudía que silbaba cuando el diputado Irigoyen, pintando las alucinaciones de las infelices que se encerraban en los conventos las calificó de "víctimas del error que iban á padecer horribles martirios en aquellos *abismos* y *centros de tiranías*."

Pués no era nada hablarle á aquel medio pueblo de tiranías cuando por éllas y contra éllas se vertió y aún vertía tanta sangre en los campos de bataba!

Qué gritos, qué protestas y qué tumultos se hicieron cuando se empezó á dar lectura al proyecto sobre la *libertad de imprenta* presentado por los Dres. Agüero, Gómez y Zavaleta, declarando que ante todo y sobre todo debíase venerar la Santa Religión... Pero qué necesidad había de declarar eso? Bastaba con que no se faltara á las leyes generales, con que no se calumniase, con que de la libertad no se pasara á la alforja de la licencia. Tanto manosear y nombrar á la *Santa religión* causaba grima en el pueblo. Y más creció la vocinglería de la barra cuando los autores del proyecto, creyendo que aquellas manifestaciones eran hostiles al culto, salieron en su defensa.

Con écos de carcajadas sardónicas llegaban hasta el mismo recinto de las leyes el cáustico *Lobera* y el hiriente *La guardia vendtda por El Centinela*, hojas volantes de fray Francisco Castañeda, y Moreno, García y Martínez presentaban proyectos prohibiéndose que el *fraile* escribiese en esas y otras publicaciones mientras que los amigos de aquel se apresuraban á combatirlos para salvarlo de la cárcel ó del destierro á que los jueces lo condenaban. Y en los antros de una cueva, ú oculto en secretos escondrijos, mientras las autoridades lo buscaban para prenderlo y la prensa contraria lo trataba de cobarde por no afrontar á cara descubierta sus responsabilidades, nada le amedraba, nada lo detenía en su empecinada propaganda contra el liberalismo moderno, contra toda aquella poderosa falange que an habilmente secundaba en *El Ambigú*, *El Centinela*, *El Argos* y otros muchos papeles, los planes del gran estadista Rivadavia, contra quien más directamente se ensañaba el insigne franciscano.

Y tal era y llegó á ser de libre el lenguaje de que hacía uso que aun el mismo *padre* Agüero se vió obligado á calificarlo de *herege* en plena sesión legislativa.

Entre tanto el antiguo ministro del general Pueyrredon, Dr. D. Gregorio Tagle, no descansaba, no daba tregua á sus ocultas maquinaciones para derrocar al gobierno del general Rodríguez que sostenía á todo trance al ministro Rivadavia...Como que Rivadavia simbolizaba el gobierno del general Rodríguez

Tagle tenía seguro el concurso del coronel don Celestino Vidal, que era jefe de la guarnición y á quien habia logrado atraer por medio de dádivas y esperanzas de ascenso.

Y como con tal concurso creía Tagle en las seguridades del triunfo lanzáronse él, y los que estaban dispuestos á secundarlo, en las combinaciones de la nueva administración cuya cabeza dirigente estaría á cargo del general don Cornelio

Saavedra, que tan importante papel desempeñará contra las invasiones inglesas y más importante aun al frente de húsares y patricios en la revolución de Mayo, siendo nombrado Presidente de la Primera Junta en la que llegó á formarse dos partidos y derramarse por ello la primera sangre entre argentinos.

La cartera de Gobierno y Relaciones Exteriores se le encomendaría al doctor don Pedro Medrano, miembro que fué de las primeras asambleas, representante de la provincia de Buenos Aires en el Congreso de Tucumán, secretario vocal de la junta del año 20, representante, enemigo declarado del sistema unitario y poeta afamado por sus composiciones eróticas,

Contaban con que el benemérito general don Juan Ramon Balcarce, retirado aunque jóven relativamente, en la vida privada, é incluído en los baneficios de la reforma militar, aceptaría el Ministerio de la Guerra.

Y en cuanto al de Hacienda estaría á cargo del jefe de aquella nueva conspiración, que ya la había desempeñado en otras administraciones.

Pero don Gregorio Tagle y el coronel Vidal y todos los demás complicados, aunque no muy decididos, no contaban con que allí estaba don Joaquín Achavál, nuestro ya conocido Jefe de Policía, que tenía la misión de vigilarlos. Y apesar de los escasísimos elementos de que disponía, lo hizo tan bién que fué con todos los detalles al ministro de Gobierno quien, por pronta providencia y después de un detenido acuerdo, mandó prender al jefe de la guarnición que entregóse con armas y bagajes cantando de plano lo que ya se sabía.

Prendióse también á don Gregorio Tagle y colocándolos á ambos en completa incomunicación se dió cuenta del complot á la Legislatura, poniendo á su completa disposición los dos conspiradores principales.

Y fué motivo ese para que se produjeran prolongados y tempestuosos debates que duraron cerca de un mes.

Los unos defendian con teson á los revolucionarios.

Los otros los atacaban con enérgicas protestas.

Entre los primeros se encontraba el valiente y severo general Eustaquio Díaz Velez que pronunció un violentísimo discurso contra los procedimientos del Gobierno.

—Esos hombres, señor Presidente,—dijo, con arranques de irónica indignación,—que proclaman á voz en grito los principios de libertad y no son si no liberticidas, porque son liberticidas los que, con verdadero horror de la humanidad mantienen, durante veinte días, á un hombre encerrado y en completa incomunicación con los demás seres de la tierra.

—Se refiere su señoria al conspirador Tagle?... le preguntó el Ministro de Gobierno que asistia á esa sesion.

—A él me refiero, señor Ministro.

—Pues su señoria está escupiendo al cielo á causa de su poca memoria. Hace veinte dias que el Gobierno, que lo forman esos hombres á quienes su señoria les da la denominación de inhumanos, puso á la completa disposición de esta Cámara, de que forma parte integrante su señoria, al conspirador Tagle y es entónces esta honorable Cámara quien lo tiene incomunicado y á quien el Gobierno da traslado de la denominacion de su señoria.

La austera palabra de don Bernardino Rivadavia resuena entónces con acentos ciceronianos contra aquel nuevo Catilina; contra las corruptelas y prostituciones puestas en práctica por los sempiternos conspiradores de la tranquilidad pública.

Recuerda la anarquia del año 20 no tan lejana,—á aquel Cabildo que se abrogó el derecho de producir el caos nacional disolviendo el Congreso que en 1816 proclamara la independencia de las provincias Unidas del Rio de la Plata y que en 1819 sancionó la primera Constitución.

Esboza á grandes rasgos los resultados de

aquella veintena de gobiernos,—si tal nombre podia dárseles,—que en aquel año fatal administró los intereses de la provincia.

Pinta, con colores sombríos, la corrupción de las costumbres que habia invadido todas las clases sociales.

No se detiene en atacar con acentos viriles al par que amargos la vida disoluta y escandalosa de ciertas congregaciones religiosas que excitaban con tal ejemplo la incredulidad y el ateismo; la sórdida avaricia de los que, convertidos en bíblicos mercaderes, fomentaban los gentílicos y excesivos lujos en funerales, misas y demás fiestas de la iglesia por repugnantes impulsos y no por la verdadera fé del culto.

—Dicen que reforma es sinónimo de destrucción y exterminio. Tal vez tengan razón, porque con la reforma eclesiástica exterminamos y destruimos el cáncer que allá mismo, señores representantes, corrompe la Santa Córte de Roma.

—El señor Ministro ataca de una manera impía la religion.

—Pero, señor representante, si yo no ataco la religion sino á los que mal la propagan.

—Parece que el Sr. Ministro fuera ateo.

—No hago profesión de fé; pero si todo ese atajo de vicios y de miserias; de prostituciones y de escándalos se llama *religión*, yo, Sres. Representantes, preferiría ser ateo como se me acaba de llamar antes que pertenecer á ella.

—Y yo también—dijo el Dr. D. Mariano Zavaleta, previsor eclesiástico, conmoviendo á los circunstantes con su inesperada declaración.

—Dos años hace que gobernamos y representamos á la república en sus relaciones exteriores.

Recordad como vino á nuestras manos ese gobierno. Nos hallábamos envueltos en el mayor desquicio; con las rentas agotadas, lleno de deudas el erario público; rodeados de peligros por todas partes; esquilmado el comercio, cerradas las comunicaciones; desprestigiados ante propios y extraños.

Menos de dos años, señores Representantes, y en tan pequeño lapso de tiempo hemos reorganizado los Poderes Públicos sobre bases inconmovibles, devolviendoos, sin hacer uso de éllas, als facultades extraordinarias con que os servisteis investirnos.

Caducó el viejo Cabildo derrumbado en pedazos carcomidos por su propio orígen.

Hemos abierto las puertas á la educación del pueblo fomentando las más sábias publicaciones del mundo ilustrado en bibliotecas públicas, en la Universidad, en los colegios, en las escuelas que se han multiplicado tanto en la ciudad como en la campaña con maestros competentes y morales.

Hemos difundido.... permitidle á este ateo hacer esta declaración,—la religión de nuestros mayores, construyendo templos por todos los ámbitos de la provincia.

Hemos creado y perfeccionado en cuanto cabe los departamentos de Justicia, de Medicina, de Policía, de Ingenieria, de Historia Natural y otros que conoce esta honorable Cámara.

En toda la América Latína no existen tantas publicaciones, periódicos y sociedades literarias, científicas y mercantiles como hoy existen en Buenos Aires.

La inmensa riqueza de nuestros campos tendrán en breve facilidades de exhibirse, de traslación y comunicación con caminos, puentes, postas y correos; con la construcción de grandes galpones y varios mercados de abastos en distintos puntos de la ciudad.

Ya están hechos los estudios para un gran parque de recreo y el ingeniero Bevans soluciona el problema de las aguas surgentes en la noria de Recoleta, realizando al mismo tiempo los planos de nuestro futuro puerto.

El ingeniero Cattelin termina la construcción de vuestra nueva sala, semejante en un todo á la de los pares de Francia; hermosea el sombrío Fuerte y perfecciona los planos de nuestra metropolitana.

Se han rebajado los derechos de introducción que traerá la competencia con nuestras nacientesindustriales y harán desaparecer los contrabandos consentidos y aún protejidos por los malos administradores de otros tiempos.

Hemos abolido las inconcebibles trabas que pesaban sobre el comercio de las provincias hermanas y los empréstitos forzosos; creado y protejido el Banco de descuentos, elaborado la moneda menor y, puedo decirlo con orgullo, cubierto todas las deudas sin gravámen para el pueblo ni para la tierra fiscal.

Hoy las rentas del Estado superan á los gastos.

Los otros pueblos del mundo se preparan á reconocer nuestra independencia, cuando ya la reconocen Inglaterra y Estados Unidos.

La gran expedición al desierto que vosotros proyectais traerá la completa seguridad á la campaña.

Sábios á que el orbe entero rinde respeto y admiración acuden á nuestra patria atraídos al servicio de la enseñanza.

Nuestro glorioso ejército acepta complacido las reformas militares.

Las del clero, Sres. Representantes, que hoy tanto se resisten por los que dejarán de medrar por ellas, completarán con el tiempo nuestra obra de progreso, de honradez, de moral. Ese cleros..

—A quien expulsamos y arrebatamos sus bienes...—concluye el representante Gazcón.

—Expulsamos lo que daña. Reconquistamos lo que no supieron administrar.

—Y abolimos sus diezmos.

—Para mantenerlos en cambio con sus mismas rentas.

—Abolimos sus fueros personales.

—Porque no hay fueros donde hay leyes que hacen á todos iguales.

—Sus privilegios...

—Estan fuera de nuestro sistema político, señor representante. La ley gobierna y todos,

grandes y chicos, debemos someternos á ser iguales ante ella.

El secreto de nuestra inconmovilidad está en el extricto cumplimiento de esa ley que vosotros sancionais y el poder administrador promulga.

Para aplicarla con el respeto que se merece, con la honorabilidad necesaria, con la honradez imprescindible,—pues que sin respeto y sin honradez no hay ley posible,—olvidamos nuestras pasiones, nuestros lazos de familia y amistad personal, levantamos sobre nuestras debilidades y no vemos con otra luz que la que irradia de esa misma Ley.

—Sin embargo, el señor ministro no tuvo inconveniente en aplazar motu propio...

—El castigo de un delincuente? Ya sé á dónde va á parar su señoría. No me hiere porque no fuí yo. Fue la Ley que puso en manos del Exmo. señor gobernador esa prerogativa humanitaria.

En cambio, señores representantes,—añadió Rivadavia con enérgica conmoción,—yo, como Ministro de Gobierno acabo de aplicar toda la severidad de la Ley, sin consideración de ninguna clase, á uno de los hombres más encumbrados en la esfera de nuestro comercio local; á un amigo particular de Bernardino Rivadavia y por quien Bernardino Rivadavia haría hasta el sacrificio de su bienestar. ¿A qué nombrarlo si su nombre vaga en todos los lábios? Ese amigo particular de Bernardino Rivadavia tenía depositadas unas mercaderías en la Receptoría. Creyó que podía retirarlas sin cumplir con la Ley y lo hizo fiado en nuestra amistad particular; pero el amigo particular desapareció ante los deberes del magistrado y la Ley cayó sobre él purgando hoy su delincuencia en la cárcel mercantil. He ahí, señores representantes, cómo proceden los gobiernos honrados que deben tener profundo culto por la Ley. (1)

---

(1) Apesar de ser el hecho á que se refiere Rivadavia, comprobadamente histórico, el autor ha creido innecesario dar el nombre del delincuente.

Expontáneos y nutridos aplausos surgieron de entre la mayoría de los miembros de la junta y de toda la barra que aclamó con bravos y victores la severa rectitud del Ministro de Gobierno.

La Cámara resuelve enseguida que el Coronel Vidal sea juzgado por las leyes militares.

En cuanto al doctor don Gregorio Tagle resuelve que sea desterrado; pero como no se indica á dónde el doctor Tagle *se destierra* á una chacra cercana desde la cual sigue conspirando con los elementos descontentadizos de la campaña, de la ciudad, de las demás provincias...

La conspiración fermenta latente por todas partes... Y va apareciendo allá, como un mirage, la figura histórica del Coronel don Manuel Dorrego!

II

En el Convento de San Fancisco—Fúnebres pompas en memoria de un prócer defensor de las libertades públicas y de la santa religiòn—El redactor de "Oficial de día"—Todos...menos Rivadavia!—Plegarias y colación —Las reformas clericales—Murió fray Cayetano Rodríguez; pero vive fray Francisco Castañeda—La conspiracion fermenta —¡Religion ó muerte!—Quién vive? ¡La religion y la patria!—¡Viva la patria; pero viva en ella la religion!—El toque de oracion—El traidor de la tragedia—Un antiguo conocido disfrazado de fraile—En busca de Castañeda—Su desaparicion de Buenos Aires —Su muerte.

Doblaban las campanas del convento de San Francisco.

Los amarillosos resplandores de las luces colocadas en numerosos ciriales y candelabros disipando las pardas sombras alumbran el lujoso túmulo que se encuentra en el centro de la imponente nave.

Yacen allí en el oscuro féretro, los restos de un muerto.

Vése á los pies del catafalco una leyenda en letras doradas: *steriles transmissimus annos.*

Marchaban, con paso grave y sério continente de un lado para otro, de altar en altar, sacerdotes y turiferarios que lanzaban nubes de incienso mientras aquellos mascullaban rezos en latín.

Ecos místicos de voces humanas y harmonías, de un órgano percibidos acusmáticamente.

Y allá, en la torre, doblando siempre la fúnebre campana!

Grande y muy respetada debería ser la memoria del muerto cuando las paredes todas se hallaban cubiertas de paños negros y brillaban los de velludo recamados de oro en los pisos y catafalco; cuando congregábanse allí franciscanos y domínicos, mercedarios y recoletos y todas las demás órdenes clericales, tan en pugna y reyertas unas con otras por superar en el mando.

Muy grande y venerado debería de ser cuando, además de acudir á las pomposas exequias distintas clases del pueblo que iban llenando la plazoleta de entrada y colocándose en los extremos de la nave, iban llegando, con solemne aparato de fuerzas militares, las primeras autoridades de la provincia, los más distinguidos jefes del ejército, las personalidades más notables de la administración pública.

Es que el que yacía allí amortajado con el pobre y modesto sayal ceniciento, de luenga barba canosa y semblante donde la muerte no había aún borrado las fúlgidas huellas de una inteligencia superior, de un carácter bondadoso y abnegado, era aquel que se llamara en vida fray Cayetano Rodríguez; aquel de quien dijeron que tenía un corazón de oro y con cuya desaparición del mundo de los vivos perdía el clero irreconciliable con las reformas civiles, su más poderosa ayuda.

Es que aquella materia, ya sin vida, había albergado el alma del precursor de los grandes acontecimientos que dieron independencia á su patria; del autor de la protesta contra la tiranía y decidido batallador con la palabra de la emancipación americana; del formador de hombres libres en la cátedra de la enseñanza experimental y en la biblioteca pública; del maestro de Mariano Moreno; del autor de las actas de 1816; del poeta sublime que tocó todas las cuerdas y que dejó impresa la huella de su profundo saber en anónimos escritos.

Cuando ya emblanquecieran sus cabellos y ya en el último año de su trabajada existencia, creyó ver vulnerada la iglesia de su adoracion y con todas las fuerzas de su privilegiada inteligencia y con todo el teson de su convencimiento, defendió aquellos *derechos y privilegios* en *El oficial de dia*; pero el ataque que le hicieron sus contrarios fué tan rudo, tan amargo, tan directo al corazón, que cayó herido de muerte en tan cruenta jornada!

Y al ir á tomar su puesto cada uno, un fraile franciscano murmuraba por entre la capucha echada sobre su frente:

—Rodríguez... de la Cruz... García... todos, menos Rivadavia.—No ha venido ni vendrá.

Y como si la palabra fuera pasada como un eco, los demás religiosos dirijieron escrutadoras las miradas hacia los personages que rodeaban el fúnebre catafalco.

Allí estaba el gobernador y los ministros de la guerra y hacienda.

Sólo faltaba el de gobierno.

—El no asiste á funerales de *repugnantes avarientos*; pero no falta á los festines,—barbotaba el mismo fraile confundiendo el murmullo de sus palabras con los rezos y plegarias.

Terminada la ceremonia bajaron del túmulo el cadáver, formaron procesión y alumbrados con los cirios, que cada cual tomó uno, y cantando lúgubres salmodias depositaron el cuerpo del que se llamó fray Cayetano Rodríguez en el sagrado panteón de San Francisco.

Fría y ceremoniosa despedida hicieron los personajes del Gobierno como fría y ceremoniosa fué la de las otras congregaciones.

Apagarónse cirios y candelabros y envolviose en silencio sepulcral aquella inmensa y enlutada bóveda, cuyas negras tinieblas eran debilmente quebradas por la pálida claridad de las ventanas como si las imágenes que poblaban los nichos y paredes no debieran resistir por mucho tiempo los resplandores de la luz.

Caida sobre la frente la capucha; cruzadas y ocultas en las anchas mangas del hábito, las manos, vagaban los habitantes del convento por los sombríos corredores del claustro, sin dejar tras sí el eco de sus pasos ni el murmullo de sus voces.

El sonoro timbre de una campana repercutió un instante y todos aquellos hombres con sayales y caperuzas fueron llegando al refectorio donde despues de bendecidos los manjares por el padre prior, hicieron colación en el mayor silencio los que disposición tenian quedando algunos con la capucha echada en la abstracción del rezo.

Terminado el frugal desayuno volvieron á elevar en coro sus plegarias y, como si se hubieran dado cita para un lugar determinado dirigiéronse, unos tras otros, á la huerta y jardin que había en el costado izquierdo del convento.

Formáronse en grupos que hablaban en voz baja. Se interrogaban con la mirada, que el gesto y la mirada respondia.

—Reverendos padres—dijo la voz de un fraile, que permanecia con la capucha echada sobre el rostro,—las sacrílegas reformas clericales han sido sancionadas por esa turba de herejes que predomina hoy en nuestro país.

—Y promulgadas por ese gobierno que no ha tenido escrúpulo en presentarse hoy en la augusta ceremonia.

—Como símbolo de escarnio.

—Ante el santo cadáver del que más las combatiera.

—Rivadavia no estaba!—dijo aquel que notara su ausencia y que permaneció con la capucha echada sobre la frente.

—Le habrá remordido la conciencia.

—O habrá tenido á menos el hacerlo.

—Y para qué, si ese hombre no cree en *estas farsas?*

—Abolidos los fueros personales del clero!

—Supeditados al Poder Civil!

—Extrechados.

—Exterminada poco á poco nuestra influencia.

—Con la supresión de las órdenes menores de sapareceran todas los órdenes monásticas.

—Hoy les toca á los padres betlemitas.

—Mañana nos tocará á nosotros.

—Pueden disponer de nuestros bienes.

—Como dispusieron de los suyos.

—Como dispondrán de nosotros reglamentando nuestras rentas y nuestros bienes.

—Desconocida la autoridad de los provinciales..

—Subordinada nuestra disciplina...

—No se tratára de peor manera á los que delinquen...

—Y hemos delinquido, hermanos?

Nadie contestó á esa pregunta.

—Arrojadas como repugnantes pecadoras á esas santas mujeres que profesan.

—Suprimidos los conventos de monjas...

—"Ninguna profesará sin licencia del prelado diocesano...

—"Cuya licencia no será concedida sino á la que haya cumplido veinte y cinco años..."

—En el monasterio de Catalinas no habrá más de treinta monjas...

—Ni menos de diez y seis.

—No se hará novedad en el de capuchinos.

—Porque son casi *seculares*.

—Pobres histéricas, como las llama el ateo Rivadavia.

—Se suprimen hospitalarios...

—Que gozarán de pensión siempre que vivan en la provincia.

—Pension de nuestras propias rentas...

—Es posible que callemos ante esa degradante situacion?

—Y qué hacerle, reverendos padres?—preguntó el que estrañara la ausencia de Rivadavia.—Ya no tenemos quién nos defienda con la palabra escrita.

—Murió fray Cayetano José Rodriguez!

—Pero aun vive fray Francisco Castañeda,—

dijo el que principiara á hablar contra la reforma eclesiástica, levantando la capucha y mostrando su rostro.

—Fray Francisco Castañeda!—repitieron los otros, reconociendo en él hasta entonces encapuchado fraile al cáustico y valiente escritor.

—Silencio. hermanos, que no llegue á saberse que hé vuelto á vuestro lado. Desconfiemos de todos porque me hallo perseguido y sentenciado á destierro.

—Y nuestros amigos en la Sala de Representantes.

—Nada han podido conseguir.

—Y qué pretendeis, fray Castañeda?

—Seguir imprimiendo mis hojas sueltas con distintos nombres. Para no comprometer á Nepomuceno, hé logrado una prensa y varias cajas de tipo. Todo lo tengo guardado en lugar oculto. Yo mismo imprimiré nuestras protestas; nuestros ataques que irán desprestigiando cada vez mas á nuestros enemigos. Esas hojas las entregaremos á nuestros adictos que las repartirán en el pueblo.

—Y qué resultados obtendremos?

—Que nos vigilan más...

—Que mas nos estrechen y coharten.

—Hasta que concluyan por arrojarnos á todos.

—No tendremos mas remedio que obedecer.

—Obedecer!—exclamó fray Castañeda.—Si, en la apariencia hasta que llegue el momento.

—El momento de qué?

—De que estalle la revolución que se prepara.

—Otra revolución!

—Será impotente como todas las demás.

—Ahora no, pues se asegura el golpe. ¿No buscamos ante todo?...

—La caída de Rivadavia...

—A quien Dios confunda.

—En breve consiguiremos nuestro objeto.

—Cómo?

—El general Rodríguez se ha decidido al fin á llevar en persona la dirección de la expedi-

ción al desierto... Piensa dominar al salvage por medio de las armas... Cuán equivocados están!... Al general Rodríguez lo acompañará el ministro de la guerra don Francisco de la Cruz... Esa expedición durará cuatro meses, durante los cuales Rivadavia quedará de delegado al frente del gobierno. Entónces...

—Y cuáles serán los móviles que se darán para esta nueva revolución?

—Muchos y muy graves. ¿A quien si no á este gobierno se debe que la provincia oriental del Uruguay se halle incorporada al imperio hoy declarado independiente? ¿A quién si no á él que el general San Martin haya hecho renuncia en Bolívar del mando del ejército libertador allá en el Perú y que haya vuelto á su patria lleno de decepciones y amargos desengaños por habérsele abandonado á su suerte? Quién si no el ministro de gobierno roba las rentas públicas para con ellas compensar á sus prosélitos? Tiene otra disculpa la supresión del Tribunal de Cuentas? Quién si no el Ministro de Gobierno es el autor de las malditas reformas militares, civiles y clericales que tienden á la destrucción y exterminio de la religión y del ejército que podria ser su égida salvadora? Por último, sabed que Rivadavia está en combinación con enviados secretos de la metrópoli y que está decidido, por todos los medios á su alcance, á que dependamos nuevamente del rey de España.

—Menos mal si el rey de España nos devolviera nuestros fueros y nuestras libertades.

—Jamás!—exclamó Castañeda brillando en su mirada el fulgor del patriotismo.

—Jámas!—repitieron los otros frailes.

—Y con qué elementos se cuenta?

—Recursos de dinero y de acción habrá de sobra.

La ley de reforma en la clase militar borrará del escalafón del ejército á un sin número de oficiales entre los que se encuentran los brigadieres Pueyrredón, Azcuénaga y Cornelio Saavedra-

los generales Zapiola, Marcos y Ramón Balcar; ce, Díaz Vélez, Terrada, French, Irigoyen, Pintos, Vedia y los coroneles Berutti, Araóz de Lamadrid, Montes de Oca, Chiclana, Andres García, Vazquez, Rojas, Galban, Pedriel, Holmberg y otros. Algunos la aceptan y otros la rechazan.

—La revolución cuenta con Saavedra...

—Y Azcuénaga?

—No se decide.

—Si contara con Pueyrredón...

—Es difícil.

—¿No será jefe de ella su antiguo ministro?

—Pero es que Pueyrredón aún es amigo de Rivadavia.

—Y aunque así sea si le ofrecieran el mando...

—Hay muchos niños para ese trompo. El cuerpo de patricios, que no saldrá á la expedición, ya se encuentra minado por su antiguo jefe.

—Marchará el batallón de cazadores?

—Es probable que nó:

—Entónces el coronel Vidal...

—Con el coronel Vidal no se podrá contar...

—Pero no estaba conjurado?...

—Sí; pero ha obtenido su perdón y la incorporación al mando de su cuerpo bajo juramento de fidelidad.

—Cobarde!

—El cuerpo de celadores al mando del mayor Alcaráz?

—Responde á Rivadavia.

—El Jefe de Policía don Joaquín Achával?

—Es el brazo ó la acción del Ministro de Gobierno; pero Tagle recorre la campaña....

—Hombre incansable!

—Y nos traerá los elementos necesarios para derrumbar no solo al Poder Ejecutivo en manos de ese hombre sino al Legislativo tambien. Se cambiaráu todas las autoridades, y restableceremos el antiguo Cabildo....

—Y el pueblo de la ciudad?...

—La campana de la Casa de Justicia lo llamará en el momento dado...

—Y responderá?...

Todos callaron.

—Cierto,—dijo Castañeda, — difícilmente acudirá el pueblo como acudia en otros tiempos... Ya no es el pueblo del año 10...

—Los continuos vaivenes han cansado su espíritu patriótico...

—Dos hombres se necesitarian para que el triunfo fuera seguro; dos hombres, á quienes adora la plebe, al uno en la campaña, al otro en la ciudad.

—Quiénes?

—El *Gefe de los Colorados* allí...

—El comandante Juan Manuel de Rozas!...

—El hombre del año 20!

—Y el otro?

—Dorrego aquí.

—El héroe del 12 de Julio!

—El vencedor de Alvear...

—Alvear está con Rivadavia...

—Razon de mas para creer que Dorrego forme parte de la revolución.

—A qué precio?

—Dándole el gobierno.

—Es mucho dar.

—Es que con él se asegura el triunfo. Dorrego atraerá á Rozas.

—Imposible que Dorrego...

—Más posible que nunca. Rivadavia quiere la monarquía ó implantar en nuestra patria el sistema unitario. Dorrego, republicano, es la encarnación del federalismo. Son Dorrego y Rivadavia una dualidad en pugna; dos fuerzas contrarias que han de chocarse algún día y algún día vencerá el que más pueda. Todo consistirá en saberlos precipitar el uno sobre el otro.

—Dios lo quiera.

—El cuerpo de artillería, que no saldrá á campaña se está minando. Desde ya se cuenta decididamente con un capitán que los mandaba y que ha dejado de hacerlo por estar incluido en la reforma.

—Quién?
—Benito Peralta.
—Cordobés.
—Con el coronel Pedro Viera también se cuenta.
—Brasilero.
—Con el coronel Rolón...Araoz...González y otros muchos de la ciudad...
—Eternos conspiradores!
—Las personas que forman la hermandad de caridad, suprimida por Rivadavia, darán recursos...
—Y nosotros?
—Lucharemos por el triunfo de la religion.
—Cómo?
—Con la palabra en el púlpito; con nuestras influencias en el confesonario.
—Prestándoles nuestra ayuda en cuanto alcance.
—Hermanos mios:—¡Religion ó muerte!
—Ese será nuestra lema.
—Con la leyenda de *Oficial de dia*:
—"Quién vive".
—"La religion y la patria".
—"Viva la patria; pero viva dentro de la religion!"

Los melancólicos toques de oraciones cortaron el curso de la animada y nerviosa plática.

Hubo un momento de silencio....

Castañeda barbotó:

—Pronto se transformaran esos plañideros ecos en ecos de rebato.

—Hermanos mios,—dijo el prior del convento,—recemos por el alma del santo varon que se ha separado de la mísera materia para que interceda ante el Altísimo por el triunfo de nuestra Santa Religión.

Y de rodillas é inclinada la frente rezaron los religiosos oyéndose el ruido confuso de sus voces acompañado con el chocar de las cuentas de sus rosarios mientras en la herguida torre seguian repercutiendo los sollozantes ecos.

—A cuyo frente volveráse á poner el suspicaz y atrevido Tagle, sin duda?

—Así parece.

—Tagle no escarmienta y llegará el día en que se arrepienta de sus ambiciones inútiles. No es él ni Saavedra, ni aun el mismo Pueyrredón quienes podrian poner dique á este desborde.

El mayor Alcaráz contó á don Bernardino Rivadavia lo que oyó en la huerta del convento.

—Manuel Dorrego!...—exclamó el ministro de gobierno,—Sí, Dorrego y Juan Manuel de Rozas podrían ser enemigos temibles.....Pero, ¿les convendría afrontar la situación que crearía la revolución triunfante?....¿No sería peor esa situación que la que el año 20 pudo contrarestar el primero?

Imbéciles, ¿no ven que tras mi caida está el general Rodriguez con un ejército de tres mil hombres que va á marchar á la frontera y que volvería inmediatamente? Dejadlos hacer, mayor, dejadlos hacer que han de llevar su merecido.

Y ya era de noche cuando el mayor Alcaráz, vestido, no ya con el sayal de fraile franciscano, sino con su uniforme usual, salia de su cuartel, acompañado de varios soldados y celadores.

Llevaba la órden de registrar el convento de San Francisco y prender á fray Francisco Castañeda.

Con repugnante obediencia se le abrieron todas las puertas y aunque había tenido ocasión de conocer prácticamente cuanto escondrijo había en aquel que fuera *lugar sagrado*, buscó en vano: —fray Francisco Castañeda, no pareció por ninguna parte.

Ya iba á retirarse el mayor Alcaráz contrariado cuando allegósele un lego y le dijo:

—Yo sé dónde debe encontrarse el reverendo padre Castañeda porque lo ví salir y estúvelo espiando.

—Dónde?

—Salió esta tardecita y tomó por la calle de Defensa hacia Barracas de los mataderos.

—Y después?

—Despues... Vea, señor mayor, le pido que no vaya á descubrirme...

—Hable y diga la verdad.

—Pues le juro, señor mayor, por el mismo San Francisco, que lo ví con estos ojos que han de comerse la tierra, entrar despues en la casa del excelentísimo señor Rivadavia.

—A fray Castañeda?

—A fray Castañeda.

El mayor Alcaráz miró al lego con desconfianza.

Se burlaría de él? Sabria que él era el fingido franciscano que salió de tardecita y entró en la casa del excelentísimo señor Rivadavia? Luego lo habian espiado. Pues entonces no habia nada que hacer:—he ahí la causa de que el padre Castañeda, acusado por el fiscal de Gobierno, doctor don Bartolo Cueto, "por abusos de la libertad de escribir, por dictados ofensivos al decoro y respetos debidos á la representación soberana de la provincia y al Superior Gobierno, è igualmente peligroso al órden y tranquilidad públicas", no pareciese ni en el convento, ni en su casa, ni en la de su tio el reverendo presbítero don Antonio Romero, á donde solia ir el impresor don Juan Nepomuceno Alvarez á buscar *originales*.

Y en vano se puso en movimiento toda la policia, las comisarías y alcaldias de la ciudad y campaña y aun el Estado Mayor del Ministerio de la Guerra para que fuera aprehendido:—fray Francisco Castañeda habia desaparecido de Buenos Aires. (1)

---

(1) Como el Cristo de la Biblia aparece mas tarde prediciendo en los desiertos inclementes de *Kuqwel Luincul*, y convertido en verdadero apóstol del cristianismo, abandona la sátira profana y muere diez años despues catequizando salvajes, fundando escuelas y propagando la fé y dando ejemplo de virtudes tan piadosas que llega á ser la admiracion de los pueblos del litoral argentino.

A los pocos instantes y cuando ya declinaban las claridades del día, el fraile aquel que fuera el primero en notar la ausencia del ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores en las pomposas exequias de fray Cayetano Rodríguez; que se abstuviera de tomar parte en la colación so pretesto del rezo y que siempre conservara la capucha echada sobre el rostro, alejóse de allí y sijilosamente salió del convento; pero no tanto que un lego dejara de advertirlo y siguiera tras él hasta verlo marchar calle abajo por la de Defensa; detenerse en la puerta de una amplia casa de balcones salientes y penetrar en ella con asombro y aspavientos del lego, que á paso de trote volvió al convento y puso en conmoción á toda la comunidad.

En aquella casa vivia D. Bernardino Rivadavia.

El fraile siguió por el zaguan hasta llegar á la escalera donde fué detenido por un negro vestido de celador.

—Perdone su paternidad,—le dijo, mirándolo con estraña desconfianza;—pero Su Excelencia no recibe...

—Vaya y dígale á Su Excelencia que quiere hablarle fray Rafael...

—Es inútil,—añadió el negro cuadrándose en el primer tramo y dispuesto á despedirlo,—ya hé dicho que Su Excelencia no recibe pues no está en estado de confesión.

—Imbécil,—dijo el franciscano levantándose la capucha y descubriendo su rostro.

—¡El mayor Alcaráz!—exclamó el negro á quien el fraile echó á un lado subiendo de dos en dos los tramos de la escalera mientras aquel se hacía cruces diciendo.—Mandinga vino al mundo disfrazado de franciscano.

El mayor Alcaráz no se detuvo hasta llegar al descanso que daba acceso á un corredor con varias puertas.

Golpeó suavemente en una de estas que abrióse apareciendo en su hueco la figura de D. Bernardino Rivadavia.

—Entre mayor,—le dijo,—desde el balcón lo ví que venía.

El mayor Alcaráz penetró en una ancha sala más abundante de libros y bibliotecas que de adornos y muebles.

—Señor...

—Permítame ante todo que me ría,—dijo Rivadavia contemplando al valiente perseguidor de bandidos envuelto en el ceniciento sayal.—Ha estado usted representando al traídor de las tragedias.

—Ria V. E. cuanto quiera que le traígo buenas noticias.

—No lo han conocido, mayor?

—No, porque con la capucha echada hablé mal de S. E.

—Y cómo ha podido salir sin que lo noten?

—En un descuido atravesé los claustros sin que me vieran...La nave estaba sola...

—Y cuáles son las buenas noticias que me trae?

—Se conspira contra S. E.

—Ya lo sabia y por eso le pedí que me hiciera el servicio de meterse entre los frailes franciscanos.

—Fray Castañeda, señor, se encuentra otra vez en el convento.

—Fray Castañeda! Qué lástima que ese padre no se salve. Tiene talento y escribe con tanta ó mayor liberalidád que Cavia. Si no fuera tan licencioso en el decir y un peligro para las reformas se podría tener con él mayor suma de contemplaciones; pero al extremo á que han llegado las cosas es ya imposible. No podemos andar con paliativos... ¿Cómo ha pódido volver al convento, si se encontraba en Montevideo?

—Lo ignoro.

—Hay que vigilar la gente de barcos.

—Yo creo que no ha salido de la provincia.

—Por qué?

—Porque es él el que dió á la Comunidad todos los datos de la nueva conspiración que se fragua en *los Tapiales*.

declarados *benemèritos* y á dominar el *mundo de la conciencia* como el oculto tramoyista domina su *mundo de fantoches!* ¡Qué sublimidad de constancias infinitas! No hablemos, porque á pesar de consagrarse en el recinto homónimo del vizcaino fundador de la *Compañía*, las mayores solemnidades patrióticas y de pasar á la administración civil el Seminario, no hubo ley ni disposición alguna aparente que en favor ó en contra de ellos se dictara en aquella época...

Y sin embargo, imperaban! ¿Como? Como saben hacerlo ellos y solamente ellos!

Por su parte, los padres franciscanos, no descansaban tampoco y aunque aparentemente se hallaban reducidos á las claustrales paredes del convento, clamando dia y noche contra la tiranía de la opresión civil en los toques repetidos de sus vibrantes campanas que hablaban y gemian con tonos expresivos y tocantes á sus amados feligreses, llegando por ello el Gobierno á reglamentar esos toques sempiternos y á suprimir campanas, ellos encontraban la manera de ponerse en contacto con los revolucionarios de *acción*, con sus compañeros de causa, propalando por todas partes, en el seno del hogar, en la ciudad, en la campaña, en el interior, en las reparticiones públicas, en el ejército y hasta en la cárcel, una decidida repulsion contra aquel *gobierno hereje!*

Mientras tanto, el Gobierno seguía, con toda la inflexibilidad de la Ley, implantando y reglamentando la *Reforma*, que, como Rivadavia lo aseguraba, moralizaría y perfeccionaría aquella religión tan relajada por los mismos que debieron velar por su inmaculación, cuando llegaron á la ciudad noticias alarmantes de las terribles invasiones de salvajes llevadas al sur y al norte por los poderosos caciques *Victoriano, Torino, Como Pan, Calixto Poelvy* y otros no menos poderosos..

Pero el ejército que los contrarestaría y escarmentaría se preparaba allá en la Guardia del

Monte y fortines de Lobos y Ranchos con grandes recursos, no solo votados por la Sala de Representantes si no proporcionados por los mismos hacendados.

Dos mil quinientos hombres elegidos y bien pertrechados con las tres armas esperaban allí al par que un numeroso convoy de víveres.

El general Rodriguez dirigiria la expedicion; pero el general Rodriguez he sitaba:—habian llegado á él los rumores de una nueva revolución que estallaria en la ciudad inmediatamente de ausentarse y temia que los elementos con que contara su Delegado fueran insuficientes para dominarla.

—Marche á la expedición tranquilo, general,—le decía su Ministro de Gobierno;—allá está su puesto...

—Y si esa revolución estalla?...

—Tendrá V. E. noticias de ella.

—Dicen que Dorrego y Rozas...

—No lo crea.

—Quiénes entónces?

—Tagle...siempre Tagle, general.

—Pero ese hombre no escarmienta!

—Trataremos de escarmentarlo de una vez por todas...

—Por qué no lo manda prender, Rivadavia?

—Porque debemos esperar á que el conato se realice y entónces...

—Supongo que habrá más contemplaciones.

—Así lo espero.

Antes de marchar el general Rodríguez fuerónle á despedir al Fuerte los militares de más alta graduación y las personalidades políticas que se hallaban en la ciudad; Marcos y Juan Ramón Balcarce, Pueyrredón, Azcuénaga, Díaz Vélez, Alvear, Sarratea, Irigoyen, Aguirre, Saavedra...

—Por fin ha resuelto ponerse al frente de la expedición, general?—le preguntó Pueyrredón.

—Sí, general, en breve me internaré en las Pampas donde pienso hacer construir una línea avanzada de fortines y realizaré tratados con los encarnizados enemigos de nuestra campaña.

III

Los padres franciscanos y las reformas clericales.—La expedicion al desierto y los temores de revuelta.—Junta de notables.—Opiniones diversas.—El general Las Heras y el comandante Lavalle.—Tagle, Rozas y Dorrego.—Una llegada á tiempo.

Llegóse al pleno convencimiento de que la única congregación religiosa que conspiraba contra el órden político, era la de franciscanos.

Habia, pues, que anularla, restringirla, reducirla á los estrechos límites de aquel grandioso monumento de la calle de su nombre, dedicado por sus fundadores á la adoracion divina y á la contemplacion de los fieles creyentes; á aquel cuadrilátero murado con enormes pilas de ladrillos amalgamados que tentaban utilizarse en recintos útiles, sacándolos de la inercia y dándolos á la industria; entre aquellas paredes maestras impregnadas de incienso, de rezos y rezongos; entre aquellos claustros y celdas donde tendrian ocasion, sus habitantes, de preocuparse mas que de cosas mundanales de abstracciones místicas.

Arrojáronse de los hospitales á los padres mendicantes de su órden.

Convirtióse en cementerio el antiguo convento de Recoletas cuya administración tuvieron.

Suprimióse sus órdenes menores expulsando de la provincia sus capigorrones, "los vagos y parásitos con sayal", y propendióse, á que, por medidas públicas de restricción humillante, resaltara la corrupción y desórden en que la mayoria de aquellos *padrecitos*, habian vivido.

Contábase á este respecto cosas inauditas sobre pernoctaciones fuera del convento; escándalos mayúsculos producidos en tabernas y mancebias, casas de juegos prohibidos y aun en hogares, al parecer honestos, asegurando, los que tales *monstruosidades* rechazaban, ser estos asombrosos pretestos para cohartar propagandas mas ó menos fundamentales en pro de la religion.

Fueran ó no fueran verdaderos lo cierto fué que todo fraile, sin distinción de *colores* que se encontrara en la calle sin licencia especial ó sacramental motivo á cualquier hora del día y especialmente de noche, debía ser conducido, sin más forma ni trámite, á una celda...de la cárcel pública

Resaltáronse en decretos y declaraciones oficiales las odiosas intrigas que los padres franciscanos pusieran en juego contra las otras congregaciones religiosas singularizándose con la de mercedarios, á la que el Poder Ejecutivo dióle franquicias é independencia sobre todo prelado y *autoridad provincial.*

De los sábios domínicos no hablemos; no hablemos de esa santa congregación cuyo orígen venía de aquellos que en el siglo XIII predicaron constantemente contra los *malvados herejes* y que por ende tuvieron á su cargo durante cuatro siglos, la llamada *Santa inquisición,* á quien la paciente humanidad debió el utilísimo invento de la cremación... de vivos; del sistema hidroterápico purificador... con embudo; del *masaje* con el sencillísimo aparato...del potro. ¡No hablemos de aquellos santos varones que por sus tendencias virtuosas y patrióticas; por sus procedimientos inofensivos y predicaciones morales hicieron olvidar *aquellas cosas!*

No hablemos tampoco de los hijos de San Ignacio, mal llamados *jesuitas* pues que en lenguaje vulgar es sinónimo de todo lo repugnante; no hablemos de aquellos á quienes Carlos III expulsara de Buenos Aires en 1767 y volvieran á ser expulsados una y cien veces para llegar á ser

—Es depresivo tener que tratar de igual á igual con esos salvajes...

—Y qué remedio nos queda? Necesitariamos tener un ejército formidable para dominarlos y aún así mismo encontraría difícil si no imposible hacerlo por completo. Pero, mientras yo marcho, con todos los elementos que se han podido reunir, quedando casi desguarnecida la ciudad, se dice que hay quien pretende aprovecharse de ese desguarnecimiento, para derrocar á mi Delegado el señor Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores.

—Semejante tentativa sería altamente criminal,—repuso don Manuel de Sarratea.

—Así la considero,—dijo el general Rodriguez, —y creo inútil pediros vuestro apoyo y el de todo patriota para el Gobierno que queda en mi ausencia.

—Con toda franqueza,—replicó don Cornelio Saavedra,—os manifiesto, señor Gobernador, que no prestaré mi apoyo al Gobierno delegado; pero con toda franqueza os manifiesto tambien que ningun movimiento subversivo me contará en sus filas.

—Lo mismo digo,—añadió el general Díaz Velez y repitieron los generales Balcarce.

—De manera que...

—Que podeis contar con nuestra prescindencia en pro y en contra.

—Poco ó mucho, lo que valgo, lo pongo á disposición del Gobierno delegado,—dijo el doctor don Manuel de Sarratea.

—Y yo, añadió el doctor Mariano Zavaleta,—me pondré de acuerdo con él para reprimir con la severidad empleada hasta ahora los ciegos impulsos del fanatismo.

—Por mi parte, señor Gobernador,—dijo el general Alvear,—hé creido siempre más acertado dedicar ese ejército á otros fines tanto ó más provechosos que los que el Gobierno se propone.

El Gobernador de Santa Fé, general don Estanislao López se ha adelantado mi propósito.

—Cuál era?

—Salvär á la provincia de Montevideo de la dominacion extranjera.

—Y cree el general Alvear que con dos mil y quinientos hombres contrarestaríamos todo el poder del imperio?

—No; pero con ese ejército levantaríamos todo el Estado Oriental en contra de sus opresores. Es verdaderamente ignominioso que hayamos declarado nuestra independencia y dejemos dependiente, no ya de la metrópoli ó del rey de España, nada menos que de un poder invasor á esa provincia hermana. Ahora bien, ese ejército decretado por los honorables Representantes para la expedicion al sur, dejando el norte á merced de los salvajes, cumpliria, á mi entender, mas gloriosa mision si propendiera á la independencia de Montevideo.

—Todo á su tiempo, general don Cárlos de Alvear,—contestóle don Bernardino Rivadavia, que en ese momento entraba en el despacho del Gobernador acompañado de los otros Ministros y de varios otros militares de alta graduacion.

—El señor Gobernador nos estaba consultando sobre nuestra actitud si por acaso en su ausencia...

—Estallará una nueva revolución? Si el señor Gobernador ha creido necesario vuestro importante consejo sobre las emergencias que pudieran sobrevenir en su ausencia, yo, como Secretario de Estado, respeto esa decision del señor Gobernador; pero...

—Creéis innecesaria esa consulta?—preguntó irónicamente el general Azcuénaga.

—General, vuestro consejo será siempre respetado para mí,—le contestó Rivadavia en el mismo tono.

—Gracias.

—Como respetado me será el de *algunos* señores aquí presentes y que no puede sernos dudosos por su intromisión en otros movimientos...

—Os referis á mí, Rivadavia?—preguntó altanero el general Saavedra, viendo que el Ministro de Gobierno lo miraba con insistencia.

—Señor general don Cornelio Saavedra demasiado sabeis que aún no se han cumplido dos meses que el mismo Tagle, á quien hoy se señala como jefe de la futura revuelta, fué sorprendido en otra intentona. Demasiado sabeis que él contaba con V. E. para poneros al frente del Gobierno si triunfaba...

—También contaba conmigo,— dijo el general Juan Ramón Balcarce,—según se me ha dicho y yo creo que el general Saavedra, como yo, no se hubiese prestado á dar su nombre, ni su prestigio para semejante evolución. Yo puedo ó no estár conforme con la marcha del actual Gobierno; pero la acato.

—Habeis interpretado mi modo de pensar, general,—añadió Saavedra.

—Me han asegurado,—dijo el general Pueyrredón,—que el doctor Tagle se encuentra dedicado exclusivamente á las labores pastoriles y que en caso de haber revuelta local no sería él quien se pusiera al frente.

—Sea quien sea, general, si la revuelta estallara en la ciudad, ya le hé dicho al señor Gobernador que no temo sus resultados,—dijo Rivadavia.

—Con qué elementos contais para sofocarla?... preguntó el general Marcos Balcarce, que hasta entónces habia permanecido callado.

—Con la guarnición que quede, poca ó mucha.... Con el pueblo que se armará en seguida.... ¡Conmigo!—esclamó uno de los militares que acompañaba á Rivadavia adelantándose.

—El héroe de Cancha Rayada puede ofrecer mucho,—le replicó el general Marcos Balcarce.

—No sé si en aquella triste jornada fuí héroe ó fuí simple soldado que supo cumplir con su deber; pero demasiado sabe el señor general Balcarce, pues lo aprendió en el Saucecito, que una retirada honrosa suele valer una victoria.

—Señor general Las Heras!...

—Señor general Balcarce!...

—No quiero creer que en vuestras palabras...

—Haya doble sentido?... Tampoco quiero creer que lo haya en las vuestras. Doblemos la hoja, general; dejemos el pasado y vamos al presente. La espedicion al desierto del sur de la provincia es imprescindible. Asi lo ha creído la honorable Sala de Representantes y el Superior Gobierno. Nadie puede dirigirla con mayores probabilidades de exito que el señor general Rodriguez, aqui presente. Debe, pues, el señor Gobernador marchar á ella, que las amenazas de revuelta no intimidan á su Delegado.

—Repito que no las temo,—añadió Rivadavia.

—Sabe, general Las Heras,—dijo el general Pueyrredon,—quién, aseguran, se pondrá al frente del movimiento local?

—Ya lo han dicho:—el Dr. Tagle, vuestro antiguo Ministro....

—No es mi antiguo Ministro, con el que nada me liga hoy, si no el coronel Dorrego....

—Dicen que fué la chispa incendiaria que trajo la conflagración de Arequito,—repuso el Ministro de la guerra;—pero yo que mandaba aquel ejército puedo atestiguar lo contrario...Su conducta después lo vino á demostrar defendiendo á Buenos Aires contra las hordas que acaudillaban los chilenos Carrera y las montoneras de Lopez.

El general Alvear hizo un movimiento de impaciencia.

—Si ese es el terrible enemigo á quien tenemos que combatir,—dijo un joven militar que también había acompañado á Rivadavia,—yo diferiria mi vuelta al Perú y prometo que...

—Que le dariais una de vuestras irresistibles cargas?—le preguntó el general Las Heras contemplándolo con afecto.

—No, mi general; lo buscaría donde se encontrase y se lo traería maniatado al Gobierno.

—Nadie lo pone en duda,—dijo el general Juan Ramón Balcarce, — porque el coronel Lavalle es arrojado y valiente entre los valientes....

—Pero es que se asegura que el coronel Dorrego se lanza á esa intentona porque cuenta con los elementos del comandante de los *colorados*,— dijo Pueyrredon.

—Juan Manuel de Rozas!.....

—Y si es así....

—Qué?—preguntó el general Las Heras.

—Que ambos reunidos tendrian elementos poderosos. Dorrego en la ciudad y Rozas en la campaña.

—No,—dijo entónces el general Rodriguez.— Despues de la batalla de Pavon, Rozas y Dorrego quedaron malquistados y los resultados del combate de Gamonal profundizaron su enemistad.....

—Señores,—dijo el general don Francisco de la Cruz,—estamos dando demasiada importancia á un hecho por producirse sin que ninguna probabilidad de éxito tenga. Si revuelta ha de haber yo sostengo que ella será solo encabezada por unos cuantos ambiciosos y fanáticos sin gran significación política en nuestro país.

—Así sea,—contestó el general Saavedra.

—Tales son nuestros votos,—añadieron los generales Balcarce.

—Sin embargo, insistió el general Pueyrredon, —¿por qué el coronel Dorrego no ha venido á deespedirse del señor Gobernador? Está, acaso, en la ciudad? Dónde se encuentra?

Ante estas preguntas, todos callaron, interrogándose con la mirada.

El general Pueyrredon continuó:

—No tendrá visos de verdad eso que se dice de que anda por la campaña reuniendo gente para dar el golpe inmediatamente que el señor Gobernador se dirija á la Guardia del Monte y se interne en las Pampas con el ejército que allí existe? Se asegura tanto, que el coronel Dorrego se pondrá al frente de esa revuelta que sería conveniente que el Gobierno se cerciorara de ello.

—Y el coronel Dorrego, señor general Puey-

rredon, manifiesta á S. E. que es mentira cuanto de él se dice á ese respecto,—dijo un nuevo personaje que había escuchado las últimas palabras del general Pueyrredon.

—El coronel Dorrego!—exclamaron todos sorprendidos, mientras que éste, dirijiéndose al general Rodriguez y á Rivadavia, les dijo:

—Señor Gobernador, vengo á manifestaros mis más fervientes deseos por el feliz éxito de vuestra empresa y á ponerme á las órdenes incondicionales del señor Delegado á quien le prestaré todo el apoyo de mi brazo y de mi humilde prestigio.

IV

El coronel Dorrego—Sospechas desvanecidas—Entidades personales y políticas—Disyuntiva—Opiniones que se dan y lecciones que no se aceptan—Sistemas que se discuten—La sangre de los mártires—Centralización y descentralizacion de Poderes—La revuelta es un hech—Resolución del general Rodriguez—Su partida—El pueblo y el general Dorrego—Profecia—Tedeum.

Allí estaba el coronel don Manuel Dorrego, el tribuno popular que arrastraba á las masas al triunfo del combate uniendo á la acción heróica la frase centelladora; el primer defensor de la libertad chilena; el héroe de los cien combates allá en el alto Perú, en el interior, en la Banda Oriental...

Aquel, á quien debió su provincia la remarcada victoria de los campos de Pavon contra el *federal* López, porque no era aquella guerra guerra de principios políticos sinó de caudillos conflagradores contra la *autonomia* de Buenos Aires; de montoneros y anarquistas contra la civilización y el órden.

Enemigo declarado de la Constitución jurada el 25 de Mayo de 1819 y acérrimo partidario de la declaración hecha el 10 de Febrero de 1811 por la que se implantaba el principio republicano federal, no por ello prestó su concurso á los hombres que en las provincias litorales protestaron contra el sistema unitario proclamado en aquella Constitución por lo ya indicado y porque para él de hecho y aún de derecho caducado había aquella Constitución con la separación de los otros Estados, los que, como el de Buenos Aires, en el que solo subsistía la repre-

sentación externa, vivían en su propia autonomía.

Todas las miradas estaban fijas en el nuevo personaje que iba á desvanecer con su presencia y su palabra las dudas sobre su conducta ulterior; todos lo contemplaban sintiendo hacia á aquel hombre, — que tan señaladas páginas vino á ocupar en la historia contemporánea de la república Argentina,—con distintas sensaciones.

Allí estaba, acusándolo indirectamente de conspirador, el general D. Juan Martin Pueyrredon que al hacerse cargo de la Dirección Suprema en 1816 pidió para él la exoneración de su grado de coronel,—que si no fué general fué porque *no quiso serlo*;—que ordenó su destierro perpétuo por *insubordinado y altanero*, de cuyos cargos supo sincerarse despues....

Allí el general don Cárlos de Alvear, aliado en un mal momento á los caudillos del litoral creyéndolos de buena fé defensores de la descentralización político-federal.

Allí don Bernardino Rivadavia, Zavaleta, Azcuénaga y tantos otros partidarios y juramentados del sistema unitario....

Fué el general don Martín Rodríguez el primero en dirigirse á él:

—Gracias, coronel Dorrego, — le dijo estrechando su diestra con la franca y leal sencillez de su carácter,—por haber llegado á tiempo de disipar la incertidumbre que habia respecto á la corrección de sus procederes.

—Repito, señor general, lo dicho.

—Agradezco sus congratulaciones por el éxito de la expedición...

—Y yo,—repuso Rivadavia,—acepto complacido su ofrecimiento que conceptúo leal.

—Ignoro,—dijo Dorrego, mirando de soslayo á los generales Pueyrredón y Alvear,—por qué se ha propalado tan infundada sospecha.

—Esa sospecha, *señor Dorrego*,—dijo el general Pueyrredón, creyéndose interrogado en aquella mirada, acentuando el no darle título militar,—na-

cen de los mismos que conspiran. Son ellos los que propalan la especie y los que dicen que cuentan con usted para echar abajo al Delegado en cuanto el señor general Rodríguez se ausente con el ejército que lo espera en la Guardia del Monte...

—Es una infame calumnia de la que el general don Juan Martin Pueyrredon no debió hacerse éco.

—Simplemente hé repetido lo que se dice de usted.

—Y yo creo,—manifestó el general Las Heras adelantándose á la réplica que no debió ser en términos templados segun la expresion marcada en el rostro de aquel,—que basta la palabra del coronel Dorrego para que queden desvanecidos esos *diceres*.

—No tengo interés alguno en mantener lo contrario,—dijo el general Pueyrredon, encogiéndose de hombros indiferente, y pasando á hablar en voz baja con Azcuénaga.

—Por mi parte,—añadió el general Alvear con cierta altanería, pues que no le habia tampoco pasado desapercibida la mirada del coronel Dorrego,—doy poquísima importancia á lo que se dice del señor.

—Es de felicitarse,—repuso don Cornelio Saavedra, midiendo sus breves palabras,—que *Dorrego* prometa sostener á *Rivadavia*.

—General,—contestóle Dorrego prontamente aunque con fina mesura,—no es justo tergiversar mis propósitos.

—No pretendo...

—Yo no hé prometido nada con respecto á la, *personalidad del señor don Bernardino Rivadavia* que por otra parte merece hoy todo mi respeto. Es al Gobierno constituido legalmente en mi provincia....

—Se comprende,—dijo el general Saavedra irónicamente;—pero como el señor Rivadavia va á reemplazar al general Rodriguez....

—Interín el general Rodriguez hace la espedicion al desierto,—terminó Rivadavia.

—Repito,—dijo Dorrego,—que no me guia el propósito de sostener *personalidad* alguna si no la entidad legal.

—Y qué de estraño tendría,—preguntó el coronel Lavalle con arrogante franqueza,—que el señor coronel Dorrego sostuviera la *persona* del señor don Bernardino Rivadavia á quien *todos* debemos defender por la altura de sus procederes?

—Si el señor Rivadavia,—contestó Dorrego sonriendo,—se encontrára en peligro *personalmente* y yo pudiera salvarlo no evitaria esfuerzo para ello.

—No hago juego ni doble sentido de palabras, señor,—dijo el coronel Lavalle impaciente.—He querido decir, Rivadavia gobierno.

—Gobierno.... delegado?—preguntó Dorrego siempre sonriente.

—O Gobierno en propiedad....

—Si el señor Rivadavia nos gobernara bajo el principio político decretado en la aurora de nuestra revolucion no tendria inconveniente....

—Cuál, coronel Dorrego?

—Republicano-federal, coronel Lavalle.

—Y si creyera conveniente cambiar la última *denominacion*?

Dorrego debió considerar resbaladizo el terreno á que pretendia llevarlo el coronel Lavalle pues contestó impasible:

—No sé lo que haría, pues aun no ha llegado ese caso....

—Conspirarais, entónces?—le preguntó Lavalle con la misma impasibilidad.

Por el semblante de Dorregó pasó una nube de tempestad latente.

—Señor coronel Lavalle,—dijo, sin embargo, conteniéndose,—no hé venido á discutir esas cosas; mas es bueno que acepteis una vez por todas mi declaracion:—el coronel Manuel Dorrego no ha conspirado nunca.

—No creen eso en el ejército que acabo de dejar.

Dorrego contúvose aún y replicó indiferente:

—Mis enemigos de *allí* ó de *aquí* pueden creer lo que quieran. No es para ellos para quienes deseo sincerarme si no para mis amigos...

—¿Y cuáles son vuestros amigos, coronel Dorrego?

—¡Mis amigos!...—exclamó Dorrego excitado ya y no pudiendo contenerce: — Por de pronto el país entero que reaccionando acepta y respeta el sistema político federal. Después...—añadió haciendo una transicion,—los que quieran serlo.

—A mal terreno llevais ese asunto,—dijo entónces el doctor Sarratea, cuyas palabras apoyaron con el gesto los demás personages allí presentes mientras don Bernardino Rivadavia, inclinando la frente y la diestra apoyada en la abertura del chaleco, escuchaba silencioso.

—No eludo responsabilidades, señor,—contestó Lavalle con ademán altanero.

—Nadie, de los que estamos aquí, las elude,—contestó con gesto severo el general Ramon Balcarce,—y si por no ser partidarios del sistema político á que el Sr. Rivadavia se inclina, se conspira, los que hemos ya declarado que seremos prescindentes tal vez nos alcance el calificativo.

—Que no merece el coronel Dorrego,—añadió el general Saavedra,—quien al prestarle su acción al señor *Delegado* va más allá, á mi entender, de lo que humanamente puede exigirse de un hombre que tiene convicciones políticas.

—El coronel Dorrego, señor,—dijo el general Las Heras,—no hace si no cumplir con el deber que la patria le impone al militar correcto y disciplinado.

—Es decir que nosotros estamos obligados?...

—A una de dos:—á responder cuando el Gobierno legalmente constituido los llame á su defensa ó pasarse, con armas y bagajes á....las filas contrarias.

—No admito lecciones sobre mis procederes... —dijo ofendido el general Márcos Balcarce.

—Ni yo me tomo el trabajo de darlas. Opino simplemente.

—Señores,—dijo Rivadavia levantando la frente y abarcando con la mirada á los demás,—si Bernardino Rivadavia llegara á gobernar por el voto de sus conciudadanos, que no lo desea y cambiara por sí y ante sí la *denominación* política que hoy nos rige en el hecho, el coronel Dorrego no podría en manera alguna prestarle su apoyo á menos de claudicar de sus más arraigadas convicciones.

—Porque sería entónces don Bernardino Rivadavia el verdadero conspirador contra las instituciones políticas de su patria, — dijo Dorrego con voz firme.

—Exactamente,—añadió Rivadavia sorprendiendo á los demás con tan franca afirmación.

—La constitución del año 19,—añadió enseguida,—ha perdido su fuerza. Es necesaria la reacción reconstructora para que volvamos á ser las *Provincias Unidas de Sud América.*

—Unidas.... bajo el sistema de la descentralización de los Poderes,—añadió el coronel Dorrego atraído impulsivamente á la declaracion de sus ideales políticos,—con autonomía propia en cada una de esas provincias....

—¿Cree usted, coronel Dorrego, en la realizacion de semejante utopía?—le preguntó Rivadavia.

—Que si creo?..... Con la mas completa conviccion.

—Irrealizable, coronel Dorrego, irrealizable.

—Por qué?

—Porque nuestro pueblo no está preparado para ello.

—Se le prepara.

—Dentro de cien años.

—Larga es la fecha! No han necesitado tanto los Estados Unidos del Norte para hacer carne su Constitucion de 1789.

—Aquella es otra raza; no es la nuestra. Aquella es raza que ha nacido á la vida de los pueblos libres sabiendo gobernarse. Nosotros aun hesitamos en la manera de gobernarnos. Debimos unirnos y nos hemos separado. Debimos formar la gran Confederación latina como ellos formaron la sajona y sólo pensamos en independizarnos los unos de los otros, en aislarnos, en debilitarnos, en hacer tantas repúblicas como pueblos existen en nuestra raza. La Argentina marcha á su *desideratum* político.....no le quepa la menor duda, coronel Dorrego, que será la centralización del Poder dentro de la unidad nacional.

—Vendrá la confederacion autonómica.

—En el nombre tal vez; pero en los hechos será *unitaria* hasta que los pueblos que la forman sepan gobernarse.

—Será federal en los hechos porque batallaremos porque así sea en *cualquier terreno.*

—Derramariais vuestra sangre por sostenerla?

—Iria hasta el martirio!—exclamó Dorrego en un arranque de entusiasmo.

—Sacrificio estéril!

—No, Rivadavia; Tertuliano lo ha dicho:—"La sangre de los mártires fructificará la semilla de las generaciones venideras".

—Deseo que no sea necesaria esa fructificacion, —dijo Rivadavia sonriendo.

—Yo también, por mi patria...

—Tendré el sentimiento de no acompañaros cuando llegue el momento supremo...

—El mío no será menos cuando dejeis de *acompañarnos,*—dijo Dorrego acentuando la última palabra.

—Mientras tanto, coronel Dorrego, acepto, os repito, complacido el concurso que voluntariamente ofreceis al *delegado* del general Rodríguez

—En bien del órden y *del gobierno que hoy rige los destinos de mi provincia* haré todo lo que esté de mi parte.

—Creeis,—le preguntó el general Fernandez de la Cruz, que había escuchado como los demás su interesante interlocucion con Rivadavia,—que en ausencia del señor Gobernador se produzca una nueva revuelta en la provincia?

—Vengo de la campaña, señor Ministro y puedo asegurar á V. E. que la revolucion ha de producirse.

—Por[quiénes?—preguntó el Dr. Manuel Garcia.

—No doy nombres propios,—contestó Dorrego como si le molestara la pregunta;—pero la revolucion es un hecho que se consumará inmediatamente de marchar el señor Gobernador al desierto.

—Bajo qué pretextos?—preguntó Rivadavia.

—Los de siempre:—las reformas del clero que atacan la religion...

—Y que nuestros hermanos de Colombia han llevado á cabo hace mas de un año sin revolucion ni protestas...

—El abandono que el Gobierno hä hecho de la independencia de la Banda Oriental.

—Ella acordó, por medio de su Congreso, incorporarse al reino unido de Portugal, Brasil y Algarves.

—Pero, como muy bien lo dice el señor Ministro de Gobierno todo ello no es sino pretextos. El objetivo principal es el derrocamiento del señor Rivodavia.

—Si mi renuncia devolviera la tranquilidad á mi provincia....—dijo Rivadavia.

—Ahora menos que nunca,—contestó energicamente el general Rodriguez.

—Menos que nunca!—repitió la mayoría de las personas que se encontraban allí.

—Señores,—añadió aquel que habia cambiado algunas palabras con el Ministro de Hacienda y el general Fernandez de la Cruz—agradezco vuestras sinceras y francas declaraciones, que no deseaba penetraran en el terreno de la discusion porque las respeto. Apesar de las segu-

ridades espresadas en este momento por el coronel Dorrego no difiero mi viaje: mañana mismo parto con el general Fernandez de la Cruz á la Guardia del Monte y en breve nos internaremos en el desierto. Desde hoy se hará cargo de mi delegación el señor Ministro de Gobierno quien tambien tendrá á su cargo el Ministerio de Guerra y Marina. Si durante mi ausencia se produjera la revuelta local hoy más que nunca tengo la presunción de que ella será sofocada y vencida por el Gobierno delegado. Que cada uno ocupe el lugar que crea debe corresponderle.

Cundida la noticia, al día siguiente llenáronse de altas personalidades los ámplios salones, corredores, patios, del Fuerte que llegabar á despedirse del gobernador Rodríguez y en la plazoleta y aun en la plaza mayor bullía la multitud del pueblo reunida allí con el mismo objeto.

Gritos aislados y murmullos de admiración poblaban los aires al ver desfilar la artillería y algunas otras tropas que debían incorporarse á las que ya esperaban en la Guardia del Monte; sólo quedaban en la ciudad los cuerpos de patricios y cazadores y la pequeña aunque temible brigada con que hacia policía de campaña el mayor Alcaráz.

Apareció por fin el general Rodríguez acompañado de su Estado Mayor y del general Fernandez de la Cruz, produciendo su presencia aclamaciones y expresivas señales de despedida; pero el entusiasmo llegó á su colmo cuando notóse á un ginete que iba al lado derecho del Gobernador expedicionario.

—Viva el coronel Dorrego!—gritaron mil voces á la vez saludando al ginete con pañuelos y sombreros, estallando los vivas de un ámbito al otro de las plazas, de las azoteas, de los balcones, de las ventanas...En una de estas, perteneciente á la casa del general Ascuénaga, donde se hallaban presenciando el desfile y la marcha, algunos próceres, alguien dijo:

—La plebe adora á ese hombre...Con ella vencerá á Rivadavia.

Y allá en los claustros del convento, donde llegaban los écos de aquellas voces, los misericordiosos padres franciscanos celebraban con un solemne *Tedeum* la ansiada partida del general Rodríguez.

V.

Un edificio colonial—La antigua Cárcel y la Casa de Justicia—Presos y comulgados—La predilecta de la alcaidesa—Recuerdos y realidades—Un reverendo padre franciscano que se hace simpático en la cárcel—Las presidarias y el padre—Conspirando—Una horda de bandidos—Anatemas y escapularios—Muerte de un terrible cuchillero—Propósitos de fray José de la Trinidad—Responso.

Aún subsiste el edificio colonial que en aquellos y aún en tiempos más próximos, sirviera de cárcel ó presidio á los que condenados eran por delitos leves ó crímenes alevosos á trabajos forzados, que la misma pena se imponía á los unos que á los otros si no tuviera quien por ellos velara ó con qué mantenerse, que el ser vago era entónces un *oficio* penado por la ley.

Aun se conservan de pié aquellos viejos muros y aquellos patios que tanta sangre humana salpicaron y que de tantos crímenes é inmoralidades fueron mudos testigos, con las mismas ventanas en su triángulo izquierdo desde las que, mal cubiertas por rotas persianas, se contemplaba la inmunda crujia de mujeres cubiertas de calandrajos las macilentas carnes, sucias y desgreñadas, en cuyas fisonomias pintábase las degradantes huellas del vicio y cuyos lábios solo se abrian para proferir blasfemias entre ellas mismas ó descaradas frases á los llaveros ó á los que, compasivos ó curiosos, se detenian allí á darles limosnas ó á devolver cuchufleta por dicharacho.

Aun están en sus costados las mismas celdas

que tantos mónstruos de la naturaleza humana y tantas víctimas del despotismo albergaron, con sus crujias de hombres en el fondo y su pequeño patio levantado.

Hoy se encuentran transformadas esas que fueron ayer celdas de presidarios en ámplias salas donde funcionan guardadores de la Ley...

Demolió el progreso aquella vieja torre en cuyo centro se columpiaba la campana que en 1810 convocara al pueblo de Mayo y que en su frontis superior tenía grabada con letras doradas *Cabildo 1711, Casa de Justicia* con el escudo de la Patria que volvióse á colocar despues de la caida de *don Juan Manuel* ..

Aun conservan su primitiva forma aquellas galerias y aquellos pesados techos, no ya con su imponente y amedrantador aspecto y sus covachuelas sombrias; con sus viejos asientos de banqueta y sus mesas y armarios de color oscuro... Todo ha cambiado en la antigua *Casa de Justicia:* —muebles, lienzos, pinturas... Luz en lugar de sombras...

Dia de gala debia de ser aquel para los pobres presos pues que, apesar de que en las primeras horas de la mañana salieron como de costumbre algunos de ellos conduciendo en parejas los barriles con que acarreaban agua del rio, otros á matar perros, y algunos á barrer las calles cercanas arrastrando la humillante cadena del presidario, bien vigilados y aun castigados por inconmovibles celadores, se adornaban con pendones, banderas y banderolas ventanas, soportales y puerta de salida en cuyo zaguan, formado con plancha de fierro, colocóse una mesa con bandeja y efigie de Cristo al lado de la cual irian á sentarse dos delincuentes que tendrian por misión pedir limosna á las almas piadosas y caritativas mientras no llegara la hora de la *comulgación*, que tal era la fiesta de que se trataba ese dia en que otros presos lavaban los enmugrecidos patios y en que los llaveros ó carceleros recorrian crugias y celdas acompañados

de mozos con ropa burdas, aunque nuevas y peluqueros, si asi podian llamarse, con perdon del *arte*, quienes en un periquete y cuatro trasquilones motilaban á aquella caterva de greñudos. Que no entraba en eso de comulgar el presentarse con pelos largos ni enmarañados.

Iba el señor Alcaide, que lo era entónces don Antonio Tejedor, cuidando de que aquellos facinerosos tuvieran las manos quedas y bien sujetas durante los dejaban trasquilimochos, mientras su esposa, doña Antonia Carrera, se dirigia al *departamento* de presas para ponerlas en compostura y en estado de poder recibir el Santísimo Sacramento...Que bien lo necesitaban.

Repugnábale á esta buena señora el tal oficio; pero como los tiempos eran malos y los malos tiempos á toda acostumbran, tomólo como mala costumbre y habituóse á ello ordenando al llavero que las pusiera en órden mientras ella pasaba el tiempo conversando con las presas *distinguidas*, que las habia en celdas separadas de la gran crujía.

Era su predilecta la que habitaba el calabozo número I, quien fuera por sus prodigalidades, por su hermosura atrayente, por su arrogante carácter ó por el interés que su causa inspirara, lo cierto era que la atraía mas que las otras.

Y á fé que razón tenía para haberse encariñado de Pepa, á quien la parda Rufina, que habia vuelto á hacerse cargo de su antigua taberna, no la dejaba cosa por traer, menos la libertad de que no disfrutaba hacía cerca de un año!... ¡Presa ella que nació tan libre y que tan libre vivia mientras no la encerrara en el tugurio aquel el portugués Larrica, por cuya desastrosa muerte se encontraba en aquella cárcel; en aquellas cuatro paredes sin mas luz y sin mas aire que el aire y la luz que penetraba por aquella ventanucha y por aquel patio de abajo donde sí queria ir tenia que confundirse con toda la canalla depravante, provocativa é insultante .... Sin ver más rostros

que los rostros del crímen; sin oir otra voz que la del centinela y la de su conciencia, allá encerrada en aquellas cuatro paredes....Verdad es que de cuando en cuando venían á verla sus antiguas cofrades de la taberna que más dichosas que ella habían logrado la libertad....Que algunas veces la parda Rufina le llevaba sus hijas quienes no se mostraban muy solícitas de estar allí aunque allí estuviera la que les diera el ser... Que en fiestas grandes solian llegar las señoras de la beneficencia que la compadecían y la consolaban induciéndola á la resignación.....Resignación! Como ellas no sabían nada de aquella existencia que otra cosa habian de aconsejar!.....

Verdad que allí estaba su amante á quien veía con frecuencia y hablaba con él largas horas gracias á la decidida protección de la alcaidesa que le proporcionaba esos ratos únicos que confortaban su ánimo en aquella solitaria y desesperada vida como únicos eran los que solia pasar con su buena protectora recordando sus grandezas del pasado y pidiéndole noticias de lo que por el mundo pasaba.

Platicaba algunas veces con un reverendo padre franciscano, quien de poco tiempo atrás era llevado con frecuencia por celadores y patrullas como contraventor á las disposiciones prohibitivas de salir y pernoctar fuera del convento sin licencia escrita y justificada.

O aquel reverendo padre se había propuesto tentar la paciencia de las autoridades civiles con sus frecuentes reincidencias ó debía estar poseído del más seráfico de los caracteres, cuando en lugar de encontrarse pesaroso al ser conducido allí por patrullas y celadores, demostraba en su rostro signos de mal oculta satisfacción.

Y era tan franco de palabras y tan pródigo de cuentos y concejas, que aún los más desalmados habitantes de aquel mundo llegaron á simpatizar con él de tal manera y de tal manera

los atrajo á sus propósitos que con él se entregaron á rezos y oraciones, porque la Santa Religión triunfara de aquel infierno en que los hombres que gobernaban habían convertido la república.

Si, pues; aquellos malvados que sin razón ni justicia los ponían presos y los mandaban castigar corporalmente porque ellos ignoraban el peso de su delito.

—No ven cómo me tratan á mí porque ando por esas calles sacando almas del purgatorio?—les decía, sin que el alcaide y demás empleados llegaran ni á sospechar de sus protextas subversivas al Poder civil.

Notado había el reverendo padre que el amante de Pepa, allí encerrado, era tratado con mayores consideraciones que los demás presos, siendo el más respetado y aun el más temido entre los bravos que allí habia, comprendiendo que *dado el caso* nadie como él podría dominarlos y disponer á su antojo de una centena de bandidos.

Fué por ello que en una de las pláticas que con Pepa sostuvo la preguntó, indiferente, si le gustaría salir de aquella cárcel.

—Que si me gustaría salir!...—exclamó Pepa, como si le hubiese hablado de una felicidad imposible.—Por un solo día de libertad, padre, haría el mayor de los sacrificios.

—No tanto, hija, no tanto...

—Pero si yo estoy condenada á vivir en esta agonia toda la vida!

—Pues yo sé un remedio para que esa agonia cese.

—Deme vuestra merced ese remedio, padre, y le deberé mas que la vida!—exclamó Pepa presintiendo alguna esperanza.

—Calma, Pepa, calma.

—Cómo quiere vuestra merced que la tenga cuando me viene á hacer creer en cosas ya olvidadas.

—Sabes,—añadió el reverendo padre con es-

cudriñadora mirada,—que el gobernador Martin Rodriguez va á marchar á la Guardia del Monte.

—Y qué tiene que ver mi libertad con esa partida del señor Gobernador? preguntó Pepa—suspendida su mente de la respuesta.

—Mucho, si te animas á hacer lo que te diga...

—Pero...—volvió á preguntar como arrepentida de no haber recordado antes,—José María?...

—De eso se trata,—replicó el reverendo que estaba enterado plenamente de los lazos que la unian con el asesino de su esposo,—de la libertad de los dos.

—Y qué hay que hacer para ello, que yo estoy dispuesta á todo?

—Hay, y entiéndelo bien, que cuando el Gobernador Rodriguez marche á la Guardia del Monte y de allí pase á las Pampas con el ejército que lo espera, estalle en toda la provincia una tremenda revolución contra el impío Rivadavia que quedará al frente del gobierno y...

—Y que más, padre?—preguntóle Pepa quien no veía en todo eso la llave que le abriera la puerta de la cárcel.

—Y qué más?—repitió el reverendo padre quien parecia gozar en las ansiedades de Pepa.—Cuéntale á tu amante lo que acabo de decirte.

—Pero, ¿qué más, padre?—preguntó Pepa exacerbada por la calma glacial del reverendo padre.

—Qué más?.....—repitió con mayor calma haciendo una transición.—Reza esta noche y después que hayas hablado con tu amante allá veremos.

Y al día siguiente se presentó en el patió de las presas donde en lugar apartado se encontraba Pepa.

Con disimulada intención dirigióse á ella; pero no tan inadvertidamente que algunas dejaran de advertirlo.

—Hablasteis?—la preguntó en voz baja.

—Sí,—contestó Pepa.

—Y qué te dijo?

—Que no creía en la tal revolución.

—Debiste insistir pues cuando yo te lo hé asegurado.....

—Insistí, padre.

—Y notaste si le satisfizo la noticia?

—Le dije que de esa revolución dependía nuestra libertad y entónces sí que brillaron sus ojos con fulgores de alegría que duraron lo que dura un relámpago para volver á la triste noche de su desgracia.

—Desgracia que ha de durar bien poco si está dispuesto á secundar nuestros planes.

—Pues ya lo creo que estará dispuesto si conseguimos salir de este maldecido encierro.

—Bien, el alcaide ha salido. Vete á tu celda y hazlo llamar que yo iré despues.

Y mientras Pepa obedecía, el reverendo padre se mezclaba á las otras presas que comian ó fumaban; pero no por ello dejaron de recibir al reverendo padre con dicharachos insolentes que él aceptaba con sonrisa bondadosa.

Pasados unos instantes se vió llegar y desaparecer por la escalera que conducía al calabozo de Pepa al ex capitan José María U... cuya altiva soberbia no había abatido la adversidad de la suerte; pero en cuyo rostro hollaban las hondas sombras de su malestar latente.

Multiplicáronse las palabrotas y las burlas de las presas que rodeaban al reverendo padre al ver que aquel subia al calabozo de Pepa.

—Vamos, vamos, buenas mozas,—las decia entretanto el reverendo padre riendo con ellas.

—Bonito papel estamos haciendo,—dijo una con audaz desenvoltura.

—Pues, si todas hiciéramos lo mismo...—añadió otra...

—Miren ustedes en qué vendria á convertirse la cárcel pública.

—Nunca más honrada,—añadió la primera con tan cómica gravedad que hizo reir de nuevo á las demas.

—Y usted, padre motilon, la estaba confesando ó andaba por engatusarla para llevarla á su celda

—La confesaba, hija, la confesaba...

—Que va á llevar á su celda este chocho padrecito que apenas puede con las mangas del hábito.

—Debajo de mala capa suele haber buen bebedor. A este padre le pasa lo que á las cebollas...

—A las cebollas!—exclamó el reverendo.—Y qué le pasa á las cebollas, hija?

—Que tienen la cabeza blanca y la cola verde.

Rieron las demás con tan gruesas carcajadas que llamaron la atención y aun al enojo de un carcelero quien, con voz breve é imperiosa, les dijo:

—A la crujia!

A tal órden las presas pretendieron protestar con grandes voces.

—A la crujia!—repitió el llavero con mayor imperio.—Y entren de una vez antes que llame la guardia y lo haga hacer á culatazos.

Debieron sentirse atemorizadas las presas ante tal amenaza, pues fueron desapareciendo hasta no quedar ninguno en el patio y allá en la crujia volviéronse á escuchar risas que semejaban alaridos y lamentos que parecían risas.

Mientras tanto, el reverendo padre subió por la escalerilla que conducia al calabozo de Pepa.

—Entre, padre,—le dijo ésta abriendo la entornada puerta de su encierro.

El padre franciscano entró en la celda donde ya estaba el ex-capitan U....

Algo de semejante tenia aquella piezucha con las en que pasára su luna de miel con el viejo lusitano.

"Paredes blanqueadas, tirantes desnudos y tan bajos que podían tocarse con la mano, un espejo de vidrio azogado; dos ó tres estampas con marco pintado, una cama de pino; un lavatorio de hierro; tres ó cuatro sillas con asiento

de esparto; una mesa y un armario de la misma madera que la cama....." y para que más se igualase, "la ventanilla á la calle con escasa luz, pero bien guardada por robustos barrotes..." "Mucho ruido de campanas de los conventos vecinos...Mucha vecindad desordenada...Sombras y oscuridades por la noche..." Pero es que allá vivía encerrada con el aborrecido viejo y feo lusitano; mientras que aquí estaba encerrada... ¡al lado de su gallardo oficial!—¿De qué se quejaba entónces la descontentadiza Pepa cuando ese era su sueño dorado? Pedir palacios como el relativo de la calle de Empedrados era pedir gollerías?

—Santas y buenas tardes tenga, capitan U... —dijo su reverencia al entrar en la celda.

—Buenas las tenga, padre,—contestó U...

—Siéntese, padre,—le dijo Pepa ofreciéndole una de aquellas sillas.

—Gracias. Deseaba sólo hablar dos palabras con el señor capitan sin que nadie se entere.

—Les estorbo?—preguntó Pepa.

—En manera alguna.

—Me tiene á sus órdenes.

—Ya le habrá dicho Pepa...

—Que va á estallar una nueva revolución en cuanto se ausente el general Rodríguez?

—Cierto. Y francamente le digo que la revolución quiere contar con usted, capitan.

—Conmigo!

—Sería usted un esfuerzo poderoso, casi definitivo...

—Y qué puedo yo hacer aquí encerrado que sino arrastro un grillete lo debo á la conmiseración del alcaide? ..—preguntó U... con amarga ironía.

—Mucho! Y si usted me jura guardar secreto...

—No tengo inconveniente.

—Cuando el general Rodriguez marche á ponerse al frente de la expedición, la ciudad, y aun gran parte de la campaña quedará desguarnecida y á merced del primero que quiera dar un golpe con algunos buenos recursos...

—Pero,—murmuró U...,—quedará al frente del gobierno Bernardino Rivadavia.

—Sí,—añadió el reverendo padre calcando la intención de sus palabras.—sí, Rivadavia, por quien la causa de usted se podrá reabrir cualquier día pues solo está aplazada... Porque fué él y solo él quien se opuso á que el general Rodríguez accediera al amplio perdon que para usted pidió el representante de Norte América. ¿Sabe usted lo que dijo cuando fué su santa madre á implorar por usted? Que era usted sangre gangrenada que habia necesidad de hacer desaparecer... Su ejecución está aplazada, nada mas que aplazada, capitan U... y el dia que quieran pueden hacer efectiva la ejecución de su sentencia.

—Es verdad,—volvió á murmurar U...

—Qué te detiene José María?...—exclamó Pepa en el colmo de la exitación.—No has oido? "El día que quieran pueden hacer efectiva la ejecución de tu sentencia."—Se trata de tu libertad y la mia. Has dejado de ser el hombre de antes! Acéptalo todo con tal de que obtengamos nuestra libertad.

—Yo se,—añadió el franciscano,—que bastaria que usted quisiera para que todos los presos se pusieran á sus órdenes.

—Y piensan ustedes hacer revolución con una horda de bandidos? preguntó U...

—Nos serviríamos de ellos para triunfar y despues los volveríamos á sus encierros bajo cualquier pretesto.

—Eso hariais tambien conmigo.

—Con V. no, capitan.

—¿Soy yo, acaso, mas inocentes que ellos?

—Su crimen, capitan, no es el crimen de esos hombres. Si usted delinquió fué porque...

—Fué porque tuve impulso de criminal. Eso seria indigno, reverendo padre.

—Y te parece mas digno permanecer aquí, entre este fango horrible; en esta atmósfera del vicio que me ahoga? ¿Tanto te agrada vivir aquí que no quieres hacer el menor esfuerzo por separarte de esta pocilga inmunda?

—Por qué no te escapas tú, Pepa? Fácilmente podrias hacerlo...

—Sin tí? Nunca! Unidos, hasta la muerte!— exclamó Pepa abrazándose á él.

—Gracias,—le dijo el ex capitan mirándola con intenso cariño. Luego, dirigiéndose al reverendo, le preguntó:

—Y quién hace la revolucion, padre?

—Nosotros!... La Religion pisoteada por esos hombres que nos han arrebatado nuestros privilegios, nuestros bienes...

—Vuestros bienes!... Yo creia que San Francisco vivió de la caridad...—murmuró U... sonriendo.

—Todos nuestros hermanos exonerados por esas malditas leyes de formar parte de nuestra Comunidad Provincial se encuentran diseminados en la ciudad y la campaña donde propalan el descrédito de ese gobierno usurpador... Las comunidades de las demás provincias nos prestarán su apoyo...

—Y ¿creés, padre, que con anatemas y escapularios vais á derribar á Bernardino Rivadavia?

—Silencio.—Alguien sube!—dijo el reverendo padre haciendo una transición y quedándose en actitud de rezo.

—Padre,—le dijo un llavero que llegó precipitadamente y deteniéndose con respetuoso temor de interrumpirlo.

—Qué?—preguntó el padre, como si efectivamente saliera de la abstracción.

—El señor alcaide me manda llamarlo para que vaya su merced á darle la estremaunción al negro Valdivieso que está en agonia.

—En agonia!

—Lo acaban de herir de muerte.

—De muerte al más terrible de los cuchilleros! Y quién ha sido el osado?

—El cacique *Nicolás* y dos de sus indios. Y si no acude pronto la guardia aquello se convierte en una de esas que llaman de San Quíntin porque los demás presos que estaban en el patio habían tomado la defensa del herido.

—Uno menos.....—murmuró el reverendo padre quien añadió a lllavero;—Dígale al señor alcaide que ya voy.

Al notar que el llavero desaparecia, díjole al ex-capitan:

—Basta por hoy. Mañana sabrá usted por otro conducto que le merecerá mas confianza todos los poderosos elementos de que dispone *nuestra revolucion*. Contamos con usted, capitan?

—Sí!—exclamó Pepa viendo que su amante tardaba en dar una contestacion afirmativa.

—Contamos con usted?—repitió el reverendo padre como si no hubiera oido la contestacion de Pepa.

—Mañana decidiré,—dijo U...

—Hasta mañana, entónces y cúmplame usted su palabra.

—¿Cuál es su nombre padre?—preguntóle U...

—Fray José de la Trinidad,—replicó el franciscano.

Y bajó las escaleras dirigiéndose al soportal de la entrada donde el alcaide tenia sus habitaciones.

Allí estaba con su señora rodeado de carceleros y oficiales de la guardia.

—Es hombre muerto, padre,—le dijo cuanto lo vió llegar.

—Dios tenga misericordia de su alma!

—Padre, vengo de ver al señor Gefe de Policia y me encuentro con eso; pero tambien lo llamaba para decirle que al señor Gefe le ha llamado la atencion las veces que su merced ha entrado en esta cárcel. Se murmura que su merced lo hace adrede.

—Y qué me hace á mí la murmuración, señor Tejedor, si mi conciencia está tranquila? Si falto á las disposiciones del Gobierno, justo es que se me castigue como él crea por conveniente. Yo no hé nacido para estar encerrado en mi convento y aunque me aprisionen y me metan entre rejas cumpliré el sagrado ministerio de la religión.

—Si es un santo,—dijo la señora del alcaide.

—Sí, debe ser un santo,—repitió el alcaide,—pero diga, padre, ¿qué hacía ahora en el calabozo de la Pepa?

El padre franciscano miró fijamente al alcaide y acercándose á él le habló en voz baja dejando á los demás en la curiosidad de lo que le decia.

Algo inesperado debió de ser cuando el alcaide, haciendo un gesto de admiración satisfactoria, trasmitió á su mujer, en voz baja tambien, lo que acababa de decirle.

—Una idea como suya,—dijo doña Antonia Correa mirando al padre con respetuosa admiración.—Ya que viven como viven, mejor es que lo hagan como marido y mujer y desde ya me comprometo á ser la madrina de la boda.

—Sí; pero la familia de U...

—Y què podrá decir la familia despues de lo que ha pasado?

—Ahora, señor alcaide, — dijo el reverendo padre. nterrumpiendo á la alcaidesa,—lo que corresponde es preparar el responso por el alma del desgraciado Valdivieso.

VI

Alarmas y curiosidades—Hasta mañana—Medida de precaucion—¡Cobarde!—Riñas de presas—Pepa convertida en curandera—Rezos al muerto—Cuerpo de veteranos—Libertad de fray José de la Trinidad.

La muerte del famoso cuchillero, llevada á cabo por el terrible cacique *Nicolás*, causó verdadera alarma no solo en las crugias de la cárcel donde los que fueron amigos del difunto quisieron vengarlo, si no en los barrios cercanos y aun apartados de la ciudad cundiendo la noticia esa noche misma, pregonándose por todas partes de que si eso acontecia era por que el Gobierno mas se preocupaba de perseguir frailes que de poner aquel antro de la perdición y el vicio en seguridad y decencia.

Pues ahi es nada! los indios en plena plaza de la Victoria haciendo de las suyas!

Eso solo se vela siendo ministro el ateo Rivadavia!

El dia menos pensado iban á atar sus potros en la pirámide de Mayo!

Y luego decian que el general Rodriguez se estaba preparando para la expedición!

Buena expedición les estaban dando ellos en la cárcel.

Y por qué no se iba de una vez, pues que se estaba volviendo *purita espuma* como el chajá con tantos preparativos y nada entre dos platos.

Vaya, vaya con el tal Gobierno y sus seguridades.. de fronteras!

Que se ausente de una vez que ahí quedaba el tan nombrado D. Joaquin Achaval, que para maldita de Dios la cosa que servía cuando no había sabido impedir que los presos se apuñaleáran en la cárcel.

Y tan alborotados y alarmados llegaron á estar los habitantes de los barrios cercanos y aun lejanos que, como de costumbre, acudieron en tropel á los soportales de la recoba de la cárcel aunque más no fuera que para conocer de vista al facineroso cacique que había dado muerte traicionera al famoso Valdivieso, el más diese tro entre los diestros para ponerle una puñalada en las entrañas al mismo lucero del alba, por lo que hubo que doblar la guardia y aun pedir un refuerzo al valiente Alcaráz quien con sólo presentarse en la plaza mayor la despejó de amenazas y de jente sospechosa.

Aun quedaba en la puerta de la cárcel un corrillo de comentadores del hecho á quien ni la policia, ni la gente de Alcaráz y ni el mismo centinela se lo impedía por ser formado de gente del gobierno y de lo mas principal: militares de alta graduación, comerciantes y magistrados á quienes el alcaide y su señora, porteros y carceleros, jefe de guardia y demás empleados daban entrada al zaguan y de ahí á los patios de donde eran conducidos al lugar del crímen, al del encierro de los asesinos y á aquel donde alumbrado por opacos faroles y rodeado de presos exhortados al responso por el reverendo padre fray José de la Trinidad, se encontraba el cadáver de la víctima.

—Y, diga usted, don Antonio,—preguntóle al alcaide un señor bajo entrado en carnes como en edad, después de haber tomado parte en los rezos por el difunto junto al reverendo padre con quien cambiara algunas palabras en voz baja,—se encuentra más resignado el hijo del coronel?.. La última vez que lo ví y ya hace tiempo de ello, me lo hallé tan desesperado de su suerte que no me dieron ganas de volver.

—No ha cambiado mucho que digamos,—contestó misia Antonia Carrera,—aunque tratamos, por todos nuestros medios, de hacerle llevadera su desgracia. Goza de la mayor libertad posible, y á veces lo solemos traer á nuestra mesa...

La mirada severa del alcaide interrumpió las confidencias de la alcaidesa quien replicó entre dientes:

—Y por qué no lo hemos de tratar con consideración si es un mozo tan decente?....

—Por supuesto, don Antonio,—continúo el señor bajo como si no hubiera notado aquella mirada,—que podré seguir visitándolo? Justamente tengo un encargo de su señora madre á quien no le es posible venir á causa del mal estado de su salud....

—Por mi parte no habría inconveniente; pero con lo que ha acontecido esta tarde es probable que se den órdenes severas.

—Siempre ocupa aquel calabozo?—preguntó el señor bajo señalando el primero de la izquierda.

—Siempre,—contestó el alcaide.

—Tiene la puerta abierta y podría ahora si usted me permite....

—Ahora esta durmiendo,—se apresuró á decir la alcaidesa.

—Pues lo dejaremos para mañana.

—Si,—repuso el alcaide un tanto malhumorado,—mejor para mañana.

—Hasta mañana, don Antonio.

—Si Dios quiere, señor Aguiar.

Y mientras el señor Aguiar se fué hacia la puerta de salida el alcaide se dirigió al calabozo primero de la izquierda cuya puerta estaba abierta.

Miró hacia adentro y llamó:—*¿Capitán?*—pero como nadie le contestara penetró en él.

—Cómo,—dijo sorprendido,—no hay nadie Acaso...—y salió derecho á la portería.

—Izaurralde,—preguntó al que desempeñaba las funciones de guardián, que estaba atento

á los que, por el hecho extraordinario, entraban y salían,—¿has visto al *Capitán?*

—No, señor Tejedor; ya sabe usted que yo no dejo que los presos se acerquen por aquí.

—Sin embargo, pudiera la...

—Qué?

—Que entre tantos como han entrado y salido se te hubiese escapado...

—Estoy seguro de lo contrario porque el *Capitán* es hombre incapaz de huirse.

El alcaide, seguido de la alcaidesa, que nada decía, llamó á un carcelero.

—¿Dónde está el *Capitan?*—le preguntó.

—Debe estar en su celda, señor Tejedor.

—No está.

—Habrá ido á velar el muerto.

—Tampoco.

—Entónces pregúntele á misia Antonia que ha de saberlo,—replicó el llavero maliciosamente.

El alcaide miró á su mujer con enojo y volviéndose al carcelero le dijo:

—Bien, cierra con llave ese calabozo y que nadie sepa que el *Capitan* no está en él.

El carcelero cumplió la órden murmurando:

—Como si aqui no lo supiera todo vicho viviente.

—Esto es escandaloso, Antonia,—le decia entretanto el alcaide á su mujer,—y si los señores de la Cámara de Justicia llegan á enterarse de lo que pasa van á pedir mi destitucion.

—Si se tratara de otro que no fuera el hijo del coronel, Antonio, no digo que nó,—repuso la complaciente señora;—pero lo que es para ese hasta los señores de la justicia han de hacer la vista gorda. Déjalos, Antonio, que demasiada desdicha tienen. Además, que, como decia fray José de la Trinidad, van á casarse y entonces....

—Entónces qué?

—Que pedirán como gracia vivir juntos.

—Y no se la concederán porque eso no se ha visto nunca. Por otra parte la ejecución del *Capitan* está aplazada y el día menos pensado...

—Señor alcaide?—dijo el portero acercándose.

—Qué hay Izaurralde?

—El señor Achával desea hablarle en su pieza.

—Ves?—le preguntò el alcaide á su esposa.—Probablemente el Jefe de Policía ha sospechado ó sabe ya lo que hay y me llama para advertírmelo. Házlo venir al *Capitán* y prevenle que es la última noche que lo dejo fuera de su calabozo. Yo voy á ver al señor Achával.

La buena señora del alcaide, sin decir palabra, tomó por la izquierda y se hizo acompañar de un carcelero para dar cumplimiento á las órdenes de su marido.

Cuando el reverendo fray José de la Trinidad abandonó la celda de Pepa dejando á ésta con su amante ambos permanecieron silenciosos.—Las pálidas claridades de la noche que penetraban por la enrejada ventanilla daban reflejos á sus rostros, sombrío y reflexivo el de de U.... lleno de angustia el de Pepa.

—Supongo, José María,—le dijo ella haciendo un esfuerzo,—que estará, dispuesto á lo que te propone ese bendito padre y que mañana.....

—Mañana,—contestó sombrío U..... Contestaré lo mismo que hoy.

—Qué?

—Que no puedo ni quiero meterme en más revoluciones.

—Es decir que nada te importa que permanezcamos aquí toda la vida?

—Y qué hé de hacer? Mientras estemos unidos, ¿qué nos importa vivir aquí ó en cualquier otra parte?—preguntó U..... con amarga ironía.

—En el mismo infierno viviría contigo; pero salgamos de esta cárcel donde vivimos peor que en el infierno!—exclamó Pepa exasperada.

—Imposible.

—Imposible! Y por qué imposible, José María?

—Porque mi sentencia está aplazada, y si esa revolucion no triunfa...

—Si esa revolucion no triunfa tendremos tiem-

po de huir á donde no nos alcancen nuestros enemigos. Huiremos á la Pampa, José María, y viviremos entre los indios aunque mas no sea donde respiraremos otro aire que no sea este aire envenenado por el crímen; donde no veremos siempre estas caras repugnantes; donde la horrible sombra de aquel viejo no me persiga día y noche en estas largas y solitarias noches y en estos interminables días!... Por tu madre te pido, José María, que me saques de aquí... Ya ves que yo ni me acuerdo de mis hijas á quienes por tí no volvería á ver más!

—No.

—Que no quieres? Oh, José María, nunca creí que tuvieras miedo.

—Pepa!

—Qué hay? Ya sabes que á mi nada me asusta, y si tuviste valor para dejarme viuda, ¿por qué te falta ahora para sacarme de aquí?

—No puedo.

—Cobarde!

—Pepa!

—Sí, cobarde,—añadió ella despreciativa creyendo que con el insulto conseguiría lo que no lograba la persuación cariñosa,—cobarde que tiemblas cuando te presentan la ocasión de salvarnos y no quieres aprovecharla. ¿Qué esperas de esa gente? Qué te ahorquen y que yo me pudra ó me muera de dolor en esta cárcel? Pues, mira, si yo tuviera fuerzas, te aseguro que ya habría roto los barrotes de esa ventana y por ella me habría escapado cuando el centinela no estuviese en la esquina y no pasara nadie por la calle.—Me haría pedazos ó saldría viva...que sé yo.—Ven, José María, ven...prueba á doblar esos fierros tú que eres hombre...

Y viendo que su amante la contemplaba desdeñoso, cruzado de brazos y sin moverse, le gritó con mayor desprecio:

—Hasta las aves se matan en sus jaulas por gozar de libertad y tú...ni aun tienes el valor de las aves, cobarde!

Centellaron en la obscuridad los ojos del ex Capitán quien lanzó un gesto de cólera cuando se oyeron pisadas en la escalera y vióse, á la luz de un farol que había en el corredor de las crugías altas la figura de la alcaidesa:

—Capitán U...?—llamó al llegar al calabozo de Pepa,—capitan U...?

—Señora?—replicó el excapitán presentándose con aquella.

—Mi marido me manda para decirles que está en peligro de que se sospeche que Vd. no se lo pasa en su celda y que esto puede traerle perjuicios muy grandes. Que por lo tanto es bueno que Vd. baje.

—Yo, señora, les estoy muy grato por los favores que siempre nos han hecho y no quisiera que por mí se comprometiera...

—Bueno, baje y haga con disimulo como que va á velar al difunto, que ha venido el jefe de policía y está hablando con Tejedor.

El capitan U... dirijió la mirada á Pepa quien la esquivó con mohina despreciativa. Sonrió el excapitan y bajó las escaleras mientras que la alcaidesa decía á Pepa:

—Tengo que darle una mala noticia.

—Mala!—exclamó Pepa cambiando el gesto de su semblante.

—Si; Antonio me ha dicho que es esta la última noche que permite que *el Capitan*, venga á su celda porque si lo descubren pudiera que nosotros pagáramos.

—Y todavia vacila ese cobarde!—exclamó Pepa con nervioso acento.

—En qué?

—En que se pongan en juego las influencias de su familia,—respondió Pepa tratando de disimular,—para salvarse.

—Justo. Mire usted: el sobrino del señor Ministro, *que todo lo puede*, enparentado con lo mas decente... ¿Y no quiere?

—Dice que le da vergüenza...

—Vergüenza! Pues peor vergüenza es vivir en la cárcel.

—Eso le digo yo.

—Y que si él saliera en libertad también saldria usted.

Oyéronse lamentos como alarídos allá en la crujía baja de mujeres.

La alcaidesa se asomó por la escalera y le preguntó á un carcelero que estaba en el patio:

—Qué pasa?

—Nada, señora Antonia, lo de siempre: dos presas que se trenzaron ahí dentro cuando fuí á encender el farol y que se han arañado de lo lindo,—respondió el carcelero.

—Y por qué las ha dejado pelear?

—Ya las compuse con una manga de rebencazos,—replicó el carcelero riendo.

—Bárbaro!—murmuró Pepa.

—Hubiese avisado.

—Tendría que estar avisando á cada momento. Al principio callaron como perros de presa; pero en cuanto se les ha enfriado la sangre...

—Aguarde un poco,...le dijo la alcaidesa á Pepa quien bajó tras ella la escalera. La alcaidesa le ordenó al carcelero que abriese el cerrojo quo guardaba la crujía de mujeres.

El carcelero obedeció: la roja luz de un farol que por una cuerda movible atada en un clavo pendía del techo, alumbraba aquella cuadra donde en repugnante mezcolanza dormitaban ó fingían dormir, echadas en jergones, en tarimas ó en el enladrillado del suelo, envueltas en mantas y harapos las infelices penadas.

Al abrirse la puerta cesaron los lamentos y casi todas aquellas mujeres dirigieron la mirada hácia allí, temerosas de ver al carcelero.

—Quién se queja?—preguntó la alcaidesa entrando seguida de Pepa.

—Aquellas,—respondió enseguida una de las penadas temiendo que la fueran á castigar.

Y señaló á dos mujeres que en los extremos se hallaban, una acurrucada y envuelta la cabeza en unos trapos; otra tirada en el suelo y con el rostro escondido entre los lacios cabellos

que echó hácia atrás mostrando su cara surcada de infinitas rayas rojas, las ojeras violáceas y los lábios, en donde vagaba una mueca mezcla de encono y dolor, rasgados y amoratados. La alcaidesa la estuvo mirando por un momento sin que ella fijara en otro punto sus ojillos negros y relucientes.

—Eh, ¿qué tienes?—le preguntó á la otra que permanecía inmóvil envuelto el rostro y la cabeza en los trapos.

—Tengo,—repuso lanzando una especio de bufido,—que esa comadrita ha querido bailar un *zapateo* en mi cabeza. Mire usted,—y arrojó los trapos dejando descubierta la enmarañada cabellera con coágulos de sangre.

—Y tú, desecho de los cuarteles, un *gato con relación* en mi cara y en mi boca,—dijo la otra no pudiendo las demás contener la risa

—Porqué se han peleado?—preguntó la alcaidesa.

—Por nada, eña Antonia, porque yo la dije que en las crujías de las mujeres no debían venir los presos de noche.

—Y habló del hombre que va al calabozo de *esa moza*,—contestó la arañada,—señalando á Pepa.

—Y qué?

—Que te quieres meter en camisa de once varas porque no tienes otra qué ponerte.

—Basta!....gritó la alcaidesa imponiendo silencio á las deslenguadas y dirigiéndose al carcelero le dijo:—Pase estas mujeres á la *enfermería* para curarlas.

Y salió al patio á esperar que su órden se cumpliera, y á hablar con Pepa que la decía:

—Yo no sé cómo puede llevar esa vida.

—Por ayudar á mi marido, hija...

—Pues así mismo...

—Ya se acostumbrará usted como yo cuando pase aquí encerrada algunos años.

—Algunos años!...exclamó Pepa con estemecimientos de horror al pensar que podría se rrcierto.

—Si antes no la ponen en libertad lo que creo difícil al paso que van. ¿Ha oido? Hasta esas bandidas murmuran de las consideraciones que con ustedes tenemos...

—Quién les hace caso, *misía* Antonia?

—A ellas no les haríamos caso porque al fin y al cabo nada les importa; pero con la gente de fuera hay que ir con piés de plomo. Ande usted y que llegue á oidos de los Señores de la Justicia. Nada, Pepita, esta noche es la última...

Las dos mujeres, que se lamentaban hacía un momento salieron de la crujía envueltas en sus *pilchas* y el carcelero volvió á cerrar con el cerrojo y la llave.

—Quiere ayudarme á curarlas?—le preguntó la alcaidesa á Pepa con risa burlona.

Pepa hizo un gesto de repugnante asco... Ella convertida en curandera de aquellas inmundicias!...Cruzó por su mente, como chispas de fuego, la resplandeciente mañana en que con peine de fino márfil, alisaba la parda Rufina, el bosque enmarañado de sus rizados cabellos allá en *su palacio* de la calle de Empedrados... Pero pensó también en que si no aceptaba la proposición de la alcaidesa tendría que volver inmediatamente á su solitaria celda y la contestó en seguida:

—Cómo no?

Poco á poco los curiosos aquellos y las gentes del gobierno, militares y comerciantes de pró, fueron saliendo y despejando los soportales de la cárcel y recoba; se cambiaron los guardias, se escuchaban los *quien vive* del centinela y allá, del fondo izquierdo, donde se velaba al muerto, llegaban aun las plañideras voces de los rezos confundidos con los toques de ánimas que vibraban las campanas de los conventos cercanos.

Por fin cesaron campanas y rezos y oyéronse ruidos de cerrojos y llaves: eran los presos que volvían á su encierro.

—Llame al padre José de la Trinidad,—dijo el alcaide á un carcelero, después de haber acom-

pañado hasta la puerta á don Joaquín Achával con quien habia permanecido en su departamento mas de una hora.

A los pocos instantes llegó el reverendo padre.

—Hay alguna otra novedad, señor alcaide?

—Si, padre.

—Me dicen que ha venido el Jefe de Policia.

—Si, y ha estado conversando conmigo hasta ahora.

—Por supuesto que no estará muy satisfecho con lo que ha pasado. Como ha de ser! Valdivieso era un criminal famoso; pero así mismo tenía impulsos de arrepentimiento y es de sentirse que se haya ido de esta vida sin haberse conseguido.....

—El señor Jefe no esta, efectivamente, muy satisfecho; pero sí convencido de la imposibilidad de evitar esas cosas con tanta aglomeración de bandidos como tenemos en esta cárcel. Para ello sería necesario un regimiento de celadores y ni aun así.....

—Y le ha dicho lo que piensa hacerse con el cacique y sus cómplices?

—Juzgarlos.....

—Casi, casi lo están...Y...¿el señor Jefe piensa poner remedio á esta aglomeración de presos?

—Sí.

—Cómo?

—Mandando la mayor parte al cuerpo de veteranos que debe marchar á campaña.

—Ah! Yá?

—No, después que salga el señor Gobernador para la espedición.

—Ah! El señor Gobernador marcha?...

—Así parece.

—Y¡esos presos, no iràn con él?

—No, padre.

—Y quién va á formar el cuerpo de veteranos?

—El mayor Alcaráz.

—El mayor Alcaráz!

—Le sorprende. Es el único militar que puede dominar á esos bandidos.

—Verdad... ¿Puedo retirarme?..

—Adónde va?

—A la crujía. ¿Acaso no siga preso?

—No, padre: está en libertad. Yo hé hablado de su paternidad con el señor Jefe y aunque le hé ponderado los bienes que proporciona á estos infelices, me ha ordenado que le haga salir esta misma noche de la cárcel.

—Hágase su voluntad,—dijo el padre José con maliciosa sonrisa.

—Asi es que...

—Que debo marcharme.

—Voy á hacerlo acompañar al convento.

—Está tan cerca...

—No le hace. Podria encontrarse con alguna patrulla...

—Hasta pronto, señor alcaide.

—Pronto piensa volver?

—Le tengo tanto afecto á estos *infelices* que me separo de ellos con disgusto.

—Pues... cuidado con el destierro, reverendísimo padre José.

—Destierro!

—Tal es lo que piensa hacer el Gobierno con los que no respeten las leyes y disposiciones civiles y como vuestra paternidad ha reincidido tantas veces...

—¡Impíos!—¿No es verdad, señor Tejedor, que son impíos?

—Padre, yo no discuto esas cosas.

—No?

—Y si tanto afecto le tiene á los presidiarios hágase nombrar confesor de ellos y así podrá venir cuando guste.

El padre José se dirigió á la puerta de salida acompañado por el alcaide quien dió órden de que lo acompañaran dos soldados.

—Sabe,—le dijo el padre José al despedirse,—que tiene razon, señor Tejedor—Debo hacerme nombrar... Hasta la vista.

—Hasta que lo nombren, padre.

VII

Una comisión urgente—Plétora de presidarios—Cárcel de mujeres—Recursos de la revolución—Planes y promesas—Por qué Rivadavia quería que desapareciera U... —Los revolucionarios—Un escapulario bendito—Cambio de domicilio.

Ya despuntaba el nuevo día cuando don Tomás Aguiar, amigo íntimo de la familia de U... llegó á la puerta de la cárcel y por la ventanilla habló con el portero:

—Amigo Izaurralde, hágame el servicio de decirle á don Antonio si me permite ver al capitan...

—El *Capitan?*—Me parece que todavía duerme y en cuanto al señor alcaide...

—Es un caso urgente, amigo Izaurralde.

—Bueno, don Tomás, pase, que no es cosa de dejarlo ahí con la guardia.

Y oyóse el rechinar de la llave; la maciza puerta giró sobre sus goznes y don Tomás Aguiar penetró en el soportal.

—Ahora vuelvo;—le dijo el portero que desapareció por una puerta lateral de la derecha mientras don Tomás Aguiar, quedó esperando allí donde, como de costumbre, descansaban ya algunos soldados tendidos en el suelo y al lado de unos cuantos fusiles en pabellón...Más allá y recostado en una tarima, como si fuera lecho de mullida pluma, uno, al parecer oficial.

Poco después se presentaron el portero y el alcaide, quien le dijo á Aguiar:

—Mucho ha madrugado, don Tomás.

—Qué quiere, señor Tejedor: usted sabe la amis-

tad que me liga á la familia de ese desgraciado y como desde hace días me encarga misía Rita... Créame que no hé podido dormir en toda la noche pensando en el encargo...

—Y qué encargo es ese, don Tomás, si se puede saber...

—Preocupaciones de señora devota...Como misía Rita es tan religiosa! Y si no lo fuera créame que ya se habría muerto de pesadumbre.—Desde que su hijo fué conducido á esta cárcel cubrió de luto su cuerpo y no amanece cuando ya la tiene usted en la iglesia rezando.—Acabo de acompañarla á San Francisco á donde ha ido á confesarse.

—Pobre señora!...Debe sufrir mucho.—Un mate, D. Tomás?—le preguntó ofreciéndole el que acababa de entregarle un ordenanza.

—Gracias; pero no acostumbro...

—Vea si está despierto el *Capitan*,—díjole e alcaide á un llavero que venía del segundo patio.

—Señor, el cacique *Nicolás* y los indios que lo han acompañado á pelearlo al difunto Valdivieso piden...

—¿Qué quiere?

—Que se les pase á otro calaboso donde no haya presos cristianos porque esta noche los han amenazado de muerte.

—Quiénes?

—No han querido decir los nombres.

—Y dónde los voy á pasar si hasta las celdas chicas están de á tres; si ya no tengo ni un alero donde resguardar un preso? Vea, D. Tomás, hasta en los corredores los hago dormir por falta de lugar en las crujias. Pero si es una cosa sorprendente cómo han caído estos días y muchos de ellos por delitos leves. Vagos, pendencieros, borrachos!

—Si? No es raro: las calles de la ciudad están llenas de esa gente.

—Ellos dicen—agregó el llavero, refiriéndose al cacique y á los dos indios,—que por lo me-

nos se les quite los grillos y las cadenas que les pusieron ayer para poder defenderse.

—Cómo no, que ya los estaba dejando libres para que achucharan á otro! Esos indios son perversos y hay que dejarlos así hasta que el señor Juez disponga otra cosa. Si los matan no se pierde gran cosa. De todas maneras los han de fusilar pronto. Pues, no le digo nada, don Tomás, con respecto al departamento de mujeres. Aquello sí que no es para contarlo. En un espacio con cincuenta ó sesenta varas cuadradas viven otras tantos bandidos y si yo no hiciera lavar esa crujia diariariamente aquello sería un muladar. Y no es eso lo que más me desazona, sino que hay que andar con ellas como si fuera Argos por temor del entrevero...

—Eso á fuerza de ser inmoral es repugnante señor Tejedor. ¿Y cómo nuestro gobierno, que tan progresista se titula, permite esa concomitancia? ¿Por qué no ha creado ya una cárcel de mujeres?

—Locales no faltan. Ahí esta el hospital de la calle de Empedrados ó el que fué de betlemistas...

—Y en último caso el convento que fué de recoletos y que Rivadavía se ha propuesto convertir en cementerio.

—La verdad es que estamos muy estrechos y que si así seguimos el día menos pensado voy á tener que convertir mis piezas en crujía.

—Si llevaran á otra parte las mujeres habría sitio para los presos, ¿verdad?

—Claro!

—Por qué no le insinua al Gefe de Policía y tal vez el Gobierno?

—El Gobierno no se preocupa hoy de otra cosa que de la expedición al decierto. De aquí le hemos dado muchos hombres que han ido á remontar el ejército. Cuanto vago, cuanto borracho han caído durante los meses anteriores, han ido á parar allí. ¿Y?—le preguntó al carcelero que volvía de observar por una ventanilla que había en la puerta del calabozo número primero.

—Ya está despierto *el Capitan*,—respondió el carcelero.

—Bueno, tome,—dijo el alcaide alargándole un manojo de llaves,—abra el calabozo. Pase don Tomás y converse lo que tenga que conversar con *el Capitan* que yo voy á ver si arreglo á esos bandidos que quieren matar al cacique.

Y tomando el manojo de llaves que le devolvió el carcelero siguió con éste hasta el segundo patio.

Don Tomás entro en el calabozo número 1, donde se hallaba sentado en la tarima que le servia de cama el ex-capitan U...

Al notar que alguien entraba en su calabozo U... irguió la frente y clavó la mirada en Don Tomás Aguiar.

—Qué tal, José María, ¿cómo te encuentras?

—Admirablemente, don Tomás. Tengo cuanto puede tener un condenado como yo y estoy muy reconocido á mis amigos y á mi familia, si es que familia puede tener un criminal como yo.

—Tu familia ha hecho y hace lo que puede por tí y si el aplazamiento de tu causa aun subsiste se lo debes á tu pobre madre, cuya gran fortuna se ha empequeñecido á causa de las cuantiosas dádivas que ha tenido que prodigar. El oro, José María, se ha derramado á granel, pero aún no hemos podido conseguir que los señores de la Cámara...

—El aplazamiento de mi causa se le debe á Rivadavia.

—A Rivadavia? Te equivocas: él más que ninguno, desearía hacerte desaparecer. En primer lugar porque daría á entender que ni los lazos de familia lo detienen para dar extricto cumplimiento á la inflexibilidad de la ley y eso aumentaría el prestigio de su rectitud severa.

—Hipócrita.

—Sí hipócrita, José María, porque su verdadero móvil al querer que desaparezcas está en el pleito que tu familia y él han seguido y que tu

padre ha abandonado por completo. Si tu estuvieras libre es más que probable que, escarmentado como debes hallarte de esa desordenada vida que has llevado, iniciarías de nuevo ese pleito.—No te quepa duda ninguna: José María Rivadavia te odia porque te teme.

—Y qué hacerle, don Tomás? Estoy en sus manos.

—En sus manos?—le preguntó Aguiar y después de una pequeña pausa, añadió:—Supongo que ya te habrá hablado el padre José de la Trinidad?...

—De una nueva revolución?

—Si.

—Me ha hablado; pero esa revolución, don Tomás, va á ser un nuevo fracaso como todas las demás que se han intentado de dos años á esta parte.

—Esta nó, José Maria.

—Pero, con qué elementos se cuenta? ¿Con los rezos de los frailes?

—Esos frailes, José Maria, propagan el descrédito de ese gobierno; ellos, como todos los demás que están con esta revolución, infunden en el confesonario y en el hogar el odio que este gobierno herege se merece, propendiendo á que las madres y las esposas, inciten á sus deudos á formar parte de nuestro complot; pero no son ellos, José Maria, los únicos elementos con que cuenta la revolución que se proyecta y que hoy tiene ramificaciones en todas partes donde ha llegado la voz de la persuación y los grandes recursos pecuniarios con que contamos. Hoy no hay chacra ni quinta cercana á la ciudad donde no se encuentren preparados diez, veinte y hasta cincuenta hombres. En los suburbios, y particularmente en el barrio de Monserrat, que sabes que hay hombres de verdadera accion, contamos con decididos partidarios que estarán prontos á una señal. Los patricios, que no marcharán á la expedición, están con nosotros. Y qué mas, José Maria? Aquí mismo, dentro de

esta cárcel, hay presos que responden á nuestros planes porque se han dejado prender para ello...

—Quiénes?

—Peones de la chacra del doctor Tagle, de don Hilarion Castro, de Guerreros...

—Y el doctor Tagle?...

—Trabaja incansablemente. El dará la cara de frente cuando llegue el momento como ha dado ya mil onzas de oro para que se compre lo que sea necesario. Toma, aqui te dejo estas diez para que hagas de ellas lo que quieras. Guárdalas.

—Se cuenta con el coronel Viera?

—Y con los coroneles Araoz, Rolon, Bauzá y otros muchos gefes de prestigio y valor reconocidos.

—Hé oido que el general Saavedra?...

—Saavedra, como los dos generales Balcarce hesitan aun; pero han de decidirse cuando lleguen á conocer los poderosos elementos de que dispondrá la revolucion.

—Y el general Pueyrredon?

—Ya sabes que Tagle fué su ministro y que *El Centinela* como *El Argos*, órganos de Rivadavia, han denigrado y dicho cuanto mal se puede decir de ese Gobierno.

Qué más, José María?... Hasta tu pariente el general Azcuénaga no está muy conforme que digamos con la marcha que sigue Rivadavia y es probable...Sería cosa de nunca acabar si te fuera á enunciar todos los elementos de acción, de prestigio y de dinero con que contamos. Si te decides á acompañarnos y triunfamos ya está convenido en que se te ascenderá á mayor de plaza y como uno de los objetos de esta revolución será el cambio de la Administración de Justicia de la que no se dejará subsistente sino los escribamos, podrás seguir el pleito con Rivadavia cuya influencia habrá desaparecido y al ganarlo volverán ustedes á ser inmensamente ricos.

—Su voz suena en mi oido con ecos de sinera, —dijo U... sonriendo.—Y qué se pretende de mí?

—No te lo ha dicho fray José de la Trinidad? Que cuando subleves á los presos y llegue el momento oportuno salgas con ellos á la plaza Mayor y tomes la Fortaleza prendiendo á Rivadavia.

—Y si la Fortaleza está guardada?

—Sorprendes la gente que haya en ella.

—Con qué elementos? Con unos cuantos presidarios creen posible llevar á cabo semejante hazaña?

—Se tiene confianza en tí; pero ya vendrán otros hombres que se pondrán á tus órdenes.— Mientras tanto llegará el grueso del ejército que se estará reunido en ese momento en la plaza de Miserere.

—Y armas?

—Cuenta con ellas, pues habrá un depósito suficiente, cercano á la plaza.

—Dónde?

—En la calle de Piedad á los fondos del hueco

—En el almacen del *inglés?*

—Justamente, al lado de la casa del doctor don Mateo Vidal. Allí habrá fusiles y municiones de sobra...Pero, como aun se espera á que el ejército que va hacer la expedición se ponga en campaña tenemos tiempo. Entre tanto, José María, yo vendré diariamente, pues nadie sospecha de mí, y te iré trayendo las que sean necesarios para llevar á cabo la evasion en caso de resistencia por parte de la guardia y del alcaide que no parece decidido á acompañarnos.

—Le ha hablado usted?

—No, por ahora, porque seria capaz de desbaratar nuestros planes. Sin embargo, no dejaré de tocarlo porque ganaríamos mucho. Qué dices José María, ¿te decides por fin?

El capitán U... se encogió de hombros é iba á contestar, cuando don Tomás Aguiar, que sintió pasos cercanos le impuso silencio con el ademán arrojando al mismo tiempo un objeto sobre la tarima.

Era don Antonio Tejedor que entró en el calabozo.

—Y?—le preguntó á Aguiar—como encuentra al *Capitan?*

—Más resignado, don Antonio.

—Si, pues, después de once meses de vivir entre estas inmundas paredes,—añadió con U... soberbia ironia—no me queda más remedio que la resignación.

—Yo lo trato lo mejor que puedo—contestó Tejedor como si le ofendiera la expresión de U...

—Y por eso ha dado órden de que me encierren como á los demás presos. Anoche me encontré con esa novedad.

—Si lo ordené...

—Es porque teme que me escape?

—Nada de eso, *Capitan*, porque si usted hubiera querido hacerlo y comprometerme, ya lo habria hecho, porque ninguno de los presos me inspira mayor confianza ni mayores consideraciones...

—Ya vé, don Tomas,—le dijo U... dando á sus palabras doble intención.

—Lo veo, si, lo veo...—mmurmuró el conspirador.

—Y entónces, por qué es que ahora se acuerda de echar el cerrajo á mi celda?

—Porque con lo que ha pasado anoche, á pesar de no tener yo la culpa, el Jefe de Policia se me demuestra muy prevenido y temo que si llegan á saber...Deje pasar algún tiempo y volverá usted á gozar de la libertad de siempre. Más no me es posible hacer por usted. Tenga paciencia.

—Y esos son los deseos de misia Rita,—dijo Aguiar, pretendiendo dar otro giro á la conversación,—que su desgraciado hijo tenga resignación. Por eso, - añadió, señalando el objeto que había arrojado en la tarima—y para que viva en ella me ha enviado á entregarle con urgencia este escapulario bordado por ella y bendecido por el padre prior de San Francisco. Y á propósito don Antonio, ¿qué hace fray José de la Trinidad? Descansa?

—Ignoro si descansa don Tomás?

—Cómo, ¿no continua preso?

—No, porque anoche recibí órden de ponerlo en libertad.

—Qué santo varon es ese!

—Y qué amor le ha tomado á la cárcel!

—En cumplimiento de su santa misión.

—Figúrese que se ha propuesto que lo nombren capellan.

—Y sería para ustedes una poderosa adquisición!

—Asi lo creo.

—Si usted es verdadero creyente, don Antonio, que no lo pongo en duda,—añadió Aguiar tomando el escapulario y pasándoselo á U...—debe saber que estas prendas sagradas aumentan la fé en la santa religion y nada de extraño tendría que produjera el milagro de que José María saliera en libertad. Tales son los votos que su religiosa madre hace diariamente que.....Podríamos considerarlo un verdadero milagro si la obtuviera gobernando la gente que gobierna. ¿No le parece don Antonio?

—Con la gente que gobierna yo no me meto, señor Aguiar,—replicó el alcaide un tanto brusco.

—Me refiero á la austera rigidez de Rivadavia para dar cumplimiento á las disposiciones legales,—manifestó prontamente Aguiar con fingido respeto,—que por lo demás no hay nada que decir.....

—Y no le parece que el fiel cumplimiento á las disposiciones legales?

—Muy correcto, Sr. Tejedor, muy correcto, que yo no entiendo de esas cosas ni en ellas me meto, pues que si hablo es por hablar y nada mas. Y como ya he cumplido la comisión que esa santa señora me encomendara, me retiro pidiendo permiso al señor alcaide para volver de cuando en cuando á visitar á este desgraciado.

—Aunque no es permitido hacerlo todos los días, por usted y por él haré una escepción...

—Mi objeto será traerle noticias de su causa. Ya vé si podrá interesarle.

—Pues venga cuando guste, señor Aguiar.

—Gracias, D. Antonio. Adios, José María: no te olvides de lo que tu santa y desgraciada madre te suplica:—resignación y sobre todo fé, que con fé todo lo bueno se logra.

—Puede salir al patio, *Capitán*,—le dijo el alcaíde á U...dejando abierta la puerta del calabozo y dirigiendose con Aguiar hacia el zaguan de entrada le decía:

—Yo tengo por este mozo todas las consideraciones posibles. Me lo ha recomendado tanto su señora madre.

—Hágalo D. Antonio, que no ha de pesarle. En las circunstancias en que estamos fácilmente podría cambiar la situación política y venir otro gobierno y no siempre seguiría usted desempeñando este trabajoso empleo.

—Ya le hé dicho, D. Tomás, que yo en esas cosas no me meto. Obedezco con lealtad al que gobierna y nada más.

—Sí; pero si cambiara la situación política José María saldría en libertad y no dejaría de recordar con gratitud los servicios que usted hiciera por él.

—Pues, oíga usted, D. Tomás—dijo el alcaíde deteniéndose en el patio,—por agradarlo y servirlo hé ido más allá de mis atribuciones.

—Sí?—preguntó Aguiar con natural candidéz.

—Ya sabe usted que la Pepa?...

—La causante principal de su desgracia?

—Justamente.

—Supongo que estará aquí aunque se había dicho que la habían mandado á Bahia Blanca?

—No, señor: ocupa aquella celda,—contestó el alcaíde señalando el calabozo de Pepa.

—Y qué tal se porta?

—Como una verdadera *señora*. Sólo que...

—Se vén?

—Con toda la frecuencia posible—¿Por qué había de privarles, siquiera de ese consuelo?

—Verdad.

—Pero es que las cosas han llegado á un extremo que por ella me hé visto obligado á man-

dar que anoche echaran el cerrojo á la celda del *Capitán*, como aquí todos les llamamos. Figúrese que el Jefe de Policía llegara á indagar ahora que está prevenido.....

—El qué?

—Que el *Capitán* anochece en su celda; pero que no amenace.....

—Pues dónde?

El alcaide hizo un gesto señalando el calabozo de Pepa.

—Ya,—contestó Aguiar sonriendo,—siempre tan calavera.

—Y no tendria nada de particular. Esos amores son cada dia más grandes y es probable.....

Aguiar se hallaba distraido, observando la situación del calabozo de la querida de U..... y como si hubiera concebido una súbita idea.

—No le parece, D. Tomás?

—El qué?—preguntó Aguiar volviendo á él la mirada.

—Qué, como me lo ha asegurado el reverendo padre fray José de la Trinidad, lleguen á casarse

—Se lo ha asegurado el padre José?

—Anoche mismo.

—Pues entónces no hay duda ninguna de que se casarán y usted debe, á mi entender, por todos los medios á su alcance hacer que no dejen de verse.

—Pero es que me va en ello una gran responsabilidad.

—Amigo Tejeder, no evite usted las obras de caridad.—Diga, D. Antonio, el calabozo de Pepa, ¿no es el que tiene una ventana que da á la calle Victoria y desde el que se vé la plaza?

—Sí, señor: el más cómodo de todos. Y ella está bien, muy bien con relación á lo que una penada puede pedir, pues que su antigua sirvienta, una parda que dice que la ha criado, le proporciona cuanto necesita. Luego que como desde la ventana se vé lo que pasa en la calle, se distrae y..... De los empleados, no digamos, porque tengo confianza en todos,—añadió Teje-

dor, volviendo á su tema;—pero los presos y sobre todo el oficial de guardia podria delatar que todas las mañanas baja por esa escalera y atraviesa el patio para volver á su celda.

—Una idea me ocurre, señor Tejedor, para evitar que lo vean,—dijo Aguiar de pronto mirando fijamente al Alcaide.

—Dígala D. Tomás y si es posible...

—Por qué no lo cambia á José Maria de calabozo?

—A cuál?

—A ese que está debajo de la escalera?

—Es la peor de las celdas. La más chica, la más húmeda y la más oscura. En ella solo encerramos á los bandidos reincidentes.

—Y qué le importa si él no ha de quejarse cuando sepa el motivo? Desde esa celda podria tener fácil comunicación *con la que va á ser su esposa* y mucho menos se enterarian los demás.

—Tiene usted razon. Voy á invitarlo á almorzar conmigo y hablaremos y si está conforme... Le repito, don Tomás, que puede venir cuando guste á visitarlo,—añadió el alcaide que habia acompañado á Aguiar hasta la puerta de salida.

—Lo haré, si no abuso y me tomaré la libertad de traer á la señora alguna de las preciosidades que hacen las monjas.

—No se moleste...

Ese mismo día el ex capitán U...fué trasladado, con sorpresa de presidarios y empleados que veían en ello singularizarse con él la severidad penal, del mejor de los calabozos de las crujías bajas á la peor de las celdas.

Y no faltó quien dijera:

—Bien merecido lo tiene por soberbio y orgulloso,—mientras que otros echaban miradas maliciosas y significativas del calabozo de Pepa á la nueva celda del ex capitán.

VIII

Persuadir á un iniciado—Otra vez fray José de la Trinidad en la cárcel—Atando corto á los frailes—Fracaso de la expedición—Pérdida de trescientas carretas—Sublevación de las fuerzas—El genaral Rodríguez y su ejército deshechos—Plan completo de la revolución—Aceptación de U....

Las visitas de don Tomás Aguiar al ex capitán se hicieron desde entónces frecuentes y no ya al tabuco donde por su consejo se le había trasladado, sino al calabozo de Pepa que allí estaba U.... las mas de las horas del dia y aun de la noche, lo que le hacia decir al débil y complaciente alcaide:

—Paréceme que el remedio ha sido peor que la enfermedad.

—Hemos de poner remedio, don Antonio,—le contestaba Aguiar, de quien ni remotamennte se sospechaba el verdadero móvil de sus contínuas idas á la cárcel.

Puesto Aguiar en comunicación con fray José de la Trinidad, era natural que éste le indicara la mas acertada manera de apagar las resistencias del ex capitan á tomar parte en el premeditado complot contra las autoridades constituidas.

Y no habia otro, á juicio del buen franciscano, y hábil conspirador, que tratar por todos los medios posibles, de que no lo separaran de Pepa, que ejercia sobre U.... una influencia decisiva

Ese fué uno de los objetivos que tuvo Aguiar al aconsejar al inocente alcaide la traslacion del preso á aquella celda que se encontraba debajo del calabozo de Pepa, y que *tenia una ventana desde la que se podia ver lo que acontecía en la calle.*

Cuando don Tomás iba, á quien Izaurralde

daba puerta franca, con ó sin permiso del alcaide —que cuando éste no estaba, lo obtenia de la alcaidesa,—le decian los llaveros, con la consiguiente malicia:

—Suba no más, que el *Capitan* está en casa de su *señora*.

Y don Tomás subia y pasaba con ellos las horas muertas en sostener discusiones que, como fray José de la Trinidad lo sospechaba y aquel tuvo ocasión de cerciorarse, debilitaron por la intromision de Pepa la resolucion de U... á no mezclarse en el referido complot.

—Pero,—decia aun como último recurso,—si la revolución cuenta con elementos tan poderosos, ¿qué necesidad tiene de echar mano de los presos de la cárcel y sobre todo de mi?

—Y crees, José María,—le contestaba ella volcando sobre él una de aquellas miradas en que brillaba la soberbia de su orgullo,—que habrá entre esos hombres alguno más bravo que tú? Te ocupan porque les eres necesario y porque ninguno será capaz de hacer lo que tú hicieras.

—Y sobre todo, que hay necesidad de hacer méritos para que te dén el puesto que te hé dicho sin que nadie tenga que murmurar—añadió don Tomás.—Supone que tú no quieres meterte en nada y que no te metes y que la revolución triunfa, como triunfará sin duda ninguna. ¿Te parece siquiera decente que, sin comerlo ni beberlo, te saquen de la cárcel, te hagan mayor de plaza y te dén despues los medios de ganarle el pleito á Rivadavia? Ni que lo pienses, hijo.

—Por qué no ven á mi padre? O es que el coronel...

—A qué engañarte? A tu padre yo mismo le hé visto; pero se niega rotundamente á mezclarse en ningún movimiento.

Una tarde se presentó Aguiar á U... manifestándole que al dia siguiente marchaba el gobernador á la Guardia del Monte, y al dia siguiente presenció con él y con Pepa desde la ventana del calabozo las manifestaciones que el pueblo hacia al despedir al general Rodriguez.

Y cada vez que vibraban los vivas entusiastas al coronel Dorrego, don Tomás Aguiar le preguntaba á U...

—Oyes?

—Sí, oigo,—replicó U... impaciente,—que el populacho viva á Dorrego que acompaña al Gobernador. Dorrego está con el Gobierno.

—Te eqnivocas.

—Que me equivoco y lo estoy viendo?

—En la apariencia.

—Pero ese hombre sería un canalla!

—Hay que valerse de todas las armas.

—Dudo...

—No dudes, José María; Dorrego está con la revolución; pero no es conveniente que se sospeche lo mínimo á ese respecto, porque entónces, sí, la revolución fracasaría. Decídete de una vez y te pondré al cabo de todo nuestro plan.

Pero José María callaba y cruzados los brazos se paseaba por el estrecho calabozo de Pepa.

D. Tomas Aguiar se retiró esa tarde para volver al día siguiente:

—No decía—le preguntó U...—que inmediatamente que saliera el Gobernador la revolución estallaría?

—Calma, José María, calma; el golpe tiene que ser decisivo y faltan aun algunos pequeños detalles. Como por ejemplo que tú te decidas de una vez.

Una tarde en que se encontraba la parda Rufina con los dos amantes se oyeron grandes algazaras que venían del patio: eran las presas que festejaban con risas y palabrotas la llegada de fray José de la Trinidad.

Fray José de la Trinidad desprendióse de aquel enjambre de harapientas y subió por la escalerilla hasta el calabozo de Pepa:

—Santas y buenas tardes, hijos míos,—les dijo, —ya me teneis aquí otra vez á vuestras órdenes.

—Fray Jose?

—El mismo.

—Os han detenido, padre?

—No, me han nombrado capellan de la cárcel,—contestó el franciscano con su evangélica sonrisa.

—Capellan!

—De manera que ahora puedo entrar y salir cuando me diere la gana,—añadió fray José tomando el mate que la parda le brindara.—Hola, que está aquí Rufinita, la antigua mesonera de la plaza mayor?

—No sabe padre, que ella me ha criado y que yo á Rufina la quiero como si fuera mi madre? —dijo Pepa.

—Si, si, me acuerdo... á usted capitan ¿cómo le vá?—le preguntó á U..... que nada habia dicho á su llegada.

—Aburrido de esta vida,—contestó U.....

—No se apure, capitan, que ya vendrá *la otra*. ¿Cree usted que nosotros somos mas felices? Dia tras dia el gobierno nos está atando mas corto y hoy mas que nunca que Rivadavia puede hacer lo que le dá la gana puesto que Rodriguez ha marchado y la Junta Legislativa está en receso á *causa de los calores* segun el pintoresco decreto.

Hoy no solamente se nos prohibe salir del Convento sin licencia justificada y eso solo los juéves, si no que, so pretesto de increibles escándalos que nos dusacreditan arrojan sobre nuestra santa institucion, se nos prohibe terminantemente que nos reunamos en la porteria y en las puertas falsas del Convento.

—Y eso, ¿por qué?—preguntó U.....

—Porque segun el doctor Zavaleta esas reuniones de porteria traen la disipacion y el ocio.

—Pues yo no veo.....

—La portería debe cerrarse con llave inmediatamente de darse los toques de oraciones sin permitirse la entrada á ningún particular.....

—Y eso?.....

—Eso viene de que los particulares pueden llevarnos noticias de lo que pasa en el mundo; pero.... *lo otro* es peor, mil veces, peor para nuestro crédito.

—Y qué es, padre?.....

—Que nos está prohibido particular y terminantemente, á no hacerlo con mucho disimulo, según reza la disposición, acudir en manera alguna, al llamado de personas..... *del otro sexo.*

—Qué temeridad!—exclamó Pepa un tanto risueña.

—Tal fama habéis adquirido, reverendo padre, de seductores!...—dijo U... riendo sarcásticamente.

—No hay tal fama, capitan, si no que por esa propaganda se nos hace repugnantes en el hogar,—contestó fray José de la Trinidad.

—Asi como vosotros los haceis á los hombres del Gobierno por otros medios.

—Reiremos á gusto los últimos que riamos.

—Despues de la revolución?....

—Justo. Y apropósito: me ha dicho don Tomás Aguiar.....

—Que cada vez son mayores los elementos...

—Infinitos, hijo, infinitos!..... Toda la campaña nos pertenece y aun el mismo ejército que hoy comanda el general Rodriguez se encuentra minado; pero no la haremos en los solos y estrechos límites de nuestra provincia si no que iremos mas allá..... mucho mas alla..... Por de pronto todo el litoral responderá á nuestro grito y pobre de aquél que no esté con nosotros porque caerá envuelto en la ruina de nuestros tenaces enemigos..... ¡de los enemigos de la Santa Religion!

Pepa escuchaba con ansiedad al seráfico franciscano que hablaba concentrado mientras absorvia el jugo del mate.

—José Maria,—dijo aquella,—espera solo instrucciones.

—Yo?...—preguntó U... encogiéndose de hombros, como si le molestara la afirmación de Pepa.

—Quién sube?...—repuso el franciscano que estaba con el oido atento.

—Es don Tomás Aguiar,—contestó la parda que se asomó á la puerta.

—Noticias frescas debe traernos,—murmuró fray José de la Trinidad, — porque viene de la estancia de los Tapiales donde anoche ha tenido lugar una numerosa reunion de conjurados.

—Buenas tardes,—dijo Aguiar entrando en el calabozo.

—Buenas,—le contestaron.

—Y?—le preguntó ansioso fray José de la Trinidad.

—Que vamos mejor que queremos, reverendo padre,—contestó don Tomás, en cuyo rostro irradiaban destellos de satisfacción.

—Mas vale así, don Tomás, mas vale así,—murmuró el sacerdote lleno de gozo restregando nerviosamente sus descarnadas manos.

—Por de pronto les diré que no bien se puso en marcha el ejército expedicionario se tuvo noticia de que trescientas carretas que debian incorporársele con víveres y pertrechos han sido destruidas por un poderoso malon de indios.

—Magnífico! — exclamó fray José de la Trinidad.

—Esa noticia cundió inmediatamente en el ejército por mas medidas que se tomaron para ocultarla.

—Como si no tuviéramos allí buenos voceros para propalarlas.

—El general Rodriguez ordenó entonces seguir viaje á marchas forzadas; pero al llegar al fortin Independencia el descontento del ejército fué tal que en valde se hicieron esfuerzos para contenerlo dentro de los límites del órden.

Varias tribus de indios, que debian tener bomberos dentro del mismo ejército...

—De los nuestros....

—Se aprovecharon de esos desórdenes y sorprendidas las fuerzas de Rodriguez las han derrotado.

—Justicia divina!—exclamó fray José de la Trinidad.

—Y anoche se aseguraba que ya no queda de ese ejército poderoso sino el batallon de cazadores que será tambien destruido por las hordas salvajes.

—Es necesario—dijo el seráfico sacerdote con nerviosa expresión,—que esa noticia cunda por toda la ciudad, por la campaña, por todos los demás Estados.... Si ella es cierta, nuestro triunfo será cada vez mas seguro. ¿Ve, capitan, lo que yo le decia?

Y dirigiéndose á don Tomás Aguiar, le preguntó:

—¿Y cómo se ha podido saber cuando toda la provincia está interceptada por los hombres que responden á Rivadavia?.... ¿Cuándo no se puede viajar sin pasaporte que lleve la firma de éste?

—¿No sabéis, padre, que contamos con la habilidad de Valdivieso?

—El hijo del que asesinó el cacique *Nicolás*?

—El mismo, que imita de una manera maravillosa todas las letras. Qué habilidad la de ese muchacho!

—Siempre que la emplee en obras tan meritorias como esa...

—Viese qué maravilla! Confrontados los pasaportes legítimos con los que él falsifica le aseguro que no hay diferencia ninguna.

—Mas vale asi. Y lo de Santa Fé?

—Ya está tambien arreglado.

—Habrá revolución en aquella provincia?

—Seguro.

—Qué detalles?...

—El coronel Bauzá ha escrito una carta al gefe de las fuerzas que hoy están en armas y es seguro que las sublevará contra el general López.

—Pero el coronel Bauzá...

—Le ha hecho firmar esa carta á don Juan Antonio García, que es hombre de gran valer con el predicho gefe. Al mismo tiempo el prestigioso comandante Juan Manuel de Rozas y el coronel Manuel Dorrego, con fuerzas que ya

preparan marcharán sobre Santa Fé; derrotarán á López, si por acaso se rehace y luego vendrán á reunirse con nuestro ejército revolucionario.

—Qué mas podemos pedir! *¡Viva la patria! ¡pero viva dentro de la Religion!*..—exclamó fray José de la Trinidad lleno de gozo.

—Dorrego y Rozas con la revolución!—murmuró U... sorprendido...

—Si.

—El ejército destruido...

—Tambien...

—Oh, Rivadavia, Rivadavia, qué recurso te queda!—exclamó U... con relámpagos de ódio.—Todo contra tí.

—Y tú tambien, José Maria,—le dijo Pepa.

—Puesto que lo quieren, sea,—contestó U...—Contad conmigo desde este momento.

IX

Por qué se determina U...á tomar parte en el complot—Llegada del mayor Alcaráz á la cárcel—La acción investigadora—Noticias falsas—Un famoso falsificador de pasaportes—Planes de conspiración que se destruyen—Prisión de don Juan Antonio García—Pánico en los conspiradores.

La determinación espresada por el ex capitán U...llenó de júbilo hasta á la parda Rufina, que también estaba iniciada en el complot.

—¡Al fin!—exclamó Pepa abrazando á su amante.

—Hemos ganado la primera batalla,—dijo fray José de la Trinidad.

—Trabajo nos ha costado,—añadió don Tomás Aguiar.

—Sí,—repitió U...,—me decido á hacer lo que ustedes quieran no porque el ejército expedicionario haya sufrido ese desastre de que yo, como *porteño* y hombre civilizado debo lamentarme, ni porque crea ciegamente en el triunfo de la revolución apesar de todos esos poderosos elementos si no porque mi vida aquí es un verdadero infierno.

—Claro!—Dijo fray José de la Trinidad moviendo la cabeza afirmativamente.

—Y es un infierno,—continuó U...,—no tanto por la prisión en que me hallo sí no por la continua queja de *esta mujer* que me parte el corazón y que me conducirá á donde ella quiera.

Fray José de la Trinidad y don Tomás Aguiar cambiaron miradas significativas.

—Pero, José María,—exclamó Pepa,—si lo que yo deseo es para tu bien y el mío y nada más.

—Y lo que todos deseamos,—dijo don Tomás.

—Ojalá,—añadió U...con acento profético,—que no tengamos que arrepentirnos después.

—Nunca...entiéndalo bien, hijo mio,—dijo solemne y severo fray José de la Trinidad—nunca debe arrepentirse el verdadero creyente de caer vencido en defensa de la santa causa.

—Es que no caeremos—dijo Aguiar.

—Porque lucharemos con fé. La fé, capitán, todo lo alcanza.

—Bien,—contestó U...—luchemos.

—Es necesario, entónces, José María, que te pongas en relación con los demás presos; pero con suma prudencia y sigilo para no dar que sospechar ni lo mínimo.

—Así lo haré.

—Aquí hay hombres valientes hasta la temeridad,—dijo fray José de la Trinidad.

—Bandidos,—replicó José María.

—Sea; pero no de otra carne se ha formado una gran parte del ejército que llevaba el general Rodríguez y sin embargo...

—Adelante,...—dijo Aguiar,—con bandidos ó sin ellos te sacaremos de la prisión y por tus hechos llegaras á borrar tus faltas del pasado. Por otra parte, ya te hé dicho que muchos de los presos son amigos nuestros...

—Es conveniente,—dijo fray José de la Trinidad,—que hasta que llegue el momento las visitas de usted, capitan, á Pepa, disminuyan en todo lo posible.

—Por qué?—preguntó Pepa como si la fueran á separar de su amante.

—Porque de esa manera desaparecerá del alcaide los cuidados en que está de que lleguen á descubrir su complacencia.

—Y sobre todo, José María,—añadió Aguiar,—es necesario que esta tarde, mañana y en los días subsiguientes yo te encuentre en tu celda para traerte las armas necesarias...

—Bien.

—Que podrian irse ocultando....aquí,—añadió

fray José de la Trinidad,—por ser mas seguro.. Aquí nadie viene, ¿verdad, Pepa?

—La alcaidesa suele venir...

—Y los carceleros?

—Esos los tengo bien comprados. No me molestan para nada, y si solo se trata de ocultar armas...

—Oh, no,—añadió fray José de la Trinidad,—tú, hija mia, tienes un papel importante que desempeñar desde este calabozo y sobre todo desde esa ventana. Rufina tambien. Ya hablaremos de esto....

—Oh, me está pareciendo que hemos abandonado esta cárcel!—exclamó Pepa con transportes de alegria.

—La abandonareis, no os quepa duda ninguna.

—Pepa,—dijo la parda Rufina que habia permanecido en la puerta del calabozo, vigilando lo que pasaba en el exterior,—el alcaide está en el patio hablando....

—Con quién?—preguntó fray José de la Trinidad.

—Con el mayor Alcaráz,—añadió la parda con voz temblorosa y empalideciendo el semblante.

—Qué contrariedad!—dijo Aguiar.

—Mucha,—repuso fray José de la Trinidad.—No es conveniente que ese hombre nos vea aquí reunidos y sobre todo con ustedes,—añadió dirigiéndose á don Tomás y á U....

—Se alejan á las crujias del otra patio,—dijo la parda que seguia observando desde la puerta.

—Baje, entónces, capitan y usted, Aguiar, acompáñelo, que yo iré despues.

U... y Aguiar bajaron y entraron en el calabozo del primero, entornando la puerta.

El mayor Alcaráz habia llegado efectivamente á la cárcel acompañado de un pequeño destacamente de celadores á caballo.

—Vengo, señor alcaide,—le dijo á Tejedor,—á desocuparle la cárcel....

—Va á llevarse algunos presos, mayor? — le preguntó el alcaide.

—Esa es la órden que tengo,—contestó el mayor, mostrándole un pliego.

—Pues no sabe el favor que me hace,—dijo el alcaide mientras caminaban hácia las crugias del fondo,—pues que ya no cabe aqui ni una cabeza de alfiler....

—Supongo que el capitán U....

—En su calabozo, mayor.

—Sin embargo, me pareció al pasar que no era él el que estaba en el calabozo número 1 y que habia más de un preso en ese calabozo.

—Lo hé tenido que cambiar á otro más pequeño por la misma aglomeración de presos,—contestó el alcaide,—no encontrando otro pretesto á su engaño.

—Lástima que ese hombre se haya perdido.

—Verdad?

—Es un bravo entre los bravos.

—Y no cree, mayor, que su pariente?....

—Quién?....

—El señor Rivadavia haga lo posible porque se le ponga en libertad ahora que gobierna?....

—Menos que nunca, Tejedor.

—Por qué?

—Por lo mismo que usted acaba decir: el capitan U... es su pariente y los parientes de Rivadavia son los que menos pueden contar con su influencia.

—Es lástima!—murmuró el alcaide mientras volvian al primer patio.

—Haga venir,—le dijo Alcaráz,- á los presos de la crujia grande.

Tejedor dió la órden á un carcelero, y pocos momentos después fueron llegando unos cuarenta hombres mal entrazados, casi desnudos ó cubiertos con harapos, custodiados por soldados y carceleros.

El mayor Alcaráz los estuvo observando uno por uno mientras decia:

—Buena sarta de pillos y de viciosos... Ya les ajustaremos las clavijas...

Y luego añadió dirigiéndose á ellos con voz breve y dominante:

—Fórmense! Firmes!

Los presos obedecieron y Alcaráz siguio observándolos.

—Dos pasos al frente!—le dijo á uno que salió de la fila cuadrándose.

Alcaráz se dirigió al alcaide.

—Por qué ha entrado ese hombre?

—Por habérsele encontrado sin trabajo,—contestó el alcaide.

—Vago?

—Sí, señor.

—Cómo te llamas?—le preguntó Alcaráz al preso que permanecía cuadrado.

—Juan López, señor,—contestó el preso.

—Mientes.

—No, señor.

—Te digo que mientes. Tú te llamas José Góngora.

—Sí, señor,—contestó el preso palideciendo.

—Por qué te encuentras en la ciudad?

—Buscando acomodo, señor.

—Por qué te has venido de la chacra?

—De qué chacra, señor?

—No te hagas el desentendido porque te voy á hacer dar trescientos azotes. De la chacra del doctor Tagle.

El preso no contestó.

Alcaráz lo miró fijamente, diciéndole luego:

—Pasa allí!—y le indicó el otro extremo.

Dirigióse á otro de los presos:

—Dos pasos al frente. ¿Cómo te llamas?

—Por apodo?

—Cómo te llamas?—repitió Alcaráz la pregunta con ceño adusto.

—Pues á mí me llaman *Matalote*.

—Por qué te han tomado?

—Por...nada, señor.

Alcaráz dirigió la mirada interrogadora al alcaide.

—Por ebriedad,—contestó el alcaide.

—Mentira,—replicó Alcaráz, dirigiéndose al preso,—tú no te has embriagado nunca. Por qué has fingido?

—Pero no le digo, señor mayor, que á mí me han traido *por nada*. Luego no hé mentido.

—Pasa allí,— le dijo Alcaráz indicándole el extremo donde el otro preso se encontraba.

Y luego añadió dirigiéndose á otro:

—Tú.

—Yo, señor?—preguntó el aludido.

—Sí. ¿Por qué has salido de la estancia del señor Guerrero?

—Porque no había trabajo señor, y porque me echó el capataz.

—Mientes.

—No, señor.

—Te digo que mientes. Tú saliste de la estación por otros motivos y sin que te echaran ni dejara de haber trabajo.

El preso no contestó.

—Y te has dejado tomar preso de pícaro que eres. ¡Pasa allí!

El mayor Alcaráz siguió la misma táctica con los demás.

En los semblantes de aquellos hombres como en el del alcaide y los de los otros espectadores se iba dibujando los marcados tintes del asombro y allá, en los calabozos de Pepa y de U...desde donde por las rendijas de la puerta se veía y se escuchaba lo que en el patio acontecía, sentíanse poseídos de sorpresas y ansiedades al observar el procedimiento del célebre perseguidor de bandidos.

Que Alcaráz llegara á conocer por sus verdaderos nombres á aquellos presos podría ser natural puesto que todos sabían que no había ni rincon ni poblador de la campaña cuatro ó cinco leguas cercanas de la ciudad, que le fuera desconocido; pero que pudiera y llegase á desmentirlos con tanta seguridad en los otros engaños era lo incomprensible.

—¿Por qué habrán entrado mintiendo?—se pre-

guntaba el alcaide que más mudo de asombro que ninguno dirigía sus miradas nerviosas de Alcaráz á los presos queriendo con la expresión de su interrogatorio descifrar el enigma.

—Qué es esto, padre?—le preguntaba Pepa á fray José de la Trinidad quien, sin meter ruido abrió la puerta del calabozo y se deslizó por la escalera disimuladamente.

—Lo ignoro, hija; pero todo será por Dios...—y llegando al calabozo de U...le dijo á don Tomás, con voz casi imperceptible:

—Nos han vendido.

—Así lo creo,—contestó Aguiar con ecos apagados por el terror;—pero también creo que ese hombre sería capaz por sí solo de desbaratar nuestros planes...Con tal de que no sospeche de nosotros.

—Es necesario precipitar el golpe ó si no todo se ha perdido,—murmuró fray José de la Trinidad aprovechando el momento en que Alcaráz se dirigía hacia el fondo seguido del alcaide para salir de allí.

Alcaráz siguió recorriendo las demás crujias y observando por la ventanilla el interior de los calabozos volviendo de nuevo al primer patio.

—Pasen todos allí,—les dijo á los presos que aun permanecian en el lado opuesto y dirigiéndose al oficial de guardia añadió:—Haga salir á esta gente y entréguela á los celadores que están en la puerta.

El oficial de guardia trasmitió la órden á sus soldados y los presos, elegidos por Alcaráz, marcharon hacia el exterior.

—Y *ese?*—preguntóle Alcaráz al alcaide frunciendo el ceño al notar á fray José de la Trinidad que se les iba acercando....

—Capellán de la cárcel...—contestó Tejedor.

—Capellán!... Hum... sin capilla...

—Santas y buenas tardes, mayor,—le dijo fray José en actitud humilde.

—Buenas y santas, padre,—le contestó Alcaráz bruscamente.

—Parece que se lleva un buen contingente para reforzar el cuerpo de veteranos?—le preguntó fray José disimulando la actitud del mayor.

—Así parece, padre,—contestó Alcarás con la misma brusquedad.

—Lo siento y no lo siento, mayor — replicó fray José de la Trinidad con su impasible humildad.—No lo siente porque de esos hombres, que ningun provecho dan aquí, podrá usted hacer soldados útiles que defiendan la patria, ahora que tanto lo necesita.

—Y lo siente?...—le preguntó Alcaráz con ironia.

—Porque se me alejan esas almas infelices que la santa religion podria regenerar.

—El remedio está en sus manos, padre.

—Como?

—Viniéndose vuesa merced con nosotros.

Fray José de la Trinidad inclinó por un momento la cabeza para levantarla despues y mirar fijamente á Alcaráz. Luego, dibujando en sus lábios una sonrisa evangélica y suspirando le dijo:

—Humilde pecador de carne y huesos, mi estimado mayor, yo no puedo cumplir mi mision en todas partes. Si yo me fuera con ustedes, ¿quién redimiría á estos pobres penitenciados?

—Y yo creo que mejores servicios prestaria á la patria vuestra paternidad como soldado veterano que como fraile fuera ó dentro del convento.

—Parece mayor,—contestó fray José de la Trinidad, siempre humilde; pero con cierto desprecio,—que ya se ha olvidado de que un tiempo fué cuadrillero de la Santa Hermandad.

—Cada cosa en su tiempo, reverendo padre y basta!

Fray José de la Trinidad bajó de nuevo la vista diciendo:

—Es cierto..., basta.

Y cambiando de semblante y de voz le preguntó:

—Y, mayor? ¿Se tiene noticias del ejército espedicionario?

—Excelentes.

—Habia oido decir...

—Que el ejército ha sido deshecho por una rebelión? Puras patrañas inventadas por quien yo me sé.

—Mas vale así...A todas horas del dia y de la noche se hacen rogaciones en mi convento por el triunfo del general Rodriguez.

—Lo que se hace en el convento, padre, también lo sabemos,—contestó Alcaráz con doble sentido.

—El qué, mayor?—preguntó fray José de la Trinidad con espresión de bondadosa sorpresa.

—No tengo tiempo para confesarme, padre,—le contestó Alcaráz—pero sírvale para su regla de conducta que al Gobierno nada se le escapa.

Y dirijiéndose al alcaide le dijo:

—Vamos?

Fray José de la Trinidad se quedó mirando alejarse al mayor Alcaráz. Luego echó la capucha sobre su frente y ocultando sus manos entre las anchas mangas del hábito se dirijió al fondo murmurando:

—Tiene razón Aguiar. Este hombre sería capaz por si solo de desbaratar nuestros planes...Si pudiéramos deshacernos de él!...

—Estoy verdaderamente sorprendido, mayor, —le decia el alcaide mientras tomaba nota en sus libros de los presos que salian.

—De qué, señor alcaide?

—Del engaño de esos presos. Por qué han entrado con nombres supuestos, y por qué?...

—No puedo decirselo; pero lo que si le diré es que hay qué andar muy prevenido porque los revolucionarios están metiendo elementos por todas partes.

—De veras!

—No le quepa duda. Sin embargo, los hilos de su trama van yendo al poder del exmo Gobierno y caerán inmediatamente que intent en el movimiento.

Y Alcaráz salió á la recoba donde ya lo aguardaban los presos custodiados por los celadores á caballo.

—Al cuartel,—dijo con voz de mando y se pusieron en marcha hacia la calle de la Defensa.

El alcaide, despues de despedirlo, y de dar algunas órdenes se dirijió al calabozo de U...donde se encontraba D. Tomás Aguiar.

—Ya sabrán las novedades?—les preguntó.

—Nada sabemos, señor Tejedor,—le contestó Aguiar,—pues estaba con el pobre José María engolfado en asuntos de familia. ¿Qué hay de nuevo?

—Que Alcaráz ha descubierto á unos presos que tuvieron entrada con nombre supuesto por lo que malas intenciones traerían...

—Qué audacia!—exclamó D. Tomás Aguiar.—Y será verdad, señor Tejédor? Mire que Alcaráz suele valerse de tretas...

—Tan verdad, señor Aguiar, como es mentira la noticia propalada hoy de que el ejército expedicionario ha sido deshecho por una rebelion.

—Quién se lo ha dicho?—preguntó Aguiar queriendo desvanecer la duda en U...—Probablemente el mismo Alcaráz?....

—Y que tenemos encima otra bendita revolución....

—Y todo lo ha sabido usted?...

—Por el mayor Alcaráz...

—Pues, por el mayor Alcaráz tan adicto al gobierno... Si la noticia le hubiese venido por otra fuente.... Pero el mayor Alcaráz exagera...

—No, Sr. Aguiar. Alcaráz es hombre sério y no se mete á decir lo que no es cierto.

—En fin,—contestó don Tomas Aguiar despidiéndose de U...que escuchaba indiferente la interlocución de ambos,—yo no tengo nada que ver con esas cosas y que el ejército se haya ó no se haya desbaratado, que haya ó no revolución para mi es lo mismo. Por ello creo, señor Tejedor, que no se me privará de seguir viniendo á ver á José María en nombre de su pobre madre que qui-

siera tener noticias de él á cada hora.

—Por ahora, don Tomás, puede seguir viniendo. No sé si más adelante...

—Más adelante trataremos de que lo pongan en libertad...

—No sabe usted lo que lo deseo.

—Como todos lo deseamos.

—Señor,—dijo un ordenanza,—el señor Gefe de Policía acaba de llegar.

—Voy....

—Trae varios presos.

—Vuelta á llenarse las crujias.

Y el alcaide, acompañado de don Tomás Aguiar, se dirigió hácia el zaguan de salida encontrando en el camino á fray José de la Trinidad.

—Ya se marcha?—le preguntó á Aguiar, mientras el alcaide seguía hacia la puerta.

—Si.

—Es necesario dar cuenta inmediatamente....

—A eso voy.

Y ambos se dirigieron tras el alcaide; pero al llegar al zaguan fray José de la Trinidad se detuvo como petrificado y con gesto de asombro señaló á Aguiar dos hombres que allí estaban custodiados por celadores:

—Valdivieso! ¡Don Juan Antonio García!—exclamaron con estupefacción.

X

Muerte del doctor don Santiago Rivadavia - Los hilos del complot - Medidas precaucionales - En busca de los conspiradores—El comandante de San Nicolás de los Arroyos - Tres cartas comprometedoras - El general don Juan José Viamont—El ejército expedicionario—Las especies propaladas - El Comandante Rozas y el Coronel Dorrego—Medidas del diocesano—Cisma entre los frailes.

Hallábanse en el salón de despacho de la Fortaleza, en las primeras horas de esa mañana, don Bernardino Rivadavia quien con el oficial mayor don Juan de la Cruz Varela se enteraba y resolvia en un cúmulo de pliegos y cartas; mientras don Manuel García, don Joaquin Achaval y el mayor Alcaráz comentaban en voz baja el acontecimiento del día que lo era la muerte del doctor don Santiago Rivadavia, hermano de aquél y una de las personalidades mas descollantes en el parlamento de aquella época.

—Buen patriota, buen amigo, buen ciudadano, —decia el doctor García aludiendo á las cualidades del extinto,—y si en varias ocasiones se separo de nuestra ruta nadie como él supo ahogar las pasiones personales en aras de la tranquilidad y bienestar de la patria.

—Probado lo hubo el año 20 cuando combatió primero al gobierno de Rodriguez y lo apoyó despues por creer que convenia á esa misma tranquilidad.—añadió Achaval.

—Y mas probado cuando presentamos el proyecto de *Ley de olvido* que fué el primero en apoyarlo y el primero en defenderlo apesar de que con él salian ganancioses muchos de sus

enemigos. Aun resuenan en mis oidos sus brillantes frases cuando sostuvo la extinción de las casas de regulares. "Llevan en sí el gérmen de su propia destrucción porque no están hechos para la inmortalidad".

—Por lo que tanto contra él dijo en *El Oficial de dia*, ól ya tambien fenecido fray Cayetano Rodriguez.

—Lo que no obstó para que se opusiera al tratarse de la Ley de imprenta á que se sancionara la censura prévia.

—Como se opuso á que el eterno conspirador Tagle dejara de ser juzgado por sus jueces naturales. Invocando la divinidad sostuvo que era mas agradable al Dios misericordioso el procedimiento de la verdadera justicia, que el de la que solo causaba víctimas.

—He aquí,—exclamó don Bernardino Rivadavia en voz alta, ageno á aquella conversación, —todos los hilos del complot!

—Deveras, Rivadavia?—le preguntó Garcia, aproximándose como los demás, mientras don Bernardino señalaba unos pliegos y unas cartas que tenia delante de su despacho.

—Completos. El comandante militar de San Nicolás de los Arroyos, don Cipriano Ceballos, merece bien de la patria por su acierto y su prudencia. Escribídselo asi, Varela, en nombre del Gobierno.

—Qué ha hecho?—volvió á preguntar Garcia.

—Ya sabeis que desde que los generales Rodriguez y Fernandez salieron para ponerse al frente de la expedicion, hemos recibido numerosas y graves denuncias sobre las ramificaciones de la tan anunciada revolución, tomando por ellas medidas activas y radicales contra lo que pudiera sobrevenir.

—Cierto,—contestó Garcia,—se han cambiado las autoridades de algunos puntos de la campaña que no le merecian entera confianza al Gobierno.

—Y se han puesto en completa actividad, señor

—añadió don Joaquin Achával,—los distintos elementos de que dispongo; pero por mas pesquisas y vigilancia tomadas y llevadas á cabo, aun no hemos podido descubrir.

—Al falsificador de los pasaportes?—preguntó Rivadavia.

—Cierto.

—Yo ya lo sé, señor Gefe de Policia.

—Por qué rara coincidencia...

—No hay tiempo que perder. ¿Conoceis á un pardito que se llama Juan Valdivieso?

—El hijo del negro que asesinó en la cárcel días pasados al cacique *Nicolás* y sus indios? Le conozco, señor. Es un muchacho de acción como lo era el padre.

—Pues ese es el falsificador de mi firma.

—Valdivieso!

—Búsquelo y que lo conduzcan aquí.

—Voy, señor...

—Espere. Imparta las órdenes necesarias para que en el dia marche un rondin compuesto de hombres de confianza y de valor probado para que inmediatamente vayan á la pulperia de Bauza y prendan...

—Iré yo.—dijo el mayor Alcaráz.

—No, mayor; á usted lo necesito para otra comisión. Prenda á todos los que en esa pulperia encuentre empezando por el dueño de ella y con especialidad á un tal Juan Antonio Garcia. Si este no se encuentra alli, que sí se encontrará, pues para hoy es la *reunion*, lo hace buscar en la estancia de don Faustino Fernandez ó en la chacra de don Pascual Bergara. Todo ello ha de hacerse con el mayor sigílo y prontitud. Marche don Joaquin.

El Jefe de Policía salió apresuradamente.

—Usted, mayor,—dijo Rivadavía,—dirigiéndose á Alcaráz,—tiene á su cargo la instrucción del batallón de *veteranos*?

—Sí, señor.

—¿Ha llevado muchos presos de la cárcel?

—Pocos, señor.

—Pues fíjese que hasta en la cárcel hay complotados contra el Gobierno.

—En la cárcel?

—Sí. Con pretestos y engaños y hasta con nombres supuestos han entrado allí elementos que en un instante dado servirán á los planes de esos hombres. Vea, de las chacras de Tagle, de Guerrero y de otros hay peones presos con el objeto de sublevar á los demás.

—Es necesario...

—Sí, es necesario que hoy mismo indague quiénes son, los saque de allí y los lleve á su cuartel.

—Yo le aseguro á V. E. que no quedará ni uno. ¿Nada mas, señor?

—Nada mas por hoy. Asegúrelos bien para poderles tomar declaracion.

El mayor Alcaráz salió.

Durante las órdenes dadas al gefe de Policia y al mayor Alcaráz, don Bernardino Rivadavia se paseaba nervioso por el salon. Despues que estos se fueron, exclamó:

—La revolución está aplastada, perdida, hecha añicos!

—Ese Ceballos?...—preguntó Garcia.

—Ha prestado un gran servicio no solo á nuestro gobierno sino al gobierno de Santa-Fé. Hombre suspicaz y receloso llegó á sospechar de uno de esos viajeros que marchan libremente por toda la provincia y se van de ella porque llevan pasaporte con mi firma falsificada. Se trata de un paisano llamado Zacarias quien con frecuencia y sin justificacion aparente iba y volvia de San Nicolás á Santa Fé. Espióle en sus correrias y en sus relaciones hasta que tuvo conocimiento de que era conductor de comunicaciones escritas para una doña Clara Garcia y un tal Manuel Orellano.

De dónde procedian aquellas cartas llególo á saber tambien confirmándose en sus conjeturas cuando supo que ellas le eran entregadas por otro sospechoso llamado Cabral quien á su vez

las recibia en la estancia de don Faustino Fernandez, en la chacra de Bergara y con especialidad en la pulperia de Bauzá donde, desde tiempo atrás hay reuniones de numerosos santafesinos y de gente revoltosa y desafecta á nuestro gobierno y al de don Estanislao Lopez.

Al comunicarme sus sospechas el comandante Ceballos, procediendo con toda cautela, envió chasques á Lopez para que éste interceptara aquella correspondencia.

—Y lo consiguió?

—Con toda astucia se apoderó de ella y ahí la teneis, mi apreciable señor ministro de Hacienda. En ellas, con lenguaje embozado, se instiga al asesinato de Lopez y se habla de que el golpe debe ser simultáneo *aquí*. Esto es, que también se trata de asesinarme.

—Qué cúmulo de iniquidades.

—Y que en Montevideo se fragua otra conspiración para aniquilar á Buenos Aires.

—Por quiénes?

—Por los mismos que tal vez mañana nos pidan nuestro apoyo para libertarse de la sojuzgación extranjera.

—Pero la letra de estas cartas no es la misma de la firma.

—Cierto, el que firma es un instrumento; pero instrumento repugnante y criminal...

—Tagle?

—Tagle?...No es su letra; pero es más que probable que él haya dictado esas cartas. Es tanta la ruindad de su alma,—añadió Rivadavia exaltado,—que quiere el poder adquirido por medio del puñal asesino. El día que vuelva á caer en mis manos...

—Pagará con su vida tanta infamia Rivadavia?

—No lo sé, mi estimado García—contestó don Bernardino, en cuya fisonomía se notaba la lucha latente.

—El general Viamont, señor—dijo un edecán presentandose en el salón.

—Que pase,—le contestó Rivadavia con mirada

interrogatoria á García, que quería decir:—¿No os estrañaba que el general Viamont hubiera dejado de venir antes de ahora?

—Señor Gobernador,—dijo el general don Juan José Viamont al entrar y saludar á Rivadavia, García y Varela, como si coincidencialmente contestara á aquella pregunta,—el estado de mi salud no me ha permitido hasta ahora venir á ponerme á las órdenes de V. E.; pero apesar de hallarme aun convaleciente no hé podido resistir á ello en vista de las noticias que han llegado hasta mí.

—Y qué noticias son esas, señor general Viamont?—le preguntó Rivadavia.

—Cómo, señor!—exclamó Viamont sorprendido.

—¿El señor delegado las ignora?

—Completamente, mientras el señor general...

—Qué hay del ejército expedicionario?

—Que sigue su marcha expedicionaria...

—Sin embargo, yo hé sabido...

—Qué?...

—Que el batallón de cazadores se ha sublevado y que el general Rodríguez se ha visto obligado á cargar sobre él con el escuadrón de *colorados*.

—Nada más?

—Que ha habido gran cantidad de heridos y de muertos....

—Y nada mas?

—En una palabra, que el ejército revolucionario se ha desbaratado y que el general Rodriguez vuelve á Buenos Aires en completa derrota.

—General Viamont,—dijo Rivadavia tomando un pliego de su mesa y mostrándoselo,—esta es la única contestación que puedo darle á las mentiras propaladas por nuestros enemigos, porque supongo que los enemigos del gobierno lo serán del señor general.

—Y suponeis bien, señor delegado,—contestó el general Viamont para exclamar después de leer el pliego que le entregara Rivadavia:—Qué infamia!

—En ese pliego,—continuó Rivadavia,—el señor Gobernador me comunica, como acabo de decírselo, general, que sigue su marcha hácia el desierto con elementos de sobra y con la mayor satisfaccion y entusiasmo de gefes, oficiales y soldados. Por todas partes salen á recibirlo y vitorearlo y los caciques de varias tríbus ya han pactado con él la paz más completa sirviéndoles de guias en sus marchas. Ved la fecha, de apenas hace tres días.

—Gran peso me habeis quitado de encima, señor Rivadavia,—dijo el general Viamont, devolviéndole la comunicación.

—No es allí, señor general,—añadió Rivadavia—donde habrá que temer el menor movimiento subversivo, sino aquí.

—Aquí?

—Sí, la revolución deberá estallar de un momento á otro.

—Yo no le hé dado fundamento á ello, señor Rivadavia,—dijo el general Viamont con fingida indiferencia;—pero encualquier caso, lo repito, el Gobierno puede contar conmigo.

—Pues, hoy mas que nunca son fundados los temores de que la paz interna va á conmoverse.

—Seria un crimen imperdonable,—dijo el general Viamont con tan franca indignacion, que Rivadavia le dijo, mostrándole otros pliegos y documentos:

—Ved, aquí tengo detallado el plan que se proponen esos desquiciadores de la tranquilidad pública. Este que veis aquí, es uno de tantos pasaportes falsificados por ellos, para transitar libremente por toda la provincia. Esta es mi firma, ¿verdad?

—Sí,—contestó el general Viamont observando el documento detenidamente,—vuestra firma innegable.

—Pues es falsa.

—Falsa!

—Sí; pero ya hé dado con el falsificador. Estas otras son tres cartas de un tal Juan Anto-

nio García en las que se revela casi todo el plan de la revolución. Estas dos están dirigidas á su hermana y esta á un comandante que tiene á su cargo fuerzas avanzadas en la provincia de Santa Fe y el que debe esperar la vuelta del general López para asesinarlo. Consumado este crimen, que afortunadamente hemos podido evitar, se conflagraria aquella provincia y tal vez las de Entre Rios y Corrientes y se traerian de allí todos esos elementos para unirlos á los de los revolucionarios de aquí que caerían sobre la ciudad desprevenida y casi desguarnecida como en la actualidad se encuentra dando antes, si posible fuere el mismo golpe aquí que en Santa Fé.

—Cuál, señor?

—No lo adivináis?

—Dudo.....

—Pues no dudeis, general: derramando mi sangre por el puñal asesino al tiempo que la del general López.

—¡Bárbaros!

—Y para todo ello cuentan con los elementos y el prestigio del comandante Juan Manuel Rozas y del coronel Manuel Dorrego.

—¡Manuel Dorrego!—exclamó el general Viamont indignado.—Y quién se atreve á asegurar que Manuel Dorrego está en combinacion con esa gente?

—Estas mismas comunicaciones,—contestó Rivadavia señalando los pliegos y cartas que habia sobre su mesa.

—Señor Rivadavia, yo respondo por el coronel Dorrego,—replicó el general Viamont.

—Yo tambien responderia por él despues de sus declaraciones y promesas hechas aquí mismo,—dijo Rivadavia y como hablando entre sí añadió: Sin embargo, ¿qué se ha hecho despues de haber acompañado hasta Barracas al general Rodriguez?

—De todas maneras, repito, que no creo posible que Dorrego forme parte de tan infame conspiracion.

—Otras cosas mas imposibles estamos viendo en la época que atravesamos, general Viamont· Acardaos de la traicion de Arequito. Observad detenidamente la actitud de ese clero que se opone á su digna organizacion pretendiendo seguir gozando de libertades y preminencias *imposibles*.

—Perdonad; pero á mi ver no es el clero quién tales cosas pretende; no es ese clero honrado y virtuoso que tan fehacientes pruebas ha dado de patriotismo y á quien tantos servicios debe la independencia americana.

—No discutamos ese punto, general. Buenos ó malos de ellos ha venido la oposición á las reformas y de ellos esa prensa que nos hemos visto forzados á suprimir por licenciosa, apesar de toda nuestra tolerancia. De ellos el abuso inaudito de convertir los recintos consagrados á la divinidad en mundanos albergues donde la intriga y la discordia tienen sus últimos baluartes y el escándalo repugnante impera de una manera absoluta. Son los frailes,=continuó Rivadavia con voz enérgica;—son esos hombres con sayal y sin calzones que dicen vivir en la abstracción del claustro consagrados á Dios y solo viven,—¡ironía sangrienta!—conspirando, rebelándose contra toda medida de róden y de moral; incitando al anarquismo y al desquiciamiento de la paz pública; ellos y solo ellos los verdaderos autores de todas estas maquinaciones que hoy preocupan al Gobierno. Les dimos ámplia libertad de defensa en sus órganos de publicidad y solo supieron hacerlo como los verdaderos malvados: con la difamación y la calumnia obligándonos, á pesar de corresponderles con el más alto desprecio, á quebrarles esas armas vedadas. Hoy, general, que la medida se ha llenado del todo, los arrojaremos de esos claustros donde el vicio y la malicia tiene su centro.

—Cómo?

—Con una medida extrema.

—Cuál, señor Rivadavia?

—La secularización en el improrrogable término de ocho días ó salir de estas provincia.

—De esa manera...

—Sí, de esa manera sabremos á qué atenernos. Los que acepten la secularización estarán con los propósitos del Gobierno y los que nó...

—Emigraran para las otras provincias...

—A sembrar...discordias. Ahí llega, casualmente, el doctor don Mariano Zavaleta, que nos dirá el resultado de tal medida:

—La medida, señor Gobernador,—dijo el doctor Zavaleta que entraba en ese momento,—ha sido resistida por muchos so pretexto de que ella venía á desquiciar el órden público; pero siendo como es inquebrantable ha producido un verdadero cisma entre las distintas comunidades.

Fray Raymundo Mutis, Juan Agustin Argüello, Fermin Fernandez, Luis de la Concepción, Francisco Ferreyra, han hecho ya, bajo su firma, eerminante declaración aceptando la secularización voluntaria.

Fray Manuel Rivero ha eludido ponerse mal con el uno y el otro bando diciendo que como él no es fraile de estas comunidades no tiene por qué declararse y se marcha al Perú inmediatamente puesto que de allí procede.

En cambio fray Raymundo Burke, José Benito Pereyra y José Risso, declarándose abiertos opositores radicales de la secularización, prefieren salir de Buenos Aires, lo que harán en breve, á incorporarse á los demás conventos del Tucuman, Córdoba, Corrientes, y con especialidad al de Santa Fé, donde, se asegura, estallará en breve una revolución.

—Esos al menos son francos y merecen por ello todo nuestro respeto,—dijo Rivadavia.

—Lo que si es altamente reprochable,—continuó el diocesano,—es esa especie de *¡sálvese el que pueda!* con que otros muchos han procedido marchándose sin licencia y sin declaración alguna.

—Hácia dónde?

—Hácia la provincia de Santa Fé la mayor parte.

—Puede que les atajen en el camino,—dijo sonriendo don Juan de la Cruz Varela.

—Hasta el Provincial de Santo Domingo! —exclamó el doctor Zavaleta escandalizado.

—Para no volver más?

—Probablemente.

—Loado sea Dios el momento—dijo el doctor García,—en que desaparezcan de aquí todos los que se quejan de las reformas.

—Asi sea,—murmuró el doctor Zavaleta y preguntó dirigiéndose á Rivadavia:—¿Qué tenemos de nuevo, señor Gobernador?

—Por de pronto la grata vísita del señor general Viamont.

—Sea bien venido á *nosotros*,—dijo el doctor Zavaleta acentuando la pruralidad y como si recien lo viera.

—Que si antes no lo hizo fué por hallarse indispuesto,—añadió Rivadavia.

—De la salud del cuerpo, supongo?..

—Y de la del alma ilustrísimo señor.....obispo,—replicó el general Viamont con fina ironia, entendiendo la doble intencion del doctor Zavaleta.

—Aun no consagrado legitimamente—contestó éste con modesta inclinacion de cabeza preguntándole.—¿Y por qué del alma?....

—Por hallarse herido con los dardos ponzoñosos de la calumnia y envenenada por la atmósfera de intrigas que respiramos;—contestó el general Viamont con áspera franqueza.

—Supongo que?...

—Que no me encuentro en el número de los frailes que hacen cisma ni en el de los que huyen sin tener el corage de declararse franca y abiertamente enemigos del Gobierno. Soy soldado y no fraile, señor doctor Zavaleta.

—Yo lo supongo, general y no hay motivo...—murmuró el diocesano tratando de sonreir maliciosamente.

—Motivos hay,—interrogó don Bernardino Rivadavia,—para que el general Viamont pruebe una vez más en su vida de irreprochable patriota la lealtad de sus procederes.

—Y no habrá mérito en ello, pues, soldado de órden y disciplina como lo soy, no haré más que cumplir con mi deber estricto estando á las órdenes del Gobierno cuando llegue la accíón.

—Asi lo espero,—contestó Rivadavia con la misma fórmula expresada al coronel Dorrego; pero cambiando de rumbo á la doble intencion del doctor Zavaleta, le preguntó:—¿Sabe, general, ¿quién es el hombre que gobernaria á Santa Fé en el caso de que desapareciera el *caudillo* Lopez?

—Lo ignoro.

—Vuestro *amigo* el coronel Mariano Vera.

—Mi amigo! Por su traición, me vi obligado á la capitulacion del año 16.

—Otra traición.....

—Que deshonran....

—Pues es el hombre que entraria en breve en juego si, por las causales que acabo de expresarle, Lopez en Santa Fé y nosotros en Buenos Aires, no estuviéramos prevenidos para fallarles el golpe de que habla Juan Antonio Garcia en esas cartas.

—Vera es un dualismo y estoy cierto de que si llega á prestarse á ese abominable complot lo hace en la firme conviccion de que procede bien.

—Algun dia se arrepentirá.

—Si los señores consienten permitidme, señor...—dijo el general Viamont indicándole á Rivadavia que deseaba hablarle confidencialmente.

Rivadavia se acercó á él mientras los doctores Zavaleta, Garcia y Varela, haciendo una muda y cortés inclinacion de cabeza, formaron un grupo aparte.

—El general Viamont con secretos?—preguntó el doctor Garcia.

—Andará desconfiando,—contestó Varela.

—De mí, probablemente,—replicó el doctor Zavaleta haciendo un gesto de menosprecio.

—Es que vuestra indirecta, doctor,—añadió Varela,—ha sido hiriente

—Por creerla merecida.

En tanto seguian hablando el general Viamont le preguntaba á Rivadavia:

—Franca y lealmente, contaís conmigo?

Rivadavia lo miró fijamente:

—Sí, general,—le contestó.

—Puedo entónces permitirme varias preguntas?

—Las que querais, general.

—Sabe, Rivadavia, que los revolucionarios cuentan con elementos poderosos en la campaña?

—Lo sé.

—Y con qué recursos pensais contrarrestar esos elementos?

—Con los que prestrará el general Rodríguez que volverá con su ejército, en primer lugar. En segundo con los que prestarán las autoridades que nos son fieles.

—Aquellos llegarian tarde. Estos son deficientes.

—Mientras tanto nos resistiremos aquí...

—Con qué fuerzas, señor?

—Con cincuenta artilleros que hoy guardan la Fortaleza. Con el batallón número 1, que se encuentra acuartelado en el Retiro...

—Y que no alcanza á doscientos hombres.

—Pero que es mandado por el valiente coronel don Benito Martinez. Los patricios....

—Desorganizados.

—Los cuerpos de voluntarios que acudirán inmediatamente de ser llamados.

—Casi problemático.

—Y bien?—preguntó Rivadavia, esperando le significara su resolución.

—Concentradas esas fuerzas, pocas ó muchas resistiremos aquí; pero en la campaña.....

—Os lo repito: en la campaña resistirá el general Rodríguez.

—Antes que el general Rodriguez llegue á moverse, ya habrá triunfado el coronel Dorrego.

—Con los revolucionarios?

—No; contra la revolnción. Fiad en él, como en mí mismo.

XI

La pulpería de Bauzá—Frailes y mulas—El negro Espeleta—Conjurados—Misa improvisada—El doctor don Gregorio Tagle—El estandarte de la fé—Lopez y Rivadavia—El coronel don Celestino Vidal—Dorrego con los revolucionarios—La revolucion progresa.

Del otro lado del puente Galvez y al pié de un ombú hallábase la casa y pulpería del Coronel don Rufino Bauzá. Era en la madrugada del 16 de Marzo y el Coronel conversaba con varios hombres *puebleros*, mientras el mozo de la pulpería, llamado José Antonio Candia, servia á los de campo el proverbial aguardiente. Un soberbio animal de raza árabe, ensillado á la criolla, tascaba el freno tras la puerta interior de la pulpería y allí, bajo el ombú, echado de rodillas mascullando rezos, con las manos en cruz, un negro ya canoso á quien llamaban Florencio Espeleta, que tal apellido le venia por ser esclavo del que lo llevaba.

—Eche, amigo Candia y no le tenga miedo á los desbordes,—le decia al mozo un gaucho á quien se le iban los ojos tras una gota mas de aguardiente.

—Ni á las inundaciones tampoco,—añadió otro, empinando al descuido la botella por detrás lo que hizo que rebosara el líquido en el baso cayendo en la mesa.

—Por *angurriento* merece que le cobre doble, —le dijo Candia malhumorado.

—Y que yo le iba pagando, mi vida,—contestó el bebedor sorbiendo el líquido de la mesa entre las risas de los otros.

—Y que yo le iba cobrando mi alma,—le retrucó el mozo remedándolo con burla.

—Si yo tuviera con qué.
—*Despilchándolo.*
—Que me dejaba *despilchar.*
—Seré manco.
—Y yo ciego.
—Eh, basta de gresca inútil y cuidado con beber mucho que hoy no es día de emborracharse,—les dijo el coronel Bauzá interrumpiendo la conversación.
—Déme la bendición padre,—le decía en tanto el negro á un franciscano que había llegado junto al ombú, montado en una mula.
—Nómine... pater...—murmuró el franciscano bendiciéndolo y entrando en la pulpería mientras el negro aflojaba la albarda á la mula y la ataba junto al ombú.
—Qué novedades hay por la ciudad, padre?—le preguntó el coronel Bauzá al franciscano.
—Que nos echan, coronel, y yo ántes de que me echen me voy. Sin licencia hé salido anoche del convento, y sin licencia me tomé esa mula en la tahona de Pedro, el *trigueño*, para que de aquí se la devuelvan si es que me prestan un caballo.
—Los caballos andan escasos por aquí, padre, porque los están llevando á Cañuelas; pero mas adelante puede que encuentre.
—Pues me iré en la mula aunque se quede sin ella el amigo Pedro, que debo encontrarse en Santa Fé antes del 24.
—Y los demás, padre?
—Tras de mí vienen como cuentas desprendidas de un rosario casi todas las comunidades de domínicos y franciscanos. Los conventos de la ciudad van á quedarse desocupados.
—Lo veo alterado, padre.
—Y no es para menos, Coronel. Despues de tantos vegámenes como nos ha hecho pasar ese... ¿Estamos entre gente de confianza?
—Todos lo son.
—...ese herege de Rivadavia y ese impio de Zavaleta, que en maldito momento lo nombraron

diocesano... Pero si no es *él*—añadió nervioso,—si es *aquèl*... Ese, ese maldito mulato... ¿No irán con el cuento, Coronel?...

—No tenga miedo, padre; puede soltar el rollo....

—Pues está empeñado en suprimir los conventos y para ello nos obliga ó que nos secularicemos ó que salgamos de la provincia en el improrogable tiempo de ocho días. ¿Usted sabe, coronel, lo que es eso de secularizarse? Es la mayor de las perrerias que hacerse puede con los que profesamos la verdadera y santa religión; eso es obligarnos á que adjuremos de nuestros votos; á que abandonemos la solitaria vida del claustro; á arrojarnos de nuestras silenciosas celdas como si nos dieran—herejes!!—como si nos dieran humazo como á las comadrejas que se quiere echar de sus madrigueras. Nos han robado nuestras rentas y ahora, so pretexto de esas escandalosas reformas, nos echan de nuestros conventos para apoderarse también de ellos. Ya no hay religión, hermanos mios,—añadió con solemne indignación y voz fuerte, moviéndose de un lado para otro,—y no la habrá mientras esos impíos hereges continuen en el Poder..... ¡Abajo los sacrílegos! Viva la Santa Religión!...

—¡Viva!...gritó impulsivamente el negro Espeleta, quien persignándose y con respeto exagerado ayudaba á bajar de sus cabalgaduras á numerosos frailes de distintos hábitos, que iban llegando montados en otras tantas mulas adquiridas probablemente como la del primero, en las atahonas de la ciudad.

—La bendición, padre,—les decia el negro corriendo de uno al otro con las manos en cruz y recibiendo santigüaderas con la más devota unción, mientras franciscanos, domínicos y betlemistas iban entrando en la pulpería en la que armóse luego una de voces fuertes en las que no menguaron protestas y latines y anátemas contra los herejes del Gobierno y los Representantes de la Sala.

Por distintas huellas y caminos fueron á más llegando grupos de ginetes á quienes el coronel Bauza, viéndolos venir, desde la puerta de la pulpería, los iba nombrando y los frailes decrecían en sus voces:

—Aquel es el *riograndese* Viera.....El coronel Ormas.....D. Miguel Araoz.....Calle, que tambien viene el coronel D. Celestino Vidal... y aquel otro es el coronel Rolón...Como no le vaya á pasar lo que el año 20...El cordobés Peralta...Ese capitán reformado es como pólvora mojada; pero suele tener arranques de guapo... ¿Y los García? Y Bernardo Cabral que ha de traer las comunicaciones de *Orellano* á...Tampoco viene el Dr. Tagle...Apeense, señores—les dijo á aquellos, que eran los que llegaban, capitaneando los grupos,—y vayan tomando lugar donde mejor les plazca.

Y al par que los ginetes iban desmontando, el oronel Bauzá los saludaba personalmente y, contestaba á las preguntas que le hacian cuando llegaron hasta ellos murmullos extraños que partian del interior de la pulpería.

Llevados por la curiosidad los que recién llegaban agrupáronse á la puerta y al ver lo que allí pasaba, movidos de respeto y de fervor religioso, sacáronse los sombreros y cayeron de rodillas: los frailes habían improvisado un altar y estaban diciendo misa.

Y no bien terminaron aquellos *oficios divinos* cuando avistóse tras el puente un numeroso grupo de ginetes.

—Ahí vienen!—exclamó el coronel Bauzá que lo divisó primero, y todas las miradas se dirigieron á él.—Son los hermanos García y los señores Guerrero y Fernández.... Allí viene tambièn Bernardo Cabral.... Al cabo tendremos comunicaciones de Santa Fe.

—Y el doctor don Gregorio Tagle? — preguntóle el coronel Vidal.

—Allá lo distingo mas atrás.

—Quién es ese pardito de luto que lo acompa-

ña? Usted lo conoce, don Rufino? — le preguntó el coronel Rolón.

—Y cómo no lo hé de conocer? Ese pardito es una alhaja. A él le debemos el podernos comunicar con toda la campaña y con las demás provincias.

—Poderoso había sido—¿Y cómo se llama?

—Juan Valdivieso, hijo del negro Valdivieso que asesinaron días pasados en la cárcel de la ciudad. Es un prodigio ese muchacho para la pluma. Ha sido educado por los padres jesuitas....

El coronel Bauzá interrumpió sus alabanzas porque en ese momento llegaba el grupo á la pulperia.

Todas las miradas se fijaron en un ginete de barba canosa, semblante descarnado, pálido y rugoso, de cuerpo estrecho y agobiado de espaldas; pero de porte distinguido, y en cuyos lábios finos y mirada altiva vagaba la firmeza de un carácter.

Circuló un murmullo entre los que lo contemplaban que se tradujo muy luego en un:—¡Viva el doctor don Gregorio Tagle!

Pero de pronto se vió salir de la pulperia á los frailes llevando un estandarte negro con una inscripcion roja que decia:—¡RELIGION Ó MUERTE!

—Viva el regenerador de la fé!—gritaron los frailes con voz potente.

—¡Religion ó muerte!—repitieron los demás leyendo con vehemencia la inscripcion del estandarte.

—Padres, — les dijo el vivado Tagles á los frailes sonriendo é imponiendo silencio con la mirada,—dejad los vivas y las justas demostraciones contra vuestros opresores para despues. En este instante no debemos perder tiempo. Haceis falta en Santa Fé. Id inmediatamente y poneos en comunicación con los padres de aquel convento y con el comandante *Orellano*. Mandad comuniciones á las demás provincias. Habeis salido sin licencia? Tomad, ahí teneis las

necesarias para que no interrumpan vuestra marcha las autorides de nuestros enemigos. Marchad, que yo os prometo que en breve, si llegais á secundarnos bien, volvereis á vuestros conventos con todos los privilegios de que gozabais antes.

—¡Abajo las reformas!!

—Id, padres, que cerca de aquí andan patrullas de comisarios y de alcaldes.

Al oir esto los frailes se apresuraron á tomar sus cabalgaduras y á montar en ellas ayudados con respetuosas reverencias por el negro Espeleta quien, apesar del apresuramiento, no los libró de pedirles la bendición uno por uno.

Y ya habían traspuesto el puente cuando el vivado doctor don Gregorio Tagle hizo señas á los principales hombres que allí estaban que fueron entrando en la pulpería mientras aquel hablaba en voz baja con el coronel Bauzá.

Entró tras ellos acompañado de este y les dijo:

—Mis amigos, puedo aseguraros que hoy la revolución se encuentra más poderosa que nunca.

—Qué hay de Santa Fe?—preguntó el coronel Rolón.

—Cabral, aquí presente,—dijo don Juan Antonio García,—me ha traído comunicaciones y en ellas me dicen que el golpe será simultáneo allí.

—Y quién se encargará de Rivadavia?

—Un hombre que lo odia con toda su alma,—dijo el doctor Tagle!—el capitan U...

—Es su pariente,—replicó el coronel Rolón.

—Pero...el capitan U...está preso,—añadió el coronel Vidal, dejando entrever en su gesto y en su voz cierta repugnancia.

—Le abriremos su prisión y ustedes coronel Bauzá, Viera y Rolón se encargaran de ello cuando lleven su gente á la plaza mayor. A usted coronel Vidar, le encargo que ponga todos los medios para sublevar el batallón núm. 1 que está en el Retiro. Si hay necesidad de dinero le daré todo el que necesite.

—Entendàmonos, doctor,—dijo el coronel don

Celestino Vidal, llamando la atención de los demás,—¿de qué se trata?—Con lo que pase en Santa-Fé no me responsabilizo; pero si en nuestra revolución local se trata de asesinar á Rivadavia, desde ya me separo de este movimiento.

Hubo un momento de silencio en el que todas las miradas estuvieron fijas en el doctor don Gregorio Tagle.

—No, coronel,—contestó éste como si le contrariara la indiscreción de la pregunta,—no se trata de asesinar á Rivadavia si no de tomarlo y deportarlo á tierra extraña.

—Y si el capitán U...no se atreve ó no puede replicó el llamado capitán Peralta con voz nerviosa,—lo haré yo.

—Qué sí podrá y sí se atreverá,—murmuró el coronel Bauzá.

—Y qué necesidad hay de que la revolución eche mano de...esos elementos para triunfar?

—Son elementos de verdadera acción, coronel,—le contestó el doctor Tagle.

—Sacados de la cárcel.

—O sacados de la Fortaleza ó del comando de las fuerzas del mal Gobierno, que lo mismo dá,—replicó el coronel Bauzá, aludiendo franca y decididamente á la actitud no muy correcta del coronel Vidal en el anterior complot.

—No es el momento oportuno de discutir los verdaderos motivos que hay para que el capitán U...permanezca aún en la cárcel,—dijo el doctor Tagle, conteniendo la contestación que el coronel Vidal iba á darle á Bauzá.

—Que saliendo de la cárcel,—continuó Bauzá, á quien no lo contenían las miradas significativas del Dr. Tagle,—será capaz de hacer por la revolución lo que....pocos hombres harían.

—Eso estará por verse,—contestó el coronel Vidal perdiendo la serenidad del primer momento.

—¿Se verá,—dijo con firmeza Bauzá.

—Y por fin, Dr. Tagle,—preguntó el coronel Rolón, interrumpiendo aquella discusión que podría traer la división en los allí presentes dado

el reflejo que en los semblante había.—¿Qué tenemos del coronel D. Manuel Dorrego? Dicen que andan por la campaña del oeste reclutando gente.

—Para la revolución, coronel,—contestó el doctor Tagle cambiando con esa respuesta la expresión de todos los semblantes.

—De veras, doctor,—dijo Guerreros,—el coronel Dorrego está con nosotros?

—Tanto el coronel Dorrego como el comandante Rozas quién ya se ha rebelado con su escuadrón de *colorados* contra el general Rodriguez.

—El comandante don Juan Manuel Rozas!

—Sí, y á la fecha el ejército espedicionario se encuentra deshecho.

—Las gacetas del gobierno desmienten la noticia,—repuso uno de los conjurados.—Yo vengo de la ciudad y acabo de leer en *El Centinela*.....

—Es natural que la desmientan; pero ya lo verán cuando lleguen los dispersos.

—Está seguro, doctor Tagle,—volvió á preguntar Don Juan Antonio Garcia,—de que el coronel Dorrego responde á la revolución?

—Tan seguro como que de todas partes nos vendrán auxilios cuando llegue el caso. Dorrego y Rozas, ya de acuerdo, operarán con la prontitud del rayo sobre los que se opongan á la revolucion en la provincia de Santa Fé. Lo repito: tenemos elementos en todas partes; en el litoral, en las provincias del interior y hasta en la Banda Oriental.

—¡Viva la revolucion!

—¡Abajo los malos representantes!

—Abajo el *mulato* Rivadavia!—gritaron los mas con ardientes ecos y ademanes amenazadores.

—Viva la religion!

—Viva! -exclamaron los que se hallaban fuera de la pulperia y repitió el negro Espeleta interrumpieddo las abstracciones del rezo para murmurar:—*¡Religion ó muerte!*

El doctor Tagle aprovechó aquel momento para darles cuenta de los poderosos elementos con que, segun él, contaba la revolución. Si ellos hubieran sido positivos hubiera habido bastante y aun de sobra para conmover la república del uno al otro confin.

Después de ello convino con los revolucionarios allí presentes, las instrucciones y el papel que cada uno desempeñaría para que el *golpe* fuera simultáneo en todas partes.

Y concluyó por decirles:

—Tengamos la más completa fé en el triunfo de nuestra causa. Cada cual á su puesto y cada cual sepa cumplir con su deber.

El doctor Tagle y los demás volvieron á montar á caballo y se alejaron por distintas huellas y caminos.

—Amigos García,—les dijo á don Juan Antonio y á don Pedro el coronel Bauzá,—y tú, Juan Valdivieso, quédense un momento que tengo que hablarles.

—Y si yo no estorbo me quedaré también á esperar á mi *aparcero* Valdivieso, dijo un joven paisano.

—Y por qué has de estorbar, Gervasio López? —le replicó el coronel Bauzá.—Quédate que tú eres de confianza. Pueden entretenerse un rato mientras yo hablo con estos señores.

XII

Por si triunfa la revolución—El Coronel Vera—El Cabildo de Santa Fé—Cambiando rumbos—Habilidades de un falsificador—Sorpresa—Sálvese el que pueda—Prisiones Negando su firma—El pardito Valdivieso—Con las manos y con los pies—Sentencia de muerte—Tras de Bauzá.

Hallábase en el interior de la pulpería el coronel Bauzá hablando en voz baja y aparte con los hermanos García.

El pardito Valdivieso y el llamado Gervasio Lopez jugaban al truco en una mesa del otro extremo.

El negro Florencio Espeleta andaba de mesa en mesa alcanzando los vasos á Jose Antonio Candia, no sin que apurara las heces de aquellos en que bebieran sus paternidades; pero con tal respeto y veneración que antes de hacerlo movia los lábios como si rezara el bendito persignándose despues.

—Lo hé detenido, amigo y Sr. García,—le decía el coronel Bauzá á D. Juan Antonio,—porque hablando dos palabras con el Dr. Tagle nos hemos entendido con respecto á la situación que vendría si triunfa la revolución en Santa Fé.

Ha de triunfar, coronel; no le quepa la menor duda. Yo tengo la más entera de las confianzas despues de las últimas comunicaciones de *Orellano*, á quien conozco y sé cuáles son los elementos con que puede contar.

—Como ya se lo decíamos en las cartas que yo escribí y usted firmó, necesita de muy pocos para sacar de enmedio al *gaucho* Estanislao Ló-

pez. Bauzá diez ó doce hombres decididos que se le atraviesen en el camino, para que no nos estorbe. No se trata de eso sinó de si debemos ó nó dar el gobierno de aquella provincia al coronel Mariano Vera. Hemos comprendido que Vera tiene elementos; pero por un lado le falta talla y por otro no nos infunde entera confianza. No vé que el que, hace un cesto hace ciento: así como traicionó á Viamont bien podría traicionarnos.

—Y entónces, coronel?

—A eso voy mi amigo y señor Garcia. Cambiada la situacion por...

—El asesinato de Lopez...

—... por la *desaparicion* de Lopez convendria entónces no desengañar del todo á Vera; pero sería conveniente hacerle comprender que es mas acertado que se proclame antes el antiguo Cabildo que podria ser compuesto de hombres que respondieran plenamente á la situacion que vendriamos á formar si triunfamos en Buenos Aires.

—No me parece mal lo que dice el coronel,—repuso don Pedro Garcia.

—Y usted qué dice, don Juan Antonio.

Don Juan Antonio Garcia se encogio de hombros, diciendo:

—Yo contal de que desaparezca ese bandido Lopez, todo me parece bueno.

—Pues, entónces, voy á buscar papel y tinta y nos comunicaremos con su amigo *Orellano*,—dijo el coronel Bauzá pasando tras el mostrador.

—Y yo, coronel?—le preguntó Valdivieso que levantó la vista al hacer una jugada y le vió alejarse.

—Tú, espera,—le contestó Bauzá,—tenemos que *hacer* algunos vales con la firma del *mulato* y otras cosas.

Y tras una puertecilla pasó á un corral desapareciendo en la casa.

—Con que tú eres,—le preguntó don Juan Antonio García á Valdivieso que había dejado el juego con su *aparcero* López para dirigirse á la puerta de salida, mientras aquel pedía al mos-

trador un vaso de aguardiente,—el que tan señalado servicio nos está haciendo falsificando la firma de Rivadavia?

—Así parece, señor.

—Y dónde aprendistes tanta habilidad?—volvió á preguntarle García, observando á aquel jóven, casi un niño, de robusta constitucion, frente elevada y en cuyo jesto notábase la soberbia altiva de un orgullo despreciativo.

—En el colegio de San Cárlos, donde aprendí *humanidades*,—contestó Valdivieso yendo á ellos y levantando la altiva frente.

—Pero tan maravillosamente sabes falsificar la letra de Rivadavia?

—Y la de cualquiera. Basta que yo la vea una vez.

—Bueno hubiera sido entonces,—dijo don Pedro á su hermano,—que esas cartas que tú firmas las hubiese firmado Valdivieso falsificando tu letra. De esa manera hubieses podido negar si llegase el caso de que cayeran en otras manos.

—Razón tienes; pero ya es tarde...

Y don Juan Antonio García quedó reflexivo.

—Aunque...—añadió haciendo gestos de inteligencia á su hermano.

—Justo,—dijo éste comprendiendo lo que aquellos gestos querian decir.

En ese momento se presentó el coronel Bauzá trayendo varios papeles tinta y plumas que puso sobre el mostrador.

—A ver, pardito,—le dijo á Valdivieso,—si llenas las firmas de estos vales y copias este oficio con la letra de Juan Cruz Varela....

Valdivieso tomó los papeles y después de leer el oficio indicado por el coronel Bauzá, tomó la pluma y un pliego y se puso á escribir sin hesitar. Los García, López, el mozo Candia y hasta el mismo negro Espeleta fijaron la mirada con asombrosa curiosidad en lo que Valdivieso copiaba imitando la letra del oficial mayor del Ministerio de Gobierno, mientras el coronel Bauzá, colocado tras el mostrador, poseido de la con-

fianza que le inspiraba la habilidad del falsificador, sonreia.

De pronto levantó la cabeza y puso atento el oído: el magnífico caballo que se hallaba atado al palenque habia relinchado.

Dirigióse rápido á la puertecilla del interior, sin que los demás, abstraidos en observar lo que Valdivieso escribia, lo notaran.

Poco despues y cuando los hermanos Garcia exclamaban:

—Admirable!—volvió á aparecer y arrebatando los papeles que habia encima de la mesa y guardándoselos, les dijo, en voz baja y precipitada:

—¡La policia! Quédense á entretenerla mientras yo escondo estos papeles.

—Pero!...—exclamaron los hermanos Garcia palideciendo y con miedo en la fisonomia, mientras Valdivieso y Lopez volvian tranquilamente al truco, Candia á arreglar vasos y botellas y el negro Espeleta se acurrucaba en un rincon en actitud de rezo.

—Compañeros,—les dijo á aquellos el coronel Bauzá,—yo me voy porque es necesario que me vaya y en último caso, si sospechan, sálvese el que pueda!

Y antes de decirlo desapareció por la puertecilla interior cuando ya se oia ruido de armas y de espuelas y se presentaban en la puerta exterior nuevos personajes.

Era don Joaquín Achával en persona seguido de varios comisarios y de numerosos celadores.

El activo Gefe de Policia de la Capital abarcó con una mirada á las personas que se hallaban dentro de la pulperia é hizo un gesto de satisfacción al notar al pardito Valdivieso y á los hermanos Garcia.

—Dónde está el coronel Bauzá?—le preguntó á Candia que seguia arreglando vasos y botellas

—No sé, señor,—replicó el mozo con indiferencia;—salió esta mañanita y aun no ha vuelto.

—Ahí va, señor, al galope,—dijo uno de los

agentes que se hallaban en la puerta, señalando á un ginete que, saliendo por un costado de la pulpería, atropellaba á los celadores y hacia marchar su montado con la velocidad del instante.

—Los que tengan mejores caballos—ordenó el señor Achával,—que sigan á ese hombre hasta que lo alcancen.

—Que lo alcanzaban,—murmuró Candia, mirando con fingido asombro á dos comisarios y cuatro ginetes que seguian tras el coronel Bauzá, que él era el que huia montado en el soberbio animal que preparado estaba junto á la puerta interior de la pulpería.

—Ya te hé de dar yo la *mañanita*—le dijo el Gefe de Policia.

—Pero señor, yo no sabia que habia vuelto...

—A rodear la casa,—mandó el señor Achával á algunos celadores;—y ustedes,—añadió dirigiéndose á los conspiradores,—dénse presos.

—Por qué, señor?—preguntaron los García fingiendo sorpresa é indignación.

—Ya se lo dirán después.

—Y á mí por qué me han de prender?—preguntó el pardito Valdivieso echando mano á la cintura como su *aparcero* López.

—Preparen,—dijo el Jefe de Policía con enérgica entonación á los celadores armados á fusil,—y al primero que haga el mínimo movimiento de resistencia fuego en él. Prèndanlos,—prosiguió dirigiéndose á otros.

—Contra la fuerza no hay resistencia,—dijo López entregando una pistola y un cuchillo que llevaba en la cintura, mientras los celadores tomaban á los hermanos García, al mozo Candia y desarmaban al pardito Valdivieso.

—Ché, ¿á dónde vas?—le preguntó el Jefe de Policía al negro Espeleta que trataba de escurrirse tras el mostrador.

—A mí también?—preguntó el negro con miradas de asombro.

—También.

—Pues...—y el negro dirigió la vista azorado

al estante donde estaban las botellas, tomó una de estas y empinándola rapidamente en su abultada trompa, tragó más que bebió su contenido y arrojándola vacía gritó con fuerza:

—¡Viva la religión!

—Nos habrá vendido Bauzá?—preguntó don Pedro á su hermano.

—No lo creo,—replicó éste.

Pocas horas despues llegaba don Joaquin Achával á la Fortaleza y entraba en el despacho del Gobernador delegado que se hallaba con don Juan de la Cruz Varela y algunos otros empleados.

—Viene solo, señor Achaval?—le preguntó al verlo entrar.

—No, señor,—contestó el Gefe de Policía.

—Valdivieso?....

—Ahi está.

—Juan Antonio Garcia?....

—Los dos hermanos.

Rivadavia hizo un movimiento de sorpresa.

—Los encontré en la pulpería de Rufino Bauzá donde se me habia dicho que habia una reunion de gente sospechosa.... El Coronel se me fué de entre las manos.

—Cuando huia....

—Conspiraba, señor. Además de los Garcia y Valdivieso, hice prender al mozo de la pulpería, á un tal Gervasio Lopez y á un negro esclavo de don Mariano Espeleta que allí se encontraban y que algo pueden declarar de la reunion que hubo antes de que yo llegara.

—Bien, señor Achaval, el gobierno está satisfecho de sus importantes servicios. Haga entrar á don Juan Antonio Garcia.

Y tomó unas cartas que habia encima de su mesa.

Don Joaquin Achaval hizo una seña al exterior y pocos momentos despues se presentaba á Rivadavia un hombre bajo, de formas nerviosas, barba rala y algo gris, un tanto calvo en las entradas del cabello, mirada serena y ademán

tranquilo. Vestía traje de campo, aunque se conocía, por sus maneras distinguidas, que estaba acostumbrado á la la ropa de la ciudad.

—¿Sabe,—le preguntó Rivadavia observándolo —¿por qué se le ha prendido?

—Lo ignoro,—contestó García imperturbable, —porque no han querido decírmelo; pero no me extraña....

—Y por qué no le extraña?

—Porque hoy se prende á cualquiera so pretesto de cualquier cosa. Están tan inseguros los tiempos....

—Es de usted la firma de estas cartas?....— le volvió á preguntar Rivadavia mostrándole las cartas que tenía en la mano.

García miró aquellas cartas, se inmutó, observó detenidamente la firma y contestó tranquilamente:

—No, señor.

—Es suya,—afirmó Rivadavia con impaciencia.

—Hé dicho que nó,—replicó García y ocultando su turbación repuso luego:—Esa es mi firma; pero no es escrita por mi.

—Pues por quién?

—Cómo puedo saberlo? Hoy se falsifican tanto las firmas. Hay quien dice que la del señor Rivadavia anda por ahí admirablemente falsificada.

—Eh!....—exclamó Rivadavia observándolo mas fijamente.—Está bien. Estas cartas irán á manos de peritos y ellos dirán si es su firma ó nó....

—Dicen que un tal Valdivieso, señor....—murmuró García con hipócrita certeza.

—Basta, señor,—le interrumpió Rivadavia con desprecio.- Retírese.

Don Juan Antonio García miró fijamente á Rivadavia.

—Señor Gobernador delegado,—le dijo haciendo una transición,—si es que se busca una víctima para saciar el hambre de la situación presen-

te pueden sacrificarme; pero vuelvo á declarar que yo no soy autor de esas firmas ni sé lo que esas cartas contienen.

Rivadavia hizo una seña con la mano y don Juan Antonio Garcia salió.

—Haga entrar á Valdivieso,—le dijo Rivadavia al Gefe de Policia, cuando desaparecía aquel, volviendo á sus acostumbrados paseos á lo largo del salon que los detuvo al ver al pardito conducido por dos celadores.

—Sáquenle esas cuerdas,—les dijo Rivadavia á los celadores indicándoles las que ataban los brazos de Valdivieso,—y retírense.

—Qué delito he cometido?—preguntó el jóven á Rivadavia sin que lo turbara la personalidad de éste ni el lugar en que se encontraba.

—Cómo te llamas?

—Juan Valdivieso ó el *mulato* Valdivieso que yo no tengo vergüenza en decir que soy hijo del negro Valdivieso á quien asesinaron en la cárcel porque tal vez estorbaba.

—Estorbaba? A quién?

—Qué se yo,—replicó el pardito encogiéndose de hombros.

—Sabes leer?

—Me hé educado en el colegio de San Cárlos, —contestó con orgullo Valdivieso.

—En qué te ocupas?

—En lo que puedo, porque soy pobre y porque en mi pais no hay *hoy* en qué ocuparse.

Rivadavia lo abarcaba con la severidad de su mirada á que el pardito contestaba con sonrisa de menosprecio.

—Dicen que eres un falsificador?

—Eso dicen, — contestó Valdivieso con descaro.

Rivadavia como Varela y los otros empleados lo miraron con asombro.

—Y que estás prestando tu habilidad á los que conspiran contra el Gobierno?—continuó don Bernardino.

—Así será. Se vive como se puede,—replicó Valdivieso en el mismo tono.

El asombro crecia en los que lo escuchaban.

Rivadavia le mostró las firmas de las cartas diciéndole:

—Tú has falsificado esto.

—Eso,—replicó Valdivieso con firmeza y sonriendo:—no lo hé falsificado porque no es una falsificación.

—Luego esta firma?....

—Demasiado sabe el señor Rivadavia que esa es la firma verdadera de don Juan Antonio García.

—Luego lo que tú has falsificado es el texto de las cartas?...

—Tampoco, porque tampoco es falsificado.

A qué me hace esas preguntas cuando tambien sabe que esas cartas han sido escritas por el coronel don Rufino Bauzá...

—Ah! Y el coronel Bauzá está con los que van á revolucionarse contra el Gobierno??

—Yo no hé venido á delatar á nadie,—dijo Valdivieso con despreciativo valor.

Rivadavia se dirigió á su mesa y tomó uno de los pasaportes que mostrara al general Viamont.

—Y esta firma?—le preguntó mostrándole la que había al pié del documento.

—Esa sí y otras muchas tambien,—replicó Valdivieso con el mismo descaro de siempre.

—No lo creo,—le dijo Rivadavia.

—No?—preguntó el pardito sonriendo.—Deme una pluma y lo verá.

Rivadavia se la indicó en la mesa. Valdivieso la tomó, la mojó en tinta y en el primer papel en blanco que le vino á la mano escribió el nombre de *Bernardino Rivadavia* y firmó.

Rivadavia, Achával y Varela exclamaron:

—El es!

—Sabes,—le preguntó el primero,—la pena en que incurren los falsificadores?

—No soy tan ignorante que no lo sepa. Les cortan la mano derecha.

—Eso.

—Y me dejarán despues en libertad?

—Es probable.

—Pues desde yá le manifiesto que seguiré falsificando con la mano izquierda,—y uniendo la acción á la palabra escribió con la mano izquierda el nombre y la rúbrica de Rivadavia con el mismo parecido que lo hubiera hecho con la derecha.

—Te cortarán ambas manos,—dijo Rivadavia, quien, apesar de la severidad de su semblante no dejaba de admirar, como los demás la habilidad de Valdivieso.

—Y me dejarán en libertad? Pues si estoy libre y alguien necesita de su firma,—añadió con mayor descaro,—la haré tan perfecta con cualquiera de mis pies,—y volviendo á unir la acción á la palabra arrojó al suelo el papel y la pluma, despues de mojarla en tinta y tomando ésta diestramente, primero con los dedos del pié izquierdo y luego con los del derecho volvió á escribir con igual exatitud el nombre y la rúbrica de Rivadavia.

—Has firmado tu sentencia de muerte,—le dijo Rivadavia después de un momento.

—Y qué me importa!—exclamó Valdivieso sarcasticamente encogiéndose de hombros, añadiendo, con embozada amenaza.—Puede que algun otro mulato como yo sucumba antes.

—Llévelo á la cárcel y que lo pongan incomunicado,—dijo Rivadavia al Gefe de Policía sonriendo despreciativamente de su descarada insolencia.

—A la cárcel!—exclamó Valdivieso irradiando en sus ojos destellos de odio....Allí están los asesinos de mi padre....¡Viva la patria y la religión!

Y salió con la misma soberbia altivez con que había entrado.

—He ahí una fiera que si pudiera domesticarse podría llegar á ser útil á su patria,—dijo Varela.

—Los malos instintos se ocultan con la edución; pero no desaparecen, mi estimado doctor.

Ese muchacho elevado á otra esfera de la sociedad sería un malvado de guante blanco,—dijo don Bernardino á don Juan Cruz Varela y añadió, dirigiéndose al Gefe de Policía que esperaba órdenes:—Que lo incomuniquen también á ese García; que se nombren peritos que reconozcan estas firmas y que se pase su causa al señor juez que corresponda.

—Doctor Cossio.

—Bien, diríjale una nota, señor oficial mayor, en la que el gobierno pide la mayor actividad posible en la formación y sentencia de esa causa. Vea, señor Gefe, si hubiese podido prender á Rufino Bauzá su pesquisa hubiera sido completa.

—Mandé tras él diez hombres montados en buenos caballos; pero dudo de que hayan podido alcanzarlo.

—Por qué?

—Porque el que llevaba Bauzá es un rayo en la carrera.

—Mande chasques inmediatamente á las autoridades de la campaña para que prendan á Bauzá donde lo encuentren. Ese hombre es otro de los conspiradores temibles,—hay pruebas y la justicia será inexorable con él.

XIII

De tal palo... La divina Astrea - Valdivieso en la cárcel—Su procedencia—Curiosidad de mujer—Impulsos filiales—Pepa—Agradecimiento y Amor—«Puedes contar con él»—Siguen los preparativos—En el Fuerte—En el teatro—Calma precursora—La campana de Cabildo.

Cundió en la cárcel la voz de que había tenido *entrada* el hijo del negro Valdivieso y como gozaba de igual si no de mayor fama que su padre en el manejo del cuchillo,—de tal palo tal astilla,—desearon darle la bien venida aquellos que ya lo conocían y conocerlo los que solo sabían de él por lo mentado.

Pero no consiguieron su objeto con la premura deseada pues que permaneció incomunicado así como su *aparcero* López, el mozo Candia, el negro Espeleta y los dos hermanos García hasta que la justicia les tomara las declaraciones necesarias y se observaran todos los demás requisitos.

Rápida anduvo la *divina* Astrea, en aquel recomendado trance (que siempre las recomendaciones, según de quién vienen, producen sus efectos) finiquitando el procedimiento con tan sorprendente diligencia que en día y medio se tomaron las predichas declaraciones, se hicieron los informes de peritos, contratando de manera indiscutible que las firmas de las cartas eran genuinamente propias de la letra y rúbrica de don Juan Antonio García, aunque éste siguió negando á pié juntillo, reagravando su causa con tal motivo, pues que á la afirmación de los peritos se agregaba la más importante aun del mismo Valdivieso y la del mozo Candia que confesó aber lo visto firmar.

Y no afirmaba el pardito por temor ó por odioso impulso de denuncia que si don Juan Antonio García le hubiese manifestado sus intenciones habría cargado voluntariamente con aquella otra *falsificación* como con toda franqueza declaró ser el autor de las *otras*, sino por tener la convicción de que Rivadavia, como los hombres de la justicia, estarian enterados de la verdad. De lo contrario, ¿qué le habia de importar una falsificacion más ó menos?

En libertad de comunicarse con los demás aunque con remachados grillos y gruesa cadena, recibiósele con agasajos relativos á aquella esfera y á aquel ambiente, llegando su fama de mozo cuchillero y adoctorado hasta las crujias del otro sexo, donde las escudriñadoras de nacimientos ocultos aseguraban que aquel *pardito lindo* era hijo de algun descuido que tuvo una de las renombradas señoronas con el negro Valdivieso. Y tanto llegóse á hablar de aquel portento que Pepa, sin conocerlo aun personalmente, le dijo á su amante:

—Es necesario que te apresures á contar con él;—pero ya se le había adelantado el seráfico padre fray José de la Trinidad quien, desde que lo vió entrar á la cárcel sabía el elemento poderoso de acción que se les había venido á la mano, como así mismo la importancia que para él tendrían sus relaciones roferentes á los últimos planes de la revolución. Y don Juan Antonio García? Oh, lo que es á ese como á su hermano don Pedro no habia cómo preguntarles porque, como personas decentes, los habían pasado á otra cárcel donde permanecerían incomunicados hasta Dios sabe cuándo. En cambio por allí andaban el mozo Candia y Gervasio Lopez, y el negro Espeleta el que, desde que lo soltaron al patio y vió á su paternidad, después de pedirle su correspondiente bendición, se le pegó de tal modo que parecía la sombra de su cuerpo.

Puesto en comunicación y dado muestras de su agradecimiento á los compañeros de cárcel

Valdivieso ni pensaba en la terrible pena que por falsificador y cómplice revolucionario se le impondria,—que sólo ansiaba verse frente á frente de los odiosos asesinos de su padre y encontrar una ocasión propicia aunque mas no fuera que de azotarles el rostro con la misma mano que irían á cortarle.

Ya había llegado á oídos del cacique la presencia del hijo de su víctima y allá, en un rincón del último patio, hablaba con sus indios, aherrojados como él, de su próximo suplicio y de las intenciones que aquel llevaría á la cárcel.

Verlo Valdivieso, y medirlo con todo el ódio de su alma filial; encogerse como el tigre que va á lanzarse sin articular sonido; apartar con la dominacion del gesto mas que con la accion á los que rodeaban al cacique; caer sobre él y golpearlo en el rostro con los gruesos eslabones de la cadena adherida á los grillos de sus piés, todo fué instantáneo; pero tambien lo fué la sorpresa y aunque el cacique quedó aturdido del choque y Valdivieso continuó golpeándolo, los parciales de aquel acudieron y mal lo habria pasado el valiente pardito, apesar de la ayuda que su *aparcero* y el mozo Candia le prestaron, cuando se vió á un viejo gaucho que arremetió á los indios armado de una macana tan diestramente manejada que no quedó indio con ganas de combatir.

Y mientras por todas partes se oian los gritos de:—¡Se matan! ¡Se matan!—acudiendo por ellos la guardia, los carceleros y aun el mismo alcaide, los que aquello presenciaban exclamaron señalando al viejo:

—¡El verdugo!

—Qué hay?—preguntó el alcaide dirigiéndose al asi llamado.

—Hay,—respondió el viejo señalando á los indios,—que esos canallas han querido hacer con el hijo lo que hicieron con el padre.

—Pues al encierro con ellos,—dijo el alcaide dirigiéndose á los carceleros que los tomaron y

los llevaron á una crujía sin hacer caso de sus protestas y explicaciones.

Mientras tanto Valdivieso de pié y vagando por sus labios una sonrisa de plena satistaccion dirigió la mirada agradecida al viejo; pero encontróse muy luego con la de Pepa, quien como otras presas habia acudido al desórden.

Valdivieso erguido, cruzado de brazos y en actitud despreciativa por todo lo que lo rodeaba, sintióse extremecer en el calor de aquellos ojos.

¿Era aquella mujer la renombrada Pepa; la querida del bravo capitán U.....cuyo amor llevólos hasta el intento de sacrificar á su anciano esposo?

No podría ser otra porque ninguna otra de las que allí acudieron compararse podía con ella por su hermosa cábellera, por sus miradas de fuego, por su apostura varonil y atrayente y dominante, que ya conocía de oidas.

Su vista quedóse fija en ella hasta que la guardia mandó á las mujeres que volvieran á su *cuadra* y encontróse solo con sus amigos y el *verdugo* á quien tendió la mano diciéndole:

—Gracias, viejo y si la suerte me libra ya sabe que puede contar con un hombre en cuanto quiera y diga.

—Y si la suerte no lo libra, Valdivieso,—le contestó aquel mirándolo con reflejos de tristeza, —¿sabe quién estará obligado á cumplir la sentencia que lo condene?

Valdivieso mirólo con muda interrogación viniendo luego á su memoria el nombre que le dieran cuando cayó sobre los indios.

—Usted!—exclamó y repuso sonriendo:—Vea la ironía del destino...

—Yo,—contestó el verdugo;—yo que hé sido amigo de su padre y que comprendiendo los nobles sentimientos que lo guiaron al atropellar á esa chusma despreciable no pude contenerme. Yo que veo en usted el recuerdo de un hijo que me arrebató la suerte y que....—agregó enjugando bruscamente con el dorso de la mano la hu-

medad que velaba sus pestañas,—no me prestaré á ajusticiarlo ni aunque me fusilen!

Y allá en el primer patio junto á la desvencijada escalera que daba acceso á las crujías altas hablaba Pepa con el capitán U...y fray José de la Trinidad acompañado del impertérrito negro Espeleta.

—Difícilmente podremos ahora contar con Valdivieso,—decía el ex-capitán.

—Así lo creo,—afirmó fray José de la Trinidad lanzando un suspiro.

—Porqué?—preguntó Pepa.

—Porque al verdugo le debe el haberse librado de los indios y el verdugo me aborrece,—repuso U...

—Y qué tiene?...—volvió á preguntar Pepa indiferente.

—Que como el verdugo no estará conmigo es probable qne Valdivieso por agradecimiento á él tampoco lo esté.

—Pues yo creo...

—Qué?...

—Que abora más que nunca puedes contar con él,—dijo Pepa con todo aplomo y firmera

—Con Valdivieso?

—Sí y con los amigos de Valdivieso.

—En qué te fundas?—le preguntó el ex-capitán con estrañeza.

—Y qué se yó?... — replicó Pepa riendo y encogiéndose de hombros.—Lo que yo sè es que ese hombre hará todo lo que tú quieras.

Fray José de la Trinidad que la estaba observando con la misma estrañeza que el capitán se dió una palmada en la frente como si tuviese la seguridad de haber resuelto el problema y, riendo también, dijo maliciosamente:

—Es mucha la penetración de las mujeres.

—Y después la de los frailes, ¿verdad, fray José?

Y los dos rieron mientras el ex-capitán los miraba con estrañeza sin comprender el objeto de aquella risa.

—Yo creo ahora lo mismo que Pepa,—dijo su paternidad.—Abórdelo, capitán, y no le quepa la menor duda que el éxito será seguro. Ese hombre es nuestro...

—Ignoro por qué,—dijo el ex capitan,—me repugna...

—Tantas repugnancias he tenido yo que vencer en holocausto de nuestra causa, que merezco ser canonizado,—contestó el fraile añadiendo en tono de protesta;—mientras casi toda mi congregación y los que forman las otras comunidades se han marchado á Santa Fé, yo hé aceptado *voluntariamente* la secularización para que me dieran este puesto donde estoy sacrificado y expuesto á cada instante.

—Bien, le hablaré,—contestó el capitan como si nada le importara hacerlo.

—Que yo le hé de echar una manita,—añadió fray José de la Trinidad.

¿Habia adivinado Pepa la impresion que su presencia produjo en el ánimo del falsificador de firmas y cuál era esa impresión?

Fray José de la Trinidad lo había dicho:—la penetración de las mujeres es mucha, y muy tontas tienen que ser aquellas que no saben leer de corrido en la mirada de un hombre y sobre todo de un hombre que las como Valdivieso la miró á ella.

Pero... ¿y Pepa? ¿Sintióse conmovida ó qué sentimiento la produjo aquella muda declaración que solo los ojos la expresan con la verdadera elocuencia del silencio?

Pepa no se dió cuenta de ello sino de que con aquel hombre *podia contarse*... ni siquiera llegó á pasarle por la imaginación que ella pudiera corresponder en lo mínimo al afecto inspirado en un instante, que podía ser firme y noble; pero que nunca podría vencer el que le inspiraba su querido capitán.

Valerse de aquel afecto para convertir en instrumento al hombre sugestionado eso, sí. Y que llegaría hasta el mayor de los sacrificios por ella no le quedaba la menor duda.

Tanto le había dicho en aquella mirada que aun siendo quién era ella tuvo que ocultar su sonrojo.

Y no iba descamínada pues el pardito hablando con su *aparcero* le decía:

—Amigo López, si las penas del infierno son horribles y divinas las recompensas del cielo yo hé sentido en un instante, al mirar á esa' mujer, cuantas penas y cuantas dichas les tienen reservadas al hombre el cielo y el infierno.

—Vaya, amigo, que lo estoy desconociendo. Usted que siempre se demostró tan indiferente...

—Pues ahí verá cómo caen los hombres cuando menos piensan.

—Quién había de creer que en esta cárcel encontraría...

—Mi destino.

—Cuidado, *aparcero*, mire que ahí viene el dueño de esa prenda y pudiera sospechar.

El capitan U..., que era uno de los pocos presos que transitaban libremente por los patios de la cárcel, llegó á ellos, y despues del suceso de esa tarde hablóles de lo demás con éxito tan completo que al separarse Valdivieso, le decía:

—Déjelo por mi cuenta, capitan, que si hay quien nos saque los grillos yo respondo de todos... menos de los indios,—añadió con ódio.

—Con esos no contamos.

—Pues estamos del otro lado.

Mientras allá en la Fortaleza llovian y llegaban por todas partes las denuncias dirigidas á Rivadavia y al Gefe de Policia sobre la fraguada revolucion.

Rivadavia se paseaba solo en su despacho.

Tocó el timbre.

—Dígale al oficial mayor que venga,—le dijo al edecan y pocos momentos despues se presentaba don Juan de la Cruz Varela con quien estuvo trabajando hasta ya cerrada la noche.

—Señor,—dijo el edecan,—hay un chasque que quiere hablar con V. E. urgentemente.

—Hágalo entrar.

Síntióse ruido de espuelas y pasos precipitados y luego presentóse en el despacho un mocetón alto y fornido.

Llegaba jadeante y enlodadas las botas, el chiripá y el poncho. Gruesas gotas de sudor caian por su tostado rostro. Tenía el sombrero en la diestra y al ver á Rivadavia sacó una carta arrugada y:

—Para el excelentísimo señor Gobernador delegado,—le dijo.

Rivadavia tomó la carta preguntándole:

—De dónde vienes?

—De Morón, excelentísimo señor.

—Quien te manda?

—Mi comandante.

—Dónde estaba cuando te entregó esta carta?

—En la pulpería del *rengo* Obregoso.

—Hace mucho que saliste?

—Apenas media hora. El *doradillo* del comandante era como el pampero....

—Era?...

—Si, excelentísimo, *era* porque el pobre no pudo llegar al patio de la Fortaleza. Ahi no mas en la puerta entregó el último resuello.... El comandante me dijo que corriera aun que reventase. Y ha reventado no más.

—Bien,—dijo Rivadavia cuando concluyó de leer la carta y dirigiéndose al edecan que aguardaba en la puerta añadió:—Haga que ese hombre descanse y que se le prepare otro caballo.

—Tengo que volver, excelentísimo?—preguntó el chasque.

—Espera donde te indique el señor,—le contestó Rivadavia, haciéndole seña de que saliera con el edecan.

—¿Sabe Varela,—le preguntó al oficial mayor cuando volvieron á quedar solos,—lo que me comunica el comandante de Moron en esta carta? Que en los Tapiales hay ya reunidos mas de trescientos hombres armados....

—Luego el movimiento?....

—Estallará despues de media noche.

—Pocos son los elementos con que contamos, si el movimiento es poderoso,—dijo Varela.

—Estamos en los instantes de prueba, y ya veremos si contamos ó nó con elementos suficientes para contrarestar la accion de esos hombres.

—Señor,—dijo el edecan,—el alcaide de la cárcel desea hablar con V. E.

—Que entre.

Don Antonio Tejedor se presentó en el despacho con el semblante descompuesto.

—Qué hay, Tejedor?—le preguntó Rivadavia.

—Vengo á comunicarle á V. E que hé llegado á descubrir en la cárcel.....

—Alguna conspiración?

—Justamente. Parece que se trama una revolución afuera....

—Y cuentan con los presos?

—Si, señor; lo hé sabido ahora mismo. En el momento en que entren á la ciudad atacarán la cárcel y....

—Y pondrán en libertad los presos para que les ayuden?

—Si, señor. Venia á comunicárselo á V. E. y á manifestarle que la cárcel no tiene gente suficiente para resistir.....

—Cuántos hombres?

—Diez soldados y un oficial del 1º.

—Son muchos,—dijo Rivadavia produciendo un gesto de admiración en el alcaide. Luego dirigiéndose á Varela le dijo, haciendo crecer el asombro del alcaide:—Que se dén las órdenes inmediatas para que esos diez hombre y ese oficial vengan á la Fortaleza y sean relevados por tres patricios y un oficial. Con esa guardia basta.

—Pero, señor....—replicó el alcaide.

—Yo sé lo que hago, Tejedor,—le interrumpió Rivadavia con severa firmeza, preguntándole despues:—¿Sabe quién se pondrá al frente de los presos.

—Casi no lo he querido creer, señor.

—Quién?—volvió á preguntar Rivadavia impaciente.

—El capitan José Maria U....

—El capitan U!....

—Con quien siempre hé guardado respeto en consideración á....

—Ha hecho mal, señor alcaide....

—Si, señor; comprendo que hé hecho mal y ahora más que nunca pues se trata de atentar á la vida de V. E.

—A mi vida!—exclamó Rivadavia con un movimiento de indignación; pero reponiéndose enseguida repuso friamente:—Ya lo sabia....

Y cambiando una mirada de inteligencia con Varela vinieron á su memoria aquellas proféticas palabras que al aplazarse el cumplimiento de la sentencia de muerte que pesaba sobre su pariente el capitán U...traia *El Argos* de once meses atrás "...no sea que el año que viene haya un nuevo perdón que otorgar *con la pérdida además de otra vida*, ACASO ALGUNO DE SUS PADRINOS"... palabras que pasaron por su imaginación como una nube de sangre.

—Qué debo hacer, señor?—le preguntó el alcaide

—Nada, Tejedor; encerrarse con su familia en sus habitaciones; hacer que los carceleros hagan lo mismo en sus piezas y que no acudan aunque sientan lo que sientan.

Y después de un momento añadió Rivadavia:

—Y nada más, Tejedor. Puede retirarse.

El alcaide salió del despacho con perplejidades de asombro.

—He ahí, Varela, los elementos con que esa gente pretende volvernos al caos del año 20!—exclamó Rivadavia con despreciativa ironía.

—Cuando echan mano de ellos,—contestó Varela,—es porque no tienen otros.

—Y yo,—añadió Rivadavia con la misma expresión irónica,—se los entregó de muy buena gana dejándoles puerta franca.

—Pero esa canalla?...

—De lo que haga *esa* canalla caerá la responsabilidad sobre *aquella* gente.

Varela comprendió entónces el móvil de Rivadavia diciendo:

—Elementos de esa naturaleza desprestigiarían deshonrándola, á la más popular de las revoluciones.

—Pues por eso,—acentuó Rivadavia sonriendo.

—El señor Gefe de Policía,—dijo el edecan entrando tras él Don Joaquín Achaval.

—Qué hay de nuevo, señor Gefe?

—Que acabo de recibir varias denuncias en que se me asegura que pasadas las doce de esta noche entrarán los revolucionarios que ya se encuentran diseminados por distintos puntos.

—Y en la ciudad?

—Tranquilo todo.

—Cuidado señor Achaval.

—Puedo garantizarlo á V. E. Y tan es así que á la función de teatro ya empiezan á acudir muchas familias sin temor alguno. Vengo á preguntar á V. E. si mando suspender...

—Aguarde, señor Achaval. Tenga prevenida toda la policía para que se reconcentre aquí.

—El mayor Alcaràz?...

—Ese está bien donde está; déjelo en su cuartel. Si, como es de suponer, la *asonada* de esos hombres estallara, que se nombren comisiones de vecinos armados para guardar el órden en las manzanas del centro y evitar atropellos.

—El señor inspector de armas don Ignacio Alvarez, — dijo el edecan anunciando.

—Al fin!—exclamó Rivadavia y dirigiéndose al Gefe de Policia añadió:—Vaya, señor Achával, y cuide de que el órden no sea alterado en el teatro. Explore la opinión y si la alarma se propaga suspenda el espectáculo y tranquilice á las familias.

El Gefe de Policía marchó dando paso al anunciada con quien Rivadavia y el oficial mayor Varela conferenciaron largo rato.

Pocos momentos despues de ausentarse de la cárcel el alcaide Tejedor yendo á la Fortaleza con la conocida denuncia de que los presos iban á sublevarse tambien, llegó allí el conspirador don Tomás Aguiar quien pidió permiso á la guardia para hablar con el portero.

—No está el alcaide,—le dijo éste asomando la cabeza por la ventanilla y ha dado órden de que en su ausencia....

—Qué contrariedad!—exclamó Aguiar y añadió:—Y yo que tengo que hablarle urgentemente al capitán....

—A estas horas!

—Y qué importa la hora?.....—Hágame el servicio de avisarle á *misia* Antonia....

—Espere,—le contestó el portero cerrando la ventanilla.

Poco despues la maciza puerta se abrió apareciendo en el ancho zaguán la esposa del alcaide.

—*Misia* Antonia,—le dijo Aguiar,—déjeme entrar un momento que tengo que hablarle al capitán...

—Muy urgente debe ser lo que va á hablarle al capitan,—le contestó la alcaidesa de mal talante,—cuando insiste en hacerlo esta misma noche.

—Tan urgente que más no puede ser, *misia* Antonia,—dijo el señor Aguiar entrando.—Sepa que es probable que mañana el capitán se vea libre...

—Sí?...Los jueces?...—preguntó la incauta alcaidesa cambiando de fisonomía.

—Sí, pues, *los jueces*,—repitió Aguiar.

—Pues vaya y vealo aunque Antonio ha prohibido que entrara nadie en su ausencia...

Aguiar no se hizo repetir la licencia y dirigióse á la izquierda; pero en lugar de detenerse en el calabozo que se hallaba al pié de la escalera subió por ella y golpeó despacio en la puerta de la celda de Pepa, cuya puerta tenia el candado echado en falso.

—José Maria?.... José Maria?....—dijo en voz baja, abriendo el candado.

—Quién?—preguntó la voz de Pepa.

—Yo: Aguiar.

—José Maria está abajo,—dijo Pepa abriendo la puerta de su calabozo.—Qué hay?

—Que esta noche estalla la revolucion,—la

dijo con voz siempre baja y agitada Aguiar,— entre doce y dos. Esté usted en la ventana y cuando vea que la calle de en frente se llene de hombres que irán hacia la plaza dará usted tres golpes en el suelo que ello será avisarlo á José María. Nada mas.

—Y mañana?....

—Mañana estarán ustedes en libertad.

Y don Tomás Aguiar bajó la escalera y golgeó en el calabozó de U....

—Entre quien sea,—se oyó la voz de éste.

—Soy yo,—dijo Aguiar entrando en aquella oscuridad.—No tenemos tiempo que perder. Esta noche estalla... Cuando todo esté dispuesto Pepa dará tres golpes en el suelo de su celda. Tenlo todo prevenido.

—Prevenido está; pero espero que no pensarán hacer la revolución sólo con éstos hombres y con las pocas armas que usted ha traído?

—Armas y hombres te sobrarán en la plaza. Toma.

—Qué es eso?

—No te digo que todo está previsto: las charreteras de mayor de plaza.

—Y mañana lo será,—dijo una voz tras de ellos.

—Eh, ¿quién va?—preguntó el capitán lanzándose á un bulto que había penetrado en el calabozo sin que ellos lo sintieran.

—Soy yo,—dijo la voz, -fray José de la Trinidad.

—Fray José de la Trinidad!

—El mismo. Estoy vigilando.

—Se cuenta con la guardia, padre?—dijo el ex-capitan.

—Imposible por mas dádivas que le he hecho entrever á los soldados y ascensos al oficial.

—Habrá que pelearlos?

—O sorprenderlos.

—Y la campana, padre?—le preguntó Aguiar.

—La campana está en buenas manos,—replicó fray José de la Trinidad quien no se hallaba acompañado por el negro Espeleta.

—Y la gente?

—Toda está dispuesta á ir al mismo infierno ó á atacar el fuerte que lo mismo da. Con el *Mayor de Plaza* á la cabeza esa gente será una legion de demonios, digo mal, de....

—Y las mujeres?

—Las mujeres se quedarán aquí con Pepa á la cabeza para cuidar los heridos, si es que los hay.

—Que los habrá, padre,—dijo el ex-capitan.

—Bueno, hasta *luego*, José Maria,—murmuró precipitadamente Aguiar despidiéndose.

—Dónde?

—En mi casa que yo no soy hombre de armas llevar.

Y don Tomás se dirigió á la puerta de salida mientras fray José de la Trinidad quedóse hablando en voz baja con el ex capitán.

Y allá, en el teatro Argentino propagóse la alarma en apiñados corrillos y confusos runrunes que crecían y decrecían como olas de tempestades hasta que todas las miradas del patio y de los palcos se dirigieron al del Gefe de Policía que apareció en él acompañado del coronel don Manuel Ramirez, jefe de la fortaleza y de los artilleros que la guardaban.

Sonó una voz fuerte y enérgica:

—¡Viva el gobernador delegado don Bernardino Rivadavia!—que fué contestada por aclamaciones y vitores, músicas y aplausos atronadores llegando el entusiasmo al extremo de repetir los vivas las señoras quienes de pié y poseidas de patriótico entusiasmo ondulaban sus pañuelos saludando el nombre del fundador de la educación y de la beneficencia popular.

—He ahí, coronel,— le decía á Ramirez el señor Achával,—á la verdadera sociedad de nuestra patria aclamando á don Bernardino.

Y el palco del Gefe de Policia se atestó de gente que acudía por pasillos, patio y palcos adyacentes ansiosa de la verdad.

Don Joaquin Achával cumplió sus instruccio-

nes. Habló en voz alta y con mesurado y tranquilo aspecto tranquilizó los ánimos exaltados y los espíritus asustadizos y alarmistas; pero la especie de que esa noche estallaría indefectiblemente un movimiento subversivo al órden cundió de nuevo y las familias y las demás personas que formaban el público fueron saliendo, quedando el teatro vacío en el comienzo del espectáculo.

Don Joaquin Achával y el coronel Ramirez volvieron á la Fortaleza.

Ya habia llegado á ella el bravo coronel don Benito Martinez al mando del batallon 1º al que se le habia incorporado la guardia de la cárcel.

Rivadavia decretaba cuando el edecan anunció:

—Los señores generales Viamont y Las Heras.

—A tiempo llegan,—dijo aquel yendo á ellos con el pliego que acababa de firmar.

—Señor gobernador delegado,—dijo Las Heras,—se nos ha dicho que esta noche vá á ser atacada la Fortaleza y venimos á ponernos á vuestra disposición.

—Es cierto, general, y como ya os esperaba, acabo de firmar el decreto nombrándolo, conjuntamente con Viamont, jefes superiores de todas las fuerzas leales al gobierno. Quiero que compartáis conmigo la responsabilidad de esta jornada.

—Sabremos corresponder á esa confianza,—contestó Viamont.

—Pués á la obra!—exclamó Las Heras, pasando con aquel á otro despacho.

—Señor,—le dijo el Gefe de Policía ó Rivadavia,—han llegado algunos vecinos ofreciendo sus servicios.

—Se encuèntran en la Fortaleza el comandante D. José María Rojas?

—Sí, señor.

—Pués, que se armen esos vecinos y marchen con él una parte á instalarse en el Parque y otra se quede á cubrir el baluarte de la bandera y los frentes de la alameda y al río.

Llegaban al despacho de Rivadavia los prohombres del ejército, de la justicia, del clero, del comercio que se hallaban en la ciudad, á ofrecerle sus servicios.

Allí estaban entre los primeros, los generales Alvear, Rondeau, Soler y otros muchos de prestigio y alta graduación *reformados* y sin reformar.... Solo faltaba, de los que prometido habían todo el apoyo de su brazo y su prestigio, el coronel don Manuel Dorrego!

Seria cierta la especie propalada? Estaria Dorrego con los revolucionarios?....

Rivadavia aceptó los ofrecimientos de aquellas personalidades incluyéndolas en el Consejo de Gobierno, en el que con los jefes nombrados por él y el inspector de armas, discutióse largamente la defensa, resolviéndose lo ya dispuesto por aquel: la concentración de fuerzas en la Fortaleza hasta conocer los verdaderos elementos de que disponían los revolucionarios.

Y cuando solo se oia el grito vigilante del centinela y el murmurio que formaban las mareas del inmenso rio, Rivadavia, se dirigió á la terraza, desde la que, acompañado de los generales Las Heras, Viamont, Alvarez Thomas y de los coroneles Ramirez y Martinez, marchó á los distintos puntos donde aquellos habían colocado las fuerzas.

Todos estaban defendidos por numerosas piezas de artillería y dispuesto había cuatro cañones volantes para acudir donde fuera necesario. Los baluartes del frente á la plazá estaban, además guardados por la fuerza del 1°. Los de los costados por vecinos armados. En la parte baja celadores á caballo y tomados por ellos las boca calles adyacentes á la Fortaleza. Solo se encontraban abandonadas las que estaban cercanas á la cárcel....

Poco despues llegaron algunas patrullas que habian ido en descubierta hasta el Retiro, Miserere, Barracas, sin novedad alguna: la ciudad permanecia tranquila.

Transcurrieron varias horas — tres,—en una quietud intensa, en una calma profunda.

—Me parece—dijo el general Viamont mirando impaciente las agujas de su reloj,—que esos hombres no se animan. Van á dar las dos y.....

El general Viamont no concluyó la frase.

—Pues os equivocais,—dijo el general Las Heras, interrumpiéndolo y añadió haciéndole dirigir la mirada hacia el oeste:—mirad; allí hay bultos que llegan por tres puntos distintos y desembocan en la plaza. A preparar la gente, coroneles! —concluyó dirigiéndose á Ramírez y Martínez.

Y no bien concluyó de decirlo cuando pobló los aires el estallido de la pólvora y una fuerte gritería cuyos écos fueron dominados por los vibrantes choques de una campana que tocaba á rebato.

—¡La campana de Cabildo!—exclamó Rivadavia.—¡Qué sarcasmo!

Y tras aquellos choques, confundidos con prolongados *vivas y mueras*, repercutieron los écos de otras campanas; eran las de los conventos cercanos que clamaban por sus fueros. La predicción de fray Francisco Castañeda se había cumplido.

XIV

Sueños de libertad—Fray José de la Trinidad vigilando—La guardia de la cárcel—La señal—¡Viva la religión!—Quédate hasta que yo vuelva—Ataque y defensa—Escapularios y bendiciones—Armas y hombres—Trincheras—¡Fuego!—¡A balazos!—El coronel don Benito Martínez Cincuenta soldados—Promesa dada—¡Fuego cerrado y carga á la bayoneta!—Cuerpo á cuerpo—Los revolucionarios retroceden—Nueva carga irresistible—La campana de Cabildo—Promesa cumplida con sangre—Aquí me quedo hasta que vuelva!—¡ Los revolucionarios rechazados—Traidores y cobardes.

Pepa se hallaba en su calabozo agitada por las palabras del conspirador Aguiar.

—¡Mañana estaremos libres!—repetía y con ansias de espera y desmayos de dichas se agarraba, crispadas las manos y el cuerpo, á los barrotes de la ventana, asomando por ella el rostro con gestos de transiciones violentas.... Nada! La calle desierta....Casi á oscuras...Ni el mínimo ruido...Ni un alma...Pero...¡Si aún era temprano! Temprano?...Si, pues, *á las dos*.... ¡Siglos le parecían!

En tanto el capitánU... envuelto en las oscuridades de la estrecha y húmeda celda, preparaba las armas que tenía ocultas, allí, debajo de su cama, donde nadie registraba *por respeto y consideración*, como decia el alcaide....Recordaba el pasado.—Las palabras del doctor D....—Al menos si muero no me llevarán á la horca como á un asesino....

Pero pensaba en las promesas que habia hecho Aguiar; en las seguridades de éste; en los poderosisimos elementos con que la revolucion con-

taba....En el más completo triunfo.... Convulsivamente colocó sobre sus hombros las charreteras de mayor de plaza que le llevara Aguiar.

Y fray José de la Trinidad, vagaba, al parecer sin rumbo fijo, por los corredores, observándolo todo simuladamente: hablando en voz baja con los presos que no estaban encerrados; por las ventanillas de los calabozos....

Notó de pronto que la maciza puerta de la calle se abria y que la guardia de diez soldados de línea y un oficial salia, reemplazándoles tres cívicos de los que estaban á sueldo y un oficial...

—Pero...pero...—murmuró admirado y gozoso, —ese jefe de policía y demás gentes del gobierno no saben nada.

Y dirigiéndose al alcaide, que en ese momento hablaba con los carceleros:

—Poca guardia tenemos esta noche, Sr. Tetejor,—le dijo.

—¿Qué anda haciendo á estas horas, padre?—le preguntó el alcaide sin contestarle.

—Padezco de insomnio y rezo paseándome en ese aislamiento,—replicó fray José de la Trinidad, señalando los lóbregos patíos.

—Pues, cuidado con el reuma y... buena noche, padre,—dijo el alcaide haciendo una seña á los carceleros que se retiraron; el alcaide hizo lo mismo. Oyóse ruido de llaves y fray José volvió á vagar solo.

Los momentos transcurrian,—cuán lentamente para Pepe que seguía en la ventana, lanzando suspiros que más parecían sollozos, con extremecimientos de recuerdos y luchas de llantos y nerviosidad de dicha.

La vista fija, clava da hacia el oeste pero... nada... hasta que al fin oyó ruidos extraños... qué extraños; los que ella aguardaba con las ansiedades de todo su espíritu; galopes de caballos... choque de espuelas y de armas que se acercaba no con la rapidéz del deseo....

Pegó su rostro convulsivo á los barrotes..... si los hubiese podido torcer para asomar todo

el rostro!... Y aquellos ruidos se acercaban cada vez más hasta que vió venír por las calles de la Victoria y del Colegio, como sombras apiñadas, tropeles de ginetes que gritaban.... Eran ellos, sí, ellos....¡los que venían á sacarlos de aquella cárcel sombría!

Y rápida y escitada golpeó con todas las fuerzas de su pié tres veces en el suelo de su celda; pero creyó que su amante no la oía y agachándose, y aplicando el rostro á las junturas de los ladrillos gritó, con ansiedad de loca:—José María!.....José María!.....Ahí están!....

Gritos de guerra....tiros y ecos vibrantes de campanas llegaron á ella con aturdimientos que más la escitaban, y en la maciza puerta retumbaron choques tremendos que la abrieron con estrépito.

—Viva la religión!—se oyó una voz dominante dentro de la misma cárcel y aquel tumulto de gente á pie y á caballo, inundó los patios gritando:—viva!—y contestando, con estridentes vocinglería:—abajo el mal gobierno!, ¡mueran los hereges!

Y oyóse los choques de martillos que rompian grilletes y cadenas, confundidos con aquellas voces, con el ruido de cascos de caballos, de armas, de campanas....

—Viva la libertad!—gritó Pepa, erguida en la meseta de la escalera.

—Pepa!—exclamó el capitan U... que ya se hallaba rodeado de los asaltantes y de los presidarios á quienes repartia las armas que habia escondido y que al verla subió la escalera para encontrarse con ella.

—Yo te acompaño,—le dijo Pepa.

—No,—la contestó U....

—Temes que me falte valor? Dame una espada ó un cuchillo, un arma cualquiera y pelearé á tu lado,—dijo Pepa en sus febriles ansias.

—No,—repitió el capitan U... con voz imperiosa;—tu presencia estorbaria mi acción.

— José María!....

—Por la primera vez de mi vida te mando que te quedes aquí hasta que yo vuelva,— dijo U... y estrechándola en sus brazos la besó en la boca, separándose de ella para lanzarse á la calle con los conspiradores que vociferaban esgrimiendo, amenazantes, las distintas armas, mientras allá en la torre de Cabildo seguian repercutiendo los vibrantes toques como impulsados por la mano de un furioso...

Al respirar el aire libre el capitan U... sintióse poseido de asombro, de perturbaciones que embarazaban su albedrío....Once meses había permanecido encerrado!.... Pero duró un instante. Montó de un salto en el caballo que le presentaron y sin fijarse en los que lo rodeaban y esgrimiendo la espada, con impulsos del momento, gritó con voz potente:

—Al asalto, compañeros!.... A la sorpresa!.... Viva la patria!

Y se arrojó al escape hacia la Fortaleza seguido por los hombres de á caballo mientras los de á pie marchaban rapidamente por entre los arcos de la recoba.... Y ya en la plazoleta de Mayo se encontraron con el cuerpo de celadores montados que salió á recibirlos.

Encarnizado fué el encuentro; pero irresistible para el temerario capitán U...que acudiendo á todas partes arrolló en un momento á aquellos hombres, arrojados y valientes cuando los mandaba el mayor Alcaráz; pero indecisos en su acción cuando no estaba con ellos el legendario perseguidor de bandidos infundiéndoles su aliento.—Y Alcaráz no estaba allí!...

Y mientras éstos huían se oyó venir por la calle de *Balcarce*, un estrépito de armas y caballos que puso también en dispersión á los celadores y vecinos que allí estaban apostados...Era un refuerzo que les llegaba á los revolucionarios formado de cincuenta gauchos al mando de don Hilarion Castro, el que, uniéndose á las triunfantes fuerzas del capitán U...iniciaron el asalto á

la Fortaleza escalando los fosos á los repetidos gritos de:

—Viva el doctor Diaz Velez!

—Viva el doctor Gazcon!

—Viva el doctor don Gregorio Tagle!

—Abajo los hereges!

—Muera el *mulato* Rivadavia! —que fueron contestados por descargas de fusileria, hechas casi á quema-ropa de allá arriba, tan nutridas y certeras que la caballeria revolucionaria se vió precisada á retroceder tras la antigua recoba de donde contestó á aquellas descargas con fuego graneado, conjuntamente con las de los que yendo por la de la derecha habian tomado posesion da antiguo mercado de los soportales de Escalada formando trincheras con los carros y carretas que allí habia.

Hubo un momento de tregua, el que bastóle al capitan U... para darse cuenta exacta de los elementos con que podian contar y de las principales personas que lo rodeaban.

Allí estaban los coroneles Bauzá y Araoz y don Hilarion Castro que mandaban la caballería, compuesta en su mayor parte de gauchos mal armados; el capitán Peralta y el *veterano* Guerreros. Mas allá, junto á las improvisadas trincheras, los presidarios y un centenar de hombres al parecer de campo, comandados por el coronel don Pedro Viera y el jóven Antonio González... Algunos muertos y heridos gravemente en la plazoleta de Mayo...

El capitan U... movió la cabeza en señal de desagrado y fijó la vista atenta en un emponchado que desde la *vereda ancha* los contemplaba impasible mientras se batieron y que parecía más decidido á alejarse que á acompañarles.

—Quién es aquel que se oculta?—le preguntó el capitan U... á don Hilarion Castro.

—Es el coronel Rolon.

—Y por qué no nos acompaña?

—Porque, segun parece, está esperando á su gente que no viene.

—Ni vendrá,—murmuró el capitan U... mahumorado;—y si no contamos con mayor número...—agregó indicando con la mirada ambos grupos que no llegaban á trescientos hombres.

—Si,—contestó el coronel Bauzá,—las fuerzas que ha prometido Rolón, el que, según veo se aumenta.

—Irá á buscarlas?—preguntó con fina ironía el capitan.

—Y á traernos mas armas y municiones que ya escasean,—replicó el coronel Araoz.

—Pero, en lo que debemos esperarlo todo,—dijo el capitan Peralta,—es en que el coronel, Vidal cumpla sus promesas.

—Cuáles?

—Que el 1º de cazadores de que fué gefe y que ahora debe encontrarse en la Fortaleza se rebele allí dentro contra los hereges y que se presente de un momento á otro al frente de los cuerpos de patricios que hay en la ciudad y de los carretilleros voluntarios.

—Mucho prometer es eso,—contestó el capitán U... añadiendo:—aquellos hombres que están tras las carretas carecen de armas en su mayor parte y en cuanto á municiones.... ¿dónde están las que me prometieron?

—Dentro de poco,—dijo el coronel Bauzá,—llegaran aquí doscientos hombres mas bien armados al mando de Funes. Son los peones del presbítero don Felipe Basualdo.

—Mientras tanto....—dijo ya impaciente don Hilarion Castro.

—Sí,—replicó el capitan U.... irradiando en sus ojos fuego de rencores,—pongamos mientras tanto á raya á esos miserables que se esconden tras los muros de la Fortaleza por temor de que les pase lo que al cuerpo de celadores.

—Viva la religion!—exclamó fray José de la Trinidad que corria de un extremo á otro y que le presentó al capitan U... un mazo de escapularios para que los repartiera entre los revolucionarios.

—Padre!.. —le gritó U....con áspero reproche rechazando el mazo:—no son escapularios ni agua bendita lo que ahora necesitamos si no mas hombres, mas armas, mas municiones!!....

Y enseguida añadio, dirigiéndose á los coroneles Araoz, Bauzá y don Hilarion Castro:

—A la carga de nuevo, señores y esperemos vencidos ó vencedores esos refuerzos,—y se lanzó á la plazoleta de Mayo por la derecha, mientras aquellos lo hacian por la izquierda.

De nuevo sonaron las descargas que se confundieron con el incesante vibrar de la campana; pero ellas partian de las trincheras, del lado opuesto y del frente á la Fortaleza, mientras que de ésta enmudecieron como si nadie hubiera tras sus macizos baluartes.

¿A qué achacar la causa de aquel silencio? Seria desprecio ó seria cierto que, como el coronel Vidal habia asegurado, el 1º de cazadores se habria rebelado?

Esto pensaba el coronel Araoz y adelantó con un piquete de caballeria hasta cincuenta pasos de la Fortaleza; pero se oyó la voz de: ¡Fuego! y no ya con fusileria sino con la metralla de un cañon barrióse, desde el baluarte de ese lado — que lo mandaba el capitan don Sixto Quesada,—el piquete del coronel Araoz, quien muerto su caballo y él ileso, corrió á refugiarse en los arcos de la vieja recoba, desde los que Bauzá y su gente desmontada, seguian tirando á la Fortaleza. Simultáneamente los que se hallaban atrincherados se unieron á éstos y siguieron el fuego sin que les fuera contestado.

En tanto llegaba á la Fortaleza y entraban en ella sin ser vistos por los de afuera, los tres cívicos, y el oficial que estuvieron de guardia en la cárcel cuando fué sorprendida, quienes conducidos á presencia del Consejo dieron cuenta de la gente y los gefes que dirigia el movimiento.

Rivadavia al saberlo mandó llamar á los generales Viamont y Las Heras y al hallarse estos en presencia, con enérgica impaciencia:

—Es necesario, señores,—les dijo,—que esto termine de una vez.

—Señor,—replicó el general Viamont sorprendido de la actitud de Rivadavia,—nuestra gente está estratégicamente colocada y puedo asegurar á V. E. que aunque los revoltosos se multiplicaran no conseguiran asaltar la Fortaleza....

—No es eso, general, si no que por honor propio.....

—No comprendo.....dijo el general Viamont.

—Lo que yo deseo saber,—repuso el general Las Heras con la misma energia que Rivadavia; pero con firmeza,—es si la voluntad expresa del gobierno es que se disuelvan esos grupos á balazos?

—En el acto,—contestó Rivadavia,—y no solamente es esa *la voluntad expresa del gobierno*, sino que el gobierno ordena que se ejecute inmediatamente bajo la responsabilidad de los gefes si así no lo hicieren pudiendo.

—Está bien,—contestaron los generales Viamont y Las Heras y soliendo del gabinete donde se hallaba Rivadavia con el Consejo formaron su plan y llamaron al coronel don Benito Martínez:

—Hay que salir, coronel, á disolver esos grupos y hacerlos desaparecer de las dos plazas,—le dijo el general Las Heras.

—Iré yo, general.

—Cuántos hombres necesita?

—Cincuenta hombres y la oficialidad que quiera seguirme.

—Y promete con tan poca gente hacer lo que se le dice, coronel?

—Lo prometo, general Las Heras, si no muero antes.

—Pues vaya, coronel, y vuelva cuando haya cumplido su palabra.

El coronel don Benito Martinez eligió cincuenta hombres y se ofrecieron á acompañarlo el mayor Hipólito Videla, el 2º ayudante Inocencio Fieres y los tenientes Andrés Burgos y Rafael Segovia.

Con ellos salvó el foso de la Fortaleza, é hízolos formar en batalla frente á la plazoleta y oblicuando una parte á la izquierda, donde se encontraba atrincherada la gente del capitan U... mandó hacer fuego y cargó á la bayonota hacia la recoba.

La gente de Bauzá y del capitán U... contestaron débilmente á esa descarga; pero se adelantaron al ataque... La refriega duró algunos segundos, brava, encarnizada, sangrienta; pero, apesar de los rasgos de valor temerario del capitan U... y de sus prisidiarios, mal armados, entre los que el pardito Valdivieso llegó hasta el heroismo; apesar de las irresistibles atropelladas del valiente coronel Bauzá y de la estrategia puesta en práctica por don Hilarion Castro que pretendió, por distintas veces tomar á los soldados del coronel Martinez por retaguardia, todo fué inútil para ellos, y no solo porque aquellos cincuenta hombres y la oficialidad que los dirigia pelearon con una serenidad y valor á toda prueba, sino porque desde los baluartes del frente y del costado izquierdo vomitaban sobre los revolucionarios el plomo de la metralla que al deshacerlos hizo saltar en mil astillas los carros y carretas con que formaron trincheras.

Retrocedieron palmo á palmo, sin embargo, abandonando tambien los arcos y escondrijos de la vieja recoba de que se posesionó por breves instantes el coronel Martinez y su gente.

Ya aclaraba:—en la plazoleta de Mayo hombres y caballos muertos; moribundos que lanzaban sus últimos ayer; cuajarones de sangre; fragmentos de carros hechos pedazos; paredes destruidas.... En la Fortaleza, coronadas sus alturas por la tropa, por los vecinos armados, que tenían fijas sus miradas en la recoba, donde los soldados de Martinez cargaban sus armas de nuevo.... en la plaza de la Victoria, donde se hallaban,en distintos grupos,los revolucionarios... y mas lejos... al Sur... al Oeste... al Norte... de donde se esperaba surgiera nuevos y poderosos

recursos á los revolucionarios, que no llegaban aunque la campana del Cabildo seguia en sus furiosos choques de rebato.

Las fuerzas del coronel Martinez avanzaron hacia la plaza Victoria: cerca de cien revolucionarios escalaban la Casa de Justicia, tratando de tomar posiciones tras de sus arcos. Un pequeño grupo tras la pirámide se hallaba en actitud de resistencia. En ese grupo se encontraban el coronel Viera y los capitanes U...y Peralta. El coronel Bauzá y don Hilarion Castro habian desaparecido con toda la caballeria, mientras el coronel Araoz se entregaba desarmado.

El coronel don Benito Martinez mandó hacer fuego á discrecion avanzando sobre la Casa de Justicia y sobre el grupo que dirigia el coronel Viera y los capitanes Peralta y U... La lucha duró un instante: los de la Casa de Justicia contestaron con algunos tiros aislados, pues carecian de municiones.

El grupo del coronel Viera y de los capitanes U... y Peralta se batia con desesperacion admirable; pero mal lo hubiera pasado si, cuando ya no les quedaba más recurso que entregarse ó morir uno á uno, no hubiese llegado, á todo escape, un peloton de ginetes capitaneados por el coronel Bauzá el que haciendo retroceder á los bravos soldados del coronel Martinez, puso en salvo al coronel Viera, á los capitanes Peralta, U... y su gente, retrocediendo á su vez hácia la calle del Colegio, mientras el pardito Valdivieso, que formaba parte de aquel grupo, se separó de él y se introdujo en la cárcel.

Y ya se habian entregado los que se hallaban en la Casa de Justicia, cuando aún sonaban los atronadores ecos de la campana y oyóse un grito prolongado y estridente que de la torre venia:

—¡Viva la religión! ¡Religión ó muerte!

—Vaya, ayudante Pieres,—le dijo el coronel Martinez á su ayudante,—y haga cesar ese ruido.

El ayudante, seguido de algunos hombres, subió á la torre y se encontró con que quien mo-

vía aquel alboroto y daba aquellas voces era el negro Espeleta!

Mientras tanto sintióse una nueva carga de caballería...era el último esfuerzo de los revolucionarios; esfuerzo terrible y encarnizado; pero fueron recibidos á balazos y retrocedieron nuevamente, no sin dejar vacilante al mismo coronel Martínez el que, ileso en toda la refriega, recibió en ese ataque una grave herida de bala que le atravesó el brazo izquierdo.

—No es nada,—dijo el bravo militar, á sus oficiales que lo rodearon inmediatamente.—Llevad esos prisioneros á la Fortaleza. Colocad diez hombres en la Casa de Justicia. Tomad todas las bocas-calles y que *la plaza de la Victoria quede enteramente limpia de revoltosos.*

Y pálido, vacilante, corriendo la sangre de su herida, permaneció de pié hasta que observó que todas sus órdenes habian sido cumplidas. Su obra estaba terminada y se hizo conducir entónces á la Fortaleza.

—Señor general Las Heras,—le dijo á este que salió á recibirlo,—vuelvo despues de haber cumplido mi promesa.

—Que habeis sellado con vuestra sangre y como corresponde á los militares de vuestro temple, coronel,—le contestó Las Heras, entregándolo á los cirujanos Argerich y Madera que le hicieron la primera cura, mientras el mismo general Las Heras salió con un refuerzo de veinte y cinco hombres, á las órdenes del capitan José Alvarez, á hacerse cargo de la defensa de la plaza.

En tanto el pardito Valdivieso, cubierto de lodo y sangre, ennegrecido el rostro y las manos llegaba al patio de la crujía de mujeres que permanecían envueltas en el silencio del terror; subió precipitadamente al calabozo de Pepa, que lo miró con espanto, y le dijo:

—Sálvese, *señora*, que aún es tiempo de hacerlo entre ese tumulto.

—Y el *Mayor?*...—preguntó Pepa, refiriéndose á su amante.

—Quién?...el Capitán U...? Ha desaparecido, *señora*,—replicó el pardito haciendo una mueca de desprecio.

—La revolución?...—dijo Pepa anhelante.

—Vencida....Venga, *señora*, huya....Aún es tiempo.

—Nó,—contestó Pepa pasando sus manos por el rostro en ademán nervioso, y como si hablára consigo mismo:—José María me ordenó que me quedase hasta que él volviera y...aquí me quedo hasta que él vuelva.

—Y si no vuelve porque no puede volver?... —preguntó Valdivieso desesperado.

—Entonces será señal de que José María ha muerto y si él muere para mi todo es lo mismo! —exclamó Pepa, con tan sentida expresión que Valdivieso dijo:

—Bendito sea su cariño, *señora!* No hay mas que una mujer en el mundo que sepa amar como usted y esa le ha tocado al capitán U... ¡Feliz él en su desdicha!

Y fué á ocultarse en un rincon del último patio de la cárcel desde el que hasta él llegaban las guturales voces de los asesinos de su padre....

Mientras tanto, el coronel don Pedro Viera y los capitanes Peralta y U.... con un peloton de ginetes corrieron al parque y, creyendo que estaba debilmente defendido, trataron de asaltarlo; pero fueron rechazados enérgicamente.

El coronel Viera se separó de ellos y U... y Peralta marcharon de allí á las casas de los coroneles Rolon y Vidal. Ni Rolon ni Vidal estaban en sus casas.

El uno habia desaparecido hacia seis dias y el otro habia marchado á Barracas por la mañana.

Dónde estaban, entónces, las fuerzas del primero?

Qué se habían hecho las promesas del segundo?

Y el coronel Funes con sus doscientos hombres?

Y los poderosos recursos con que la revolucion contaba?

—Nos han vendido miserablemente,—dijo el capitan U....

—Nó,—gritó Peralta en el colmo de la desesperacion,—han procedido como verdaderos cobardes que rehuyen el peligro....Oh; pero yo les prometo que me hé de vengar.

Y de aquí pasaron á la casa del conspirador Aguiar.

Este no estaba ó se negó tambien!

Se separaron: Peralta á incorporarse á las fuerzas que, segun él, debia tener reunidas el doctor don Gregorio Tagle; el capitan U... plenamente convencido de que lo habian engañado y de que la revolucion estaba vencida, á ocultar la desesperacion de su despecho; á dar un beso á su madre y esperar que la suerte dispusiera de él!

XV

Nuevas alarmas—La llegada de un ginete--Dorrego ante el Consejo—Quién venció a los revolucionario:—Poderosos refuerzos--Marcha de Dorrego a la campaña—Rivadavia exhortando á los vencedores--Renuncia de un Jefe de Policía y nombramiento de otro—Noticias tranquilizadoras--Viera y González--El campanillero mayor—Modo de vengarse de Rivadavia—Fusilamiento de Juan Antonio García.

Pero la revolución aún no estaba vencida, según se creía en la misma Fortaleza.

Rumores de alarmas graves llegaban de la campaña.

Había quién aseguraba que un poderoso grupo de hombres armados se acercaba á la ciudad, comandados por aguerridos y prestigiosos militares.

Pronto esas alarmas crecieron cuando llegaron hasta la plaza y á la residencia del Gobierno, lejanos écos que iban acercándose como rujidos de tempestades por el Sur, Norte y Oeste...y por la calle de la Catedrál se vió venir á un ginete acompañado de otros que se detuvieron al oir la voz de:—¡alto!—que les dió el centinela apostado en esa esquina.

El ginete desmontó cuando ya había acudido el general Las Heras en persona:

—Pase, coronel,—le dijo y añadió, cuando lo tuvo al lado:—El Gobierno lo esperaba anoche, coronel,—dejando entrever en su fisonomía y en su acento, huellas de severidad.

—Quiere acompañarme á ver al Gobierno, general?—le preguntó el llamado coronel sonriendo.

El general Las Heras hizo un movimiento afirmativo y los dos marcharon hacia la Fortaleza, penetrando después en el despacho de Rivadavia que se hallaba aun con los notables personajes que formaban el Consejo.

Todos clavaron la mirada, unos sorprendidos y otros burlones, en el coronel que acompañaba al general Las Heras.

—Coronel Dorrego,—le dijo el general Alvear con maldisimulada acritud,—hace un momento que vencimos aqui el motin revolucionario.

—Y hace algunas horas, general Alvear,—dijo el coronel Dorrego contestando á aquella acritud con una sonrisa indiferente,—que yo hé terminado de desbaratar los planes de los revolucionarios en la ciudad y campaña.

Todas las fisonomias cambiaron de gesto pintándose en ellas la mayor admiracion.

—No se lo decia yo, Rivadavia!—exclamó el general Viamont yendo á estrechar la mano del coronel Dorrego.

—Cómo, Dorrego?—preguntó el gobernador delegado que tambien participaba de la admiracion de los demás.

—Sin batallas campales, Rivadavia; sin derramar una sola gota de sangre; con recorrer una gran parte de la campaña y desmentir personalmente que ni el comandante don Juan Manuel de Rozas ni yo consentiamos en prestar nuestro nombre ni estábamos complotados en ese movimiento, porque el comandante don Juan Manuel de Rozas se encuentra acompañando al general Rodriguez en su expedicion al desierto y yo hé ofrecido cuanto valgo al señor gobernador delegado en servicio de la tranquilidad pública. He ahí cómo hé desbaratado los planes de la revolucion, que á decir verdad, creia contar con poderosos elementos. En la ciudad....

Los ecos de voces se aproximaban tanto que ya sonaban los vivas en las plazas. Aclamaban

un nombre,—el del coronel Dorrego—y por las calles de las Torres, del Colegio, de la Paz y hasta por la Alameda se vieron llegar escuadrones á pié y á caballo y numerosos grupos de pueblo armado.

—Que conteste por mí esas voces,—concluyó el coronel Dorrego señalando á aquellos puntos y dirigiéndose á Las Heras añadió:—General, os suplico que deis la órden necesaria para que los dejen entrar porque son nuestros en cuerpo y alma.

La órden fué trasmitida inmediatamente y desde la terraza de la Fortaleza pudieron ver, los que formaban el Consejo y los demás que allí se hallaban, cuán numeroso era el refuerzo que llegaba. Al asomarse Dorrego se repitieron los vivas á su nombre.

—Compañeros,—les gritó éste haciendo callar aquellos clamores con el gesto y con la voz:—¡viva la conservación del órden! ¡viva el Gobierno legal!

Un viva atronador, que fué perdiéndose con el último de los que llegaron, repercutió en los aires.

—Todos los regimientos de voluntarios de caballería de campaña esperan que yo vaya á buscarlos para venir á la ciudad,—continuó Dorrego, dirigiéndose á Rivadavia;—con esos trescientos ginetes que allí veis, que forman el 1er regimiento de voluntarios, hé hecho yo también mi expedición y espero que la del señor general Rodríguez dé resultados tan satisfactorios como los que yo hé obtenido. Allí están los patricios y aquel otro grupo de caballería son los celadores de campaña. Allí teneis el bravo batallón de carretilleros y hombres de acción del temible barrio de Monserrat. A todos ellos se les ha querido sobornar por los jefes de la revuelta; pero no lo lograron porque no todas las victorias,—añadió mirando al general Alvear con su sonrisa indiferente,—se consiguen desde la poltrona del Consejo.

Y haciendo una brusca transición dijo á Rivadavia:

—Señor gobernador delegado hé cumplido mi palabra y seguiré cumpliéndola.

—Señor coronel Dorrego,—contestóle Rivadavia,—hoy con mayor satisfacción que ayer acepto vuestro concurso. El Gobierno se honra en nombraros desde este instante Gefe Militar de las fuerzas de campaña, á donde podeis marchar con la gente necesaria cuando lo tengais por conveniente.

—Ahora mismo,—dijo Dorrego,—pues al venir aquí ya hé cumplido la misión que me había impuesto.

Y después de una breve conferencia con Rivadavia, saludó á las personas que componían el Consejo, salió de la Fortaleza, acompañado por los generales Viamont y Las Heras y el coronel Ramírez á quien preguntó por el gefe del batallón 1° de Cazadores coronel Martínez que extrañaba no haber visto.

—Se halla en manos de los doctores Argerich y Madera.

—Herido?

—Si.

—Gravemente?

—Felizmente se cree que nó; pero quedará manco. Peleó como un verdadero valiente.

—Como que lo es.

Al volver á aparecer Dorrego en la plazoleta de 25 de Mayo y montar á caballo se repitieron los vivas y clamores á su nombre. Dió las órdenes necesarias á la caballería, á un cuerpo de patricios y otro de voluntarios y se puso en marcha con ellos desapareciendo por la calle de las Torres.

Rivadavia y una numerosa comitiva bajaron á la plaza de la Victoria donde, por órden del primero, ya se hallaban formados los oficiales y soldados que tan bizarramente combatieron y vencieron al mando del coronel don Benito Martinez.—Les dirigió la palabra agradeciéndoles sus

esfuerzos y al felicitarlos por el valor demostrado los exhortó á que siguieran el ejemplo de su bravo coronel.

Gradualmente la plaza de la Victoria y la plazuela de Mayo llenáronse de pueblo que llegaba á victoriar y á ofrecer sus servicios al Gobierno, tanto mas aceptables cuanto que volvieron á llegar noticias de que en la campaña se iban concentrando pequeños, pero numerosos grupos de revoltosos que vendrian en breve sobre la ciudad. El general Las Heras mandó formar con aquellos vecinos un regimiento de 700 plazas que llamóse del Orden y Rivadavia ordenó que á los patricios que habia dejado el coronel Dorrego se les decretara sueldo y marchasen á esperar en su cuartel.

Mientras tanto don Joaquin Achaval y sus comisarios y malparados celadores no estaban ociosos, así como los magistrados de la Casa de Justicia. La cárcel, de donde habia desaparecido la mayor parte de los criminales, volvióse á ver repleta de delincuentes políticos y de tal manera le entró al buen Gefe de Policia la *neurosis* por aprehender *sospechosos* que Rivadavia se vió precisado á llamarlo para ponerle freno. Hubo cambio de palabras y tales fueron que don Joaquin Achával presentó su renuncia la que le fué aceptada, sin tener en cuenta sus valiosos servicios y nombróse en su lugar á don José Maria Somalo, de buenos antecedentes para el Gobierno y de carácter discreto y adecuado á las circunstancias.

Iban llegando noticias tranquilizadoras enviadas por el coronel Dorrego y con ellas el comandante militar de Moron, don José María Casado, al frente del 2º de caballeria conduciendo al coronel don Pedro Viera que habia sido tomado por el teniente Benavente al quererse ocultar en una chacra y al amigo del capitan U.... el valiente jóven Antonio Gonzalez, el que, muy suelto de cuerpo y con todo descaro, aseguraba, á quien queria oirle, que la revolucion no tenia mas ob-

jeto que salvar la Religion de los hereges y tirar al blanco sobre el *mulato* Rivadavia, en tanto que Viera negaba á pié juntillas hubiese ido *voluntario* á la revuelta.

Como Viera y González, dieron en la cárcel otros muchos defensores de la Fé, mientras el Dr. D. Gregorio Tagle. *campanillero mayor*, como le llamaba *El Centinela*, lo debió de haber ocultado el centro de la tierra, pues no parecía por ninguna parte.

Hay quien cuenta que en la noche del 20 estaba D. Bernardino Rivadavia brevemente descansando en su casa de la calle de Defensa, cuando se presentó un desconocido deseando hablarle sigilosamente. D. Bernardino, que no era timorato, apesar de no ser tampoco hombre de armas tomar, recibióle á solas quedándose sorprendido pues que conoció en el disfrazado de *paisano* al jefe del movimiento.

Y esos *diceres* agregan que el ex ministro del general Pueyrredón, cambió con el gobernador delegado la conversación siguiente:

—Vengo á entregarme á Rivadavia para que Rivadavia haga de mí lo que quiera.

—Ya escarmentó, Dr. Tagle?

—Escarmentado estoy, apesar de la injusta prisión que me hizo sufrir S. E. y de cuyos rencores desarrollados en mí espíritu se aprovechó *esa gente* para comprometer mi persona y mi fortuna. Vida ó muerte es lo que espero ahora de Rivadavia.

—Ahí va la vida, Dr. Tagle,—contestóle Rivadavia escribiendo en un papel algunas líneas que le entregó despues de contemplar por algunos instantes el cruel abatimiento en que se hallaba sumido.

—Para Dorrego!...—exclamó Tagle dolorosamente sorprendido, despues de leer lo que aquel papel decía.

—Para el coronel D. Manuel Dorrego,—repitió Rivadavavia sonriendo irónicamente,—y con mi firma auténtica, Dr. Tagle. El manda ahora

en la campaña y él le dará á Vd. el salvo conducto que necesita para volver á su provincia de la que no debió salir nunca.

Y en tanto se cambiaban notas de felicitación entre el general Lopez de Santa Fé y el delegado en Buenos Aires y llegaba á la Fortaleza el gobernador de Entre Rios, coronel Lucio Mansilla, á ofrecer todo su concurso y el de aquella provincia, volvió el coronel Dorrego de su primera expedición *oficial* trayendo un ejército de voluntarios que pasaba de mil hombres.

Disuelto por él los últimos grupos merodeadores la revolución estaba completamente vencida y en viaje hacia Córdoba, con todas las seguridades necesarias, el *campanillero mayor* de los que tomaron por lema revolucionario:—*¡Religión ó muerte!*—y que no supieron morir por salvar la religión.... según ellos la entendían.

—Y para esos prisioneros?...—preguntóle Dorrego á Rivadavia antes de volver á partir á campaña con doscientos soldados que le aguardaban.

—Están hoy bajo la jurisdiccion de otro Poder y este decidirá de su suerte.

Y decidió de ella con tan pasmosa rapidéz que en menos de una semana se condenaron á muerte por los jueces ordinarios Cueto y Cossio, todos los gefes y cabecillas que cayeron en manos de la justicia. Apeladas esas sentencias terribles fueron revocadas en su mayor parte y por destierro para el coronel Viera en mérito de sus servicios por la causa de la independencia americana y de presidio perpétuo para Antonio Gonzalez en mérito de su minoría de edad.

"Cúmplase", le puso el Poder Ejecutivo á esas revocatorias como también lo puso á la que confirmaba la pena de muerte para D. Juan Antonio Garcia á quien, por declaraciones terminantes de peritos y por desdecimientos en sus confesiones *con cargo*, se le probó plenamente ser él el firmante de aquellas cartas á *Clara* y á *Arellano*

sobre el golpe simultáneo al general don Estanislao Lopez y á don Bernardino Rivadavia.

Cúmplase!.... y se cumplió la sentencia siendo fusilado el 24 de marzo junto á los fosos de la Fortaleza, como era de costumbre hacerlo con la mayor parte de los reos condenados á esa pena.

XVI

Cambio de sistema y de temperamento—Los nuevos presos de la cárcel — Un preso voluntario — Venganza y amor—Un careo interesante—Un conspirador de dos caras—No contaba con la huéspeda—Condenados á muerte—«Cúmplase».

El sistema de confianza y descuido desapareció de la cárcel y ello vino, no solo por lo que había acontecido si no porque el nuevo Jefe de Policía, bajo cuya dependencia estaba, le hizo comprender al afable y sencillo don Antonio Tejedor, con formas las más correctas, que ó cumplía con más carácter sus delicados deberes ó se vería en el lamentable caso de pedir su separación del puesto. Y ya no andaban los presos en los patios arrastrando sus cadenas por entre aquel muladar ni las puertas de los calabozos se dejaban entornadas para que los que eran *de consideración* entraran y salieran cuando mejor les placiera. Soldados por todas partes en constante vigilancia; llaveros ojo avizor y el bueno del alcaide, tornado en uraño y rezongón, dando órdenes terminantes al portero Vicente Izaurralde, bajo pena de destitución y encierro, de no dejar entrar al que no fuera de la casa ó al que no fuera para quedarse allí con su correspondiente nota ó al que no llevara licencia justificada de los señores del Gobierno ó Justicia.

Y allí estaba otra vez; pero en una celda apartada, mas vigilado y severamente tratado que todos los damás presos, el capitan U... que había ido allí, no porque lo habían tomado ó sor

prendido, si no de propia voluntad y como si aquella fuera su única querencia.

Cuarem causam?.... hubiera preguntado fray José de la Trinidad, si es que ganas le hubiesen quedado de ser curioso despues de verse desairado en su mazo de escapularios y de aprovecharse de la confusión para correr á su convento y encerrarse *secularizado* á esperar las consecuencias de aquel desbaratamiento.

En primer lugar el capitan U... volvió á la cárcel porque se hallaba poseído de ciegos rencores é instintos de venganza contra don Tomás Aguiar, que lo habia dejado en la estacada y en segundo haberle sido inútiles todos los medios puestos en práctica para ponerse en comunicación con su Pepa, á quien prometió volver á buscarla y no volvió. ¡Que lo dejaba el terrible alcaide don Antonio Tejedor, ni menos doña Antonia Carrera, su bienaventurada esposa, á quien de rebote le tocó la terminante advertencia del nuevo Gefe de Policía.

Y es por ello que, segun cuentan los datos de esta verídica historia, dos dias antes del fusilamiento de don Juan Antonio Garcia y cuando aun estaba caliente el cadáver de la revolucion, escribió una carta particular á su pariente Rivadavia "pidiendo garantías *de su vida* y ofreciendo en cambio delatar todos los cómplices y descubrir otras cosas de suma importancia y hacer sorprender un depósito de sables, pistolas, municiones y 15.000 pesos en oro destinados á la conspiracion".

Y todo eso ñada más que por la vida aunque esa vida volviera á sumirse e las sombrías paredes de una celda penitenciaria y pesara en su memoria el nuevo estigma de delator!....que á tales estremos lo llevara los dobles impulsos del amor desesperado y la venganza anhelada!

Proveyó de conformidad don Bernardino, "siempre y cuando no resultaron falsos los hechos ó hiciera uso de la calumnia para salvarse", y fué á la cárcel desde donde, el juez de 1ª instancia

don Juan Garcia de Cosso, lo mandó llevar á su despacho á tomarle declaración concordante con su promesa y más concordante aun cuando, consiguiendo el propósito buscado, hallóse frente á frente, en un careo, con don José Tomás Aguiar, á quien achacaba ser la causa principal de sus posteriores males.

Así debiólo comprender el sempiterno conspirador cuando, preparándose á la lucha, presentóse moderado, meticuloso y poseído al parecer, de bondadosa aunque lastimera piedad, le dijo, con acento grave y conmovido, olvidando sin duda el familiar tratamiento:

—No olvide V. las veces que lo hé librado de los justos rigores de su anciano padre y de los importantes servicios que me debe por haber interpuesto cuantos influjos hè podido para que saliera bien en el alevoso asesinato de Don Manuel Larrica. Por ello y teniendo presente á vuestra desgraciada madre, cuya desolacion no me hé atrevido á contemplar sin derramar lágrimas, lo conjuro á que no hagais uso de la mentira y á que déis cuenta exacta de todas vuestras acciones como si ya estuvierais en presencia del Supremo Hacedor.

—Y á qué viene ese sermon de cuaresma?—le preguntó U...contemplándole con desprecio,—A qué echarme en cara servicios que no hé recibido? Es con el objeto de que oculte la verdad? Dónde tiene V. las cartas que en más de una ocasion le mandé con la parda Rufina?

—Y para qué esas cartas?...—replicó Aguiar sorprendido.—Esas cartas, señor Juez, las hé roto porque solo contenian lamentos de un desgraciado.

—Esas cartas las ha hecho desaparecer por sus conceptos revolucionarios.

—Señor Juez,—agregó Aguiar con ingenuidad hipócrita,—yo no hé tenido mas relacion con este jóven que la que me une á sus desgraciados padres, y si fuí dos ó tres veces á lo sumo á su prision, siempre á la clara luz del día y sin ta-

pujos, lo hice condolido de la situacion que me pintaba en esas cartas que siento haber roto y en las que me pedia me interesara con algun camarista y con su abogado defensor para que abreviara y saliera bien de la causa que lo tenia en la cárcel.

—No han sido dos—replicó el capitan U... con mayor desprecio,—ni tres ni cuatro las veces que vino á instigarme dándome dinero y armas y ofreciéndome, en nombre de sus compañeros, el puesto de Mayor de Plaza si lograba presentarle mi concurso y el de los presidarios, si no ocho, diez, quince y hasta más de veinte, no solo á la clara luz del día sino á la tarde y á la noche. Si es cierto que yo lo llamaba para interesarlo por mi suerte con algunos camaristas yo lo desafio á que cite el nombre de uno siquiera de los que aseguran haberme visto. No lo hará, señor juez, porque el señor jamás ha tenido influencia con ninguno. Este hombre, que vino á hacerme instrumento de infames ambiciones, engañándome vilmente y pretendiendo ahora esquivar sus responsabilidades, es el que lo sabe todo porque está al cabo de todas las maquinaciones fraguadas.

—Mis antecedentes señor juez...—murmuró Aguiar con aspecto de modesta indiferencia.

—Sus antecedentes vienen desde el movimiento de los patricios,—le interrumpió el capitán, en que tanta sangre de hermanos se derramó; están inscriptos en los anales de los conspiradores de zapa que día tras día conmueven el órden y las instituciones. El fué el que me indujo á la revuelta, manifestándome que los planes de la revolución eran variar el ministro de gobierno, el gefe de Policía y la administración de justicia y el que me sugestionó pintándome, con los colores más siniestros, mi peligrosa situación por el odio que Rivadavia me tiene. Ninguno de los gefes de ese movimiento vino nunca á visitarme á la cárcel. ¿Quién, pues, entónces, me inició en él?....Quién me trajo las armas que

yo repartí entra los presidarios? Quién las charreteras de mayor que todo el mundo ha visto colocadas sobre mis hombros al salir de la cárcel? Es él el que debe confesar la verdad de lo que hay sobre los sables, municiones y 15 000 pesos ocultos, que la verdad está saliendo de mis lábios.

—Señor Juez,—habló Aguiar con toda sangre fría y firmeza,—me ratifico en que solo dos ó tres veces hé ido á la cárcel á visitar á este jóven, con conocimiento del alcaide y otra...., ahora recuerdo, con permiso de la alcaidesa; pero siempre á la clara luz del día. No hablé á ningun camarista, es cierto, porque mis ocupaciones no me lo permitieron ni yo entiendo de esas cosas. Es verdad,—agregó con sentimental entonación —que en los principios de nuestra Revolucion tomé parte en favor de los patricios; pero lo hice por inesperiencia y hoy estoy arrepentido de ello, como lo ha venido demostrando mi conducta ejemplar de hombre pacífico alejado constantemente y con estudio de todas las proporciones que se me han presentado para ingerirme en los negocios públicos y en los empleos. Felizmente,—añadió lanzando un suspiro de satisfacción,—puedo comprobar, con documentos irrefutables, mi completa adhesión y mi decidido apoyo por la presente administracion cuyo Gobernador delegado ha sido siempre para mí una persona venerada.

Ante semejante expresión de hipócrita servilismo U... sonrió despreciativamente.

—Lo que hay, señor Juez,—continuó el hábil conspirador sonriendo también, y dando á su rostro una expresión de cándida bonhomia,—es que este desgraciado jóven me tiene mala voluntad porque la última vez que nos vimos lo reprendí diciéndole... el debe de recordarlo muy bien, que no era modo para salir bien de su estado hablar mal del Exmo. señor ministro don Bernardino Rivadavia y del juez de su causa que tengo entendido lo es V. S. Ese modo de

expresarse fué lo que me obligó á no volver á verlo. Y en cuanto á eso de las armas, municiones y charreteras es más que probable que se las hayan llevado los mismos que lo sacaron de la cárcel. De la revuelta actual nada sé como nada sé de esos sables ni de esos quince mil pesos de que habla este jóven desventurado.

—Estoy pronto á ratificarme en lo dicho, señor Juez,—dijo el capitán U...

—Y yo también,—añadió D. Tomás, encogiéndose de hombros y como si nada le importase la ratificación de aquel.

Firmadas por ambos la confirmación de lo dicho, el juez mandó comparecer inmediatamente al alcaide, la alcaidesa y al portero de la cárcel.

—Conocen ustedes al señor?—les preguntó señalándoles á Aguiar.

—Si, señor,—contestaron los tres.

—¿Desde cuándo?—le preguntó el Juez, á D. Antonio Tejedor,—empezaron á ser asíduas sus visitas á la cárcel?

—Quince ó veinte días antes de que estallara la asonada.

—¿Muchas veces?

—Diez ó doce...

—Y quince y veinte,—añadió *misia* Antonía.

—Más ¡mucho más!—exclamó el portero.

—Por la mañana...á la tarde y á la noche.

—Y hasta tres veces por día...

—No tengo presente...—murmuró el conspirador que se confundia ante la severa mirada del juez.

—Por cierto y con permiso de V. S.;—añadió el portero,—que la noche misma en que estalló la revolución...

—La asonada,—rectifico el alcaide.

—La asonada,—repitió Izaurralde,—se presentó en la porteria diciendo que tenia que hablar con urgencia al señor capitan...

—Al preso,—volvió á rectificar bruscamente Tejedor.

—Yo tenia orden de no dejar entrar á nadie;

pero tanto se empeñó que fui á avisar á la señora.

—Y yo le permiti la entrada,—añadio *misia* Antonia,—porque me aseguró, muy agitado y formal, que al día siguiete iba á ser puesto en libertad el señor capitan...

—El preso,—rectificó por tercera vez el alcaide.

—El preso,—repitio misia Antonia;—lo que me valió que mi marido me reprendiera cuando volvió.

—Basta,—dijo el juez.

Los testigos se ratificaron tambien y los presos fueron conducidos á los calabozos de la cárcel.

Y mientras se concluia la sustanciacion de sus causas y venian las confesiones *con cargo* y se escusaban de ser padrinos del excapitan los generules Las Heras, Alvear y hasta don Vicente Antonio Echevarría teniéndolo que ser el defensor de pobres Dr. Ramon Diaz, se le siguió proceso al capitan reformado don Benito Peralta, quien fuera por encontrarse en estado de lamentable excitacion ó poseido de un pánico furioso, declaró cuanto sabia y mucho mas, incluyendo en el número de los revolucionarios á las mas altas personalidades del pais, que si lo hubieran apurado mucho habria incluido tambien al mismo don Bernardino Rivadavia.

Como en esa época aun no habia en Buenos Aires médicos especialistas en esas *enfermedades*, el capitan don Benito Peralta, contradictorio en sus declaraciones y confesiones, aunque no en la de su accion revolucionaria ni en la de dar el golpe simultáneo contra el tirano Rivadavia, con gravísimos cargos encima, fué condenado á muerto por su juez originario, confirmada su sentencia y mandada cumplir por el Superior Gobierno.

Y como el eterno y sempiterno revolucionario don José Tomás Aguilar se halló contrario en sus declaraciones á las constancias de autos condenósele tambien á muerte; pero fué conmu-

tada su pena por la de presidio perpétuo, que de algo habia de valerle su fino amor y respeto por el Exmo. señor Ministro delegado del Gobierno.

En cuanto al capitán U..... como no probó sus delaciones ni descubrió nada que fuera de importancia no hubo más remedio que incluirlo en la pena capital y pasando el proceso al tribunal de justicia este confirmó aquel fallo de la siguiente manera.

"Visto: con el mérito de la causa y sentencia seguida contra el reo por el homicido de don Manuel Larrica que estaba pendiente ante este superior tribunal en grado de apelación y con lo expuesto por el señor fiscal, se aprueba la sentencia definitiva pronunciada por el juzgado ordinario de 2ª instancia con la calidad que ella contiene y devuélvase remitiéndose primero al Superior Gobierno con el correspondiente oficio".

Y el mismo día y en el mismo instante de recibirse, el Superior Gobierno le puso al pie:—Cúmplase.—*Rivadavia.*

XVII

Dos sentenciados á muerte—En capilla—El alcalde—Un confesor y un cómplice—Mártir de la religión—Recuerdos—*Ella*—Una duda de reptil y una mirada de león—El populacho que espera—ahí vienen!...—Ya los traen!—El *canguelo* y la *jindama*—Que no lo fusilen—Ahí viene el otro!—Serenidad en la muerte—Un grito y un nombre—Ultimo adios—Vida y muerte—Rivadavia devoto.

Y tan de prisa se administraba justicia en estos tiempos que pocos momentos después les notificaron á los reos su ya inapelable sentencia que fué recibida con grandes vociferaciones y protestas por el capitán Peralta mientras el otro la escuchaba diciendo:

—Ese es el último servicio que le debo al amigo de mis padres, aunque no es él el verdadero culpable sino....

Y sus lábios callaron dirigiendo la mirada hacia donde se imaginaba que debería estar encerrada Pepa.

Los reos fueron puestos en capilla pues que al día siguiente, á las diez de la mañana, iban á ser fusilados.

El capitán Peralta ya no era el mismo; á su sobrescitación nerviosa había sobrevenido un decaimiento general, una laxitud completa en su cuerpo y en su espíritu. Enmudeció de pronto y aquel rostro, casi rojo y abultado, empezó á palidecer y á enflaquecerse. Aquellos ojos donde irradiara el fuego de un cerebro calenturiento se nublaban con las sombras del terror. Poco á poco aquella frente, siempre alta y aquellos lábios despreciadores, se inclinaron y de su pecho, movi-

do por las olas del hipo rompió el gemido de la desesperación. ¿Era aquél el hombre que pocos días antes se lanzaba á la pelea desafiando las balas? Era aquel el que estaba resuelto á dar el golpe si el capitán U... *no podia ó no se animaba* y que apostrofaba, con ecos de corage, de cobarde, felones ante el peligro á los coroneles Viera y Rolón porque no acudian á cumplir promesas hechas? Fenómenos de la naturaleza en que el valor como el miedo es siempre relativo.

Mientras tanto, en el capitán U... no había cambiado ni un músculo de su hermoso rostro: altivo, sereno y desdeñoso por todo lo que le rodeaba allí estaba en la capilla, sentado, con los grillos en los pies, fija la mirada incrédula en el sacerdote que murmuraba latines ante la imágen del Señor Crucificado.

Los carceleros y demás empleados que pasaban se detenían en la puerta admirados de la actitud tranquila é indiferente en que el capitán U...permanecía.

—¿Desea alguna cosa?—le preguntó el alcaide, quien apesar de la mala jugada que le hizo sentía por él la consideración y respeto de siempre.

—Tantas deseo, Sr. Tejedor!...—contestó sonriendo el capitán U....

—Siendo posible...

—En primer lugar que le entreguen esta carta á mi madre.

—No quiere que venga?

—Para que se le desgarre más el alma? No, ya me despido de ella en esa carta.

- Bien.

—Despues...quisiera que se me dejase ver á... *esa mujer que está arriba.*

—La verá; pero más tarde.

—Cuándo?

—Cuando lo lleven...Así lo ha dispuesto el Superíor.

—En el momento mismo?...—preguntó U...

—Así ha de ser.

El capitan U...sonrió, haciendo una mueca de desprecio.

—Si creerá Rivadavia—dijo,—él que sabe que no me espanta la muerte, que esa crueldad de última hora vá á amilanar mi espíritu? No ha de tener ese gozo.

Y habló en voz baja con el alcaide señalándole al sacerdote que seguia rezando ante la imágen de Cristo.

—Haré todo lo posible porque venga,—dijo el alcaide conmovido saliendo de la capilla

Quedaron solos el sacerdote y el capitan U...

—Hijo,—le dijo aquel mirándolo de soslayo,—¿por qué no se confiesa?

—Soy buen católico, padre, y lo haré; pero mas tarde. Ahora, voy á descansar unos instantes.

Y con los grillos puestos se dejó caer en la tarima que le servia de lecho.

Pocos momentos despues dormia.

Pasaron algunas horas... Al despertarse dirigió la vista á su alrededor... Allí estaba la imágen de Cristo; pero el sacerdote había desaparecido. En cambio velaba su sueño, con la capucha echada sobre la inclinada frente, ocultas las manos en las anchas mangas, arrodillado, un fraile franciscano.

U...fijó en él la mirada:

—Padre José?—le greguntó.

El fraile levantó la capucha:—era fray José de la Trinidad á quien el capitán había mandado llamar por conducto del alcaide.

Cambiaron una larga y silenciosa mirada.

—Hijo,—le dijo al fin el franciscano con voz de dulce consuelo,—vais á morir como un mártir en holocausto á la santa religión!...

—Más vale asi, padre, más vale así y por eso lo hé mandado llamar: para que me acompañe á la muerte. Solo que, para que el cuadro fuera completo, faltaría...

—Qué?...

—Que viniera con *nosotros* ese hipócrita de Aguiar.

—El es más desgraciado que usted porque ha sido condenado á presidio.

—Vaya, padre, siquiera tengo esa satisfacción.

—En estos momentos, capitán, no debe usted tener rencores,—le dijo fray José con acento de reproche.

—Cierto,—dijo el capitán U...,—porque de tenerlos debería desear á usted igual castigo.

El padre José fingió ocultar su turbación tosiendo.

—Y cómo no lo han tomado, fray José?—le preguntó con acento irónico el capitán.

—Y por qué me habían de tomar si yo no hé delinquido en nada?

Fray José de la Trinidad y el capitán U... volvieron á mirarse largamente y ambos dibujaron en sus lábios una sonrisa.

Cuán serena y bondadosa en la apariencia la del padre José!

Cuán amarga en realidad la de U...!

Este sintió extremecerse de odio hacia ese otro hipócrita, su cómplice, más que cómplice, —su instigador; pero se contuvo diciendo indiferente:

—Y los demás?

—Los demás han sido y serán condenados con toda la severidad de la Ley, como dice Rivadavia; pero...se asegura, como cosa hecha, que habrá clemencia para ellos en el dia de la patria...

Al recuerdo de U.... fué aquel otro *dia de la patria*,—en que él cometiera la heroicidad de vencer al cacique *Nicolás* y su gente.... para traerlo á él como criminal que era á aquella cárcel; sus dudas y su infundado ódio hácia el digno Alcaráz....Su llegada á la calle Victoria y aquel grito de Pepa que todo lo descubriera...

—Y *ella*?—le preguntó á fray José.

—Quién? Pepa?.... Mal; se dice que está enferma por verse encerrada y vigilada más que nunca.

—Y ahí la guardarán hasta que muera?

—No; parece que el Superior Gobierno ha tenido compasión, gracias á las solicitudes de

las damas de beneficencia y que va á ponerla en libertad....

—Libre!

—Mandándola á Bahía Blanca....

—Desterrada!....

—Casi.... Allí es probable que se reponga de sus quebrantos. Ha sido tan desgraciada!

El capitan volvió á estremecerse; sonaba ruido de tambores allá en el exterior.

—Se acerca el momento, capitan,—le dijo fray José de la Trinidad,—valor!

El capitan U.... irguió la frente lanzando una mirada de leon á aquel reptil que le pedía *valor*.... ¡Valor él, cuando nunca supo lo que era miedo!

—Va á prepararse, capitan?—le preguntó fray José sobrecogido de terror ante aquella mirada.

—Si, hágame el servicio de decirle á mi sirviente que venga. Yo sé que un pueblo entero espera verme y es justo presentarme á él como corresponde.

Y era verdad: un pueblo enorme, mayor que el que once meses atrás se preparaba á la ejecución del capitan inundaba las plazas, las recobas, los balcones, las azoteas, esperando á los que iban á ajusticiar..... Dos capitanes eran los reos y se hablaba del valor temerario de ambos... Y aunque el pueblo estaba acostumbrado á aquellos espectáculos, acudia á él por falta de *distracciones* de igual ó parecido carácter como eran las corridas de toros, el *pato* y otras en que siempre se derramaba sangre humana; por haberse asegurado que sería imponente el especto que presentarían los actores principales!.....

Todas las miradas fijas en los arcos de la cárcel, en la Fortaleza, cuyas cumbres estaban cubiertas de militares armados, así como el trayecto que iban á recorrer los reos...y allá...junto al foso, los banquillos!...

Sonaron los redobles de tambores, voces de mando, ruido de armas y aquel populacho lanzando una prolongada exclamación arrójose ha-

cia la cárcel, como cauce que desborda ó rompe el dique que lo detiene, ansioso por contemplar de cerca ó frente á frente los reos, siendo apenas contenido por la actitud de la guardia.

—Ahí vienen!... Ya los traen!...—gritaban de azoteas y balcones, produciendo en los de las plazas un vaiven de olas humanas.

Mil gritos al unísono de uno solo, cuyo sentido sería inabarcable en una sola palabra,—mezcla de indignación y de lástima, de repugnancia y terror, de cuantos sentimientos puede espresar en un grito y en casos tales la pobre humanidad,—dejóse oir: era que habían visto salir á uno de los reos,—al capitan Benito Peralta, —sin poderse tener en pié, sostenido por soldados y sacerdotes, pálido y desencajado....

—Serán los grillos?...—preguntaban aquellos curiosos.

—Cá, —repuso el hijo de la tierra de Maria Santísima, parroquiano del Café de Catalanes,—es el *caaguelo*; á ese *vicho* lo llevan mas muerto que vivo al matadero.

—Pues sabe usted que tiene gracia!—exclamó otro todo mohino como si le hubieran robado la plata.

—Que no lo fusilen!—gritó una voz lastimera y de todas partes repitieron:—¡Que no lo fusilen!

—Eso,—decía el andaluz,—que no lo fusilen ó á lo menos le quiten la *jindama* con un trago de *peñascaró* que arda solo.

Y mientras carcajadas brutales festejaban *la gracia* del hijo de María Santísima, en vano, los sacerdotes y los soldados, trataron de que el infeliz capitán siguiera por su paso la vía de su alvario. Trájose un serón y arrojado en él fué arrastrado hasta el banquillo, entre los murmullos y protestas de aquel populacho que cesaron cuando volvieron á repetirse las voces de:

—Ahí viene el otro!....Ya lo traen!....

Allí venía el capitán U...pero de qué distinta manera:—alta la frente, serena la mirada, son-

rientes los lábios y hermoso como nunca aquel busto de cútis blanco y sonrosado, rebosando vigor y vida; de negros ojos como la ondulante cabellera y el pelo de su lustrosa barba.—Allí venia hacia la calle de la Victoria,—donde fuera derrotado veinte dias antes,—cubierta su cabeza con el sombrero gacho, ajustada á su esbelto cuerpo la elegante chaqueta de alamares cruzados, con pantalon de paño... todo del más oscuro de los colores... Y alli venia á su lado fray José de la Trinidad barbotándole palabras evangélicas y mostrándole el pequeño Cristo que llevaba en la mano... Y mas atrás el *verdugo* llevando las cuerdas con que debia ser atado al banquillo.

Al enfrentar á aquella calle oyóse un grito y un nombre. El capitan se detuvo como si fuera rémora de sus piés ese nombre y ese grito. Alzó su vista y allá, en la ventana de la cárcel, vió un rostro de mujer que lo miraba con las ansias de una loca.

Era el momento de probar su valor.

El populacho murmuraba:

—Por qué se detiene? Acaso *recien* le han entrado ganas de tenerle miedo á la muerte?

El capitan sintió que algo helaba su sangre y vaciló por un instante,—pero por un instante nada más, porque echó atrás el sombrero para que todo el mundo contemplara su rostro en donde aun brillaban los últimos destellos de su pasion ardiente confundidos con la soberbia de su orgullo temerario; sonrió despreciativamente y sacando del bolsillo alto de la chaqueta un pañuelo blanco saludó á aquel rostro como lo hiciera un año antes en el teatro, diciendo en voz clara, que llegaba hasta la ventanilla de la cárcel:

—¡Adios para siempre Pepa! Voy á concluir tu obra; pero contento porque voy por tí!

Y arrojando el sombrero al *verdugo*, secóse la frente con aquel pañuelo que volvió á guardar y siguió por la calle de Victoria hasta la Fortaleza, con la frente altiva, serena é indiferente la mirada y el paso firme sin que el grillete le estorbara para ello.

Despues el retumbo de las detonaciones: dos cuerpos que caían hechas pedazos las artérias de la vida.... Sollozos y gritos destemplados... murmullos que iban alejándose hasta que al fin las plazas y las azoteas y las eminencias de la Fortaleza quedaron desiertas.

Y en los siguientes dias, el Superior Gobierno, que aun lo desempeñaba interinamente don Bernardino Rivadavia, acompañado de una numerosa y selecta comitiva, hizo *estaciones* devotas en todos los templos de la ciudad solemnizando la *semana santa*...

RAFAEL BARREDA.